



3 1761 09545332 0

UNIVERSITY  
OF  
TORONTO  
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive  
in 2013

<http://archive.org/details/rimas00herr>







15  
4565r

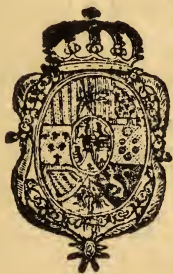
# RIMAS

DE FERNANDO DE HERRERA.

POR DON RAMON FERNANDEZ. (stand.)

*Pedro Estala*

TOMO IV.



32348  
10/2/94  
L

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1808.

PLATE

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

1890



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

## PRÓLOGO.

**P**ocos son los Poetas castellanos que pueden disputar á Fernando de Herrera el primer lugar en nuestro Parnaso; pero al mismo tiempo casi ninguno ha estado en mas olvido, ni ha sufrido juicios mas injustos de parte de los mismos nacionales. Cosa extraña parecerá la sinrazon con que se le ha tratado en todos tiempos, y el agravio que se ha hecho á su mérito incomparable; viendo al mismo tiempo el aprecio que de él hacen los pocos extrangeros que han tenido la proporcion de leer y entender las pocas poesías que de él se nos conservan.

La admiracion que debe causar un modo de juzgar tan injusto, cesará en parte, si se considera que la mayor parte de los hombres por un impulso de su amor propio mas presto se inclinan

á despreciar lo que no entienden , que á confesar ingenuamente lo limitado de su comprehension é inteligencia. Esta , y no otra , es la causa del poco aprecio y desestimacion en que por lo comun estan entre nosotros las poesías de este ingenio, cuyo epíteto de divino , si es que es adaptable á un Poeta , ninguno de los nuestros lo ha merecido con mas razon.

El haberse hecho tan raras las pocas poesías que de él se nos conservan, es causa de que sea tan poco conocido: por otra parte no contribuye poco á su descrédito lo que se insertó en el Parnaso Español de todas sus rimas; lo qual, exceptuando la cancion á Don Juan de Austria , no es de lo mejor que en ellas se contiene: á lo qual se añade el juicio poco favorable que de ellas se hace, puesto que las expresiones generales, vagas, y comunes á todos, no diciendo nada, no pueden ser reputadas por elogio.

Pero ya que nuestro Herrera ha debido tan poco favor á sus nacionales, á lo menos ha merecido los elogios de dos

eruditos (1) extrangeros , cuyo voto en materia de buen gusto en poesía es muy superior á todas las críticas de los que piensan de otra manera. Permítasenos, pues, errar con estos dos varones de gusto tan exquisito y acreditado : error de que no tememos nos desengañen , y que cede en tanto honor de nuestra amena literatura. Siguiendo, pues, el modo de pensar de estos dos ilustres Poetas y escritores , que es enteramente conforme al de un excelente Poeta (2), que contribuyó á la publicacion de sus poesías; al de otros muchos españoles de la mejor nota ; y sobre todo á los principios fixos y constantes del buen gusto , admitidos uniformemente por todos los que se han formado por la atenta lectura y observacion de los excelentes modelos de la antigüedad ; haremos aquí un breve exámen del mérito de nuestro Herrera, para que se vea claramente, que preci-

(1) Don Pedro Napoli Signorelli en su *Historia crítica de los Teatros*.

El Conde Don Juan de Conti en su *Coleccion de poesías castellanas*, tomo III.

(2) Francisco de Rloja.

samente las dos cosas , que mas le censuran , como defectos muy considerables, son las dos prendas en que mas ha sobresalido , y las mas apreciables en un Poeta. Estas son el language poético y sublimidad de estilo; calificadas por sus censores con tanta sinrazon, como inadvertencia por vicios de obscuridad , sequedad , afectacion y pobreza. Para rebatir estas injustas censuras , y manifestar de paso el mérito de nuestro Herrera , nos vemos precisados á extendernos mas de lo que quisiéramos para instruccion de la juventud y desengaño de los preocupados. Y aunque no deberia parecer superfluo el exponer aquí muy por menor todo lo perteneciente al language poético; ya que algunos muestran ignorar , ó despreciar hasta los primeros elementos de esta doctrina, admitida constantemente por todos los hombres de gusto de todas las naciones y edades : no obstante , excusando la repeticion de preceptos, que se pueden ver á la larga en los autores que de esta materia tratan, nos ceñiremos á demostrar primeramen-



te, que en el language poético ninguno le ha igualado, y que enseñó el verdadero camino de enriquecerle.

No se necesita mucha inteligencia de la lengua griega para saber que sus Poetas adoptaron un language, que bien se atiende á lo material de las voces, significacion, alteracion &c., ó al conjunto de ellas, syntaxis, frases &c., varía tanto de la prosa, que parece un idioma absolutamente distinto. Homero no es solamente divino por su excelente y admirable invencion y disposicion; lo es tambien por aquel arte y gusto en inventar palabras nuevas, vivas y animadas; aquella mezcla de todos los dialectos, voces compuestas y *descompuestas* (como llaman los gramáticos), peregrinas, antiguas, colocacion extraordinaria, y todas las demas circunstancias que constituyen aquel language enteramente poético, ageno de toda semejanza con la prosa, y propio de las deidades (1). Los demas Poetas griegos, líricos, trágicos,

(1) Es cosa bien sabida aquel lugar de Petronio, en que opone el language poético al humano, esto es, al

bucólicos, adoptaron un language propio de cada uno de estos géneros de poesía; pero todos en sumo grado poéticos, y muy ajenos de la prosa. Del incomparable language de Píndaro y de su mérito en la introduccion de *voces nuevas*, en sus atrevidos ditirambos, tenemos en Horacio un elogio muy superior á todas las censuras de los mezquinos rimadores de prosa. El language de Sófocles (si nuestros traductores y autores de tragedias prosaycas lo entendiesen) debería servir de modelo mas bien que las prosas rimadas de los franceeses, en quanto lo permita el genio y carácter de nuestra lengua. Teócrito, Moschô y Bion inventaron tambien galas preciosas, bien que sencillas, para adornar á sus pastores; y los que tienen la felicidad de entenderlos en su original, no acaban de admirar la belleza de aquel es-

prosayco, que los hombres hablan comunmente: *Saepius, dice, poetice, quam humanè loquutus es.* Y mas adelante el mismo: *Praecipitandus liber spiritus. . . effugiendum ab omni, ut ita dicam, verborum vilitate, et sumendae voces à plebe submotae, ut fiat illud: Odi profanum vulgus &c.*



tilo, incapaz de ser imitado en ninguna lengua ; puesto que ni el gran Virgilio pudo trasladar á la suya la menor parte de aquel bellísimo language ; aunque en lo demas imitó, y muchas veces copió lo mas escogido de Teócrito. En las demas especies de poesías advertimos constantemente lo mismo (1).

Los latinos, que fueron diligentes imitadores de los griegos, se esforzaron tambien á formar un estilo propio de la poesía y de sus varias especies ; pero ya la naturaleza y genio de su lengua , muy inferior en todas circunstancias á la griega ; ya principalmente la timidez, y no sé si diga poco gusto de la mayor parte de sus Poetas en esta parte , fueron causa de que su dialecto poético no pudiese competir de ningun modo con el de los griegos. Solamente Horacio y Virgilio hicieron unos esfuerzos, que á ha-

(1) Si creemos á los inteligentes en el árabe y hebreo, el language poético de unos y otros es muy superior al de los griegos ; y todos los que de estas materias tratan nos aseguran que sus poetas son casi incomprensibles por esta diferencia del language poético.

ber sido seguidos por los poetas posteriores, nada hubiera quedado que desear. Habiéndose formado uno y otro en la escuela de los griegos, siguiendo sus principios con exquisito gusto, introduxeron en la poesía latina infinitas voces, frases, colocacion y modos poéticos, hasta entonces desconocidos. Conociendo bien Horacio la pobreza de su dialecto poético, se tomó la licencia de introducir en sus poesías infinitas locuciones enteramente griegas, y aun dió á las voces latinas la construccion y significacion que tienen en la lengua griega; y esto en tanto grado, que sin el conocimiento de ella no se pueden entender fundamentalmente muchos lugares de sus obras (1). Este conocimiento de la pobreza de su lenguaje poético le hizo establecer por principio aquel *licuit semperque licebit*, de

1 *Idem facit occidenti: dominantia nomina: chorus defendat partes actoris: metiri se quemque. . . . . verum est;* y otras infinitas se pueden traducir bien, consultando á algun buen intérprete, como hacen los niños, que repiten sin conocimiento lo que sus maestros les dictan; pero sin noticia de la lengua griega no se podrá dar razon fundamental de su verdadera significacion.

que tanto abuso se hace comunmente, como mas adelante diremos. Virgilio asimismo introduxo infinitas voces y frases poéticas, de las que se podria hacer un largo catálogo: hizo mucho uso, y con mucho estudio de todas las figuras y licencias que sirven de adorno en la poesía; y ya que no pudo igualar á Homero en formar un language, que enteramente fuese distinto de la prosa (quizá por temor del necio escrúpulo de los Romanos), se le acercó lo mas que pudo. En los Poetas latinos posteriores hay tambien bastante que imitar en el language: aunque por lo comun, segun se iba corrompiendo el buen gusto de la poesía, así tambien cada vez se iban haciendo mas y mas escrupulosos en usar de las voces, frases y otras licencias poéticas; al mismo tiempo que lo eran tan poco en tomárselas para introducir conceptos falsos, juguetes de palabras y otros mil vicios abominables: hasta que por fin todo el artificio, mérito y belleza de la poesía latina vino á reducirse únicamente al sonsonete de las dicciones finales. Es-

tos pasos cabalmente ha seguido tambien nuestra poesía.

Pero en fin empezó á amanecer la luz en Europa despues de tantos siglos de bárbaras tinieblas : la ilustracion comenzó por las letras humanas ; y siempre será gloria de la poesía (ya que al presente es tenuta en tan poco aprecio), que así como en la antigüedad los Poetas fueron los primeros que reduxeron á los hombres montaraces á vida sociable, les dieron leyes, y comunicaron las primeras ideas de la moral ; así tambien en estos siglos de barbarie hayan sido Poetas los primeros que empezaron á allanar el camino, por donde despues se han hecho progresos tan admirables y útiles al género humano.

En la Italia fue donde se empezó antes á cultivar la buena poesía en lengua vulgar ; y muy desde luego siguiendo el gusto y principios de los antiguos , adoptaron para el verso un language muy distinto del prosayco : aunque algo mas tarde tambien los españoles, dexada la rudeza de las trobas , se aplicaron á la imi-



tacion de la antigüedad. Boscan, Garcilaso y algunos otros dieron los primeros pasos; pero aunque su language es puro, elegante y escogido, es preciso confesar que no pusieron el mayor cuidado en enriquecer nuestro idioma de language poético: cosa que nadie debe extrañar, si se considera el estado en que se hallaba nuestra poesía antes que ellos la empezasen á pulir y perfeccionar. Vino despues nuestro Herrera, el qual formado el gusto en la lectura de los Poetas griegos, latinos y italianos, y advirtiéndolo el descuido y abandono de esta parte tan considerable en la poesía; hecho cargo de la magestad, riqueza y armonía de nuestra lengua, halló que podia recibir sin violencia todos los adornos de las antiguas.

En efecto, despreciando los vanos y necios escrúpulos de los ignorantes, se esforzó en enriquecer nuestra lengua de infinitos modos de decir poéticos, de que antes carecia; la qual idea, si hubiese sido adoptada por los Poetas posteriores, siguiendo sus principios y gusto de-

licado, seria nuestro language poético sin duda el mas abundante y bello de la Europa, y podria competir con el latino y griego en la poesía, así como en la prosa á ninguna lengua tiene que envidiar. Pero observemos particularmente qué principios siguió, qué progresos hizo, y qué mérito tiene en el language poético.

Nadie debe dudar que un Poeta está obligado á usar un language puro, elegante y escogido: que en los géneros de poesía mas noble, como son la épica, trágica y lírica, no se permiten expresiones ni voces comunes, que tienen lugar aun en la prosa mas elevada. Hay en todas las lenguas muchas de estas frases y palabras, las quales tienen un no sé qué de baxeza, por lo que se hallan con razon desterradas de la poesía noble: para distinguir estas se necesita un gusto muy delicado y atenta observacion de los Poetas clásicos. Por tanto debe el Poeta (aun mas que el Orador) hacer un estudio muy diligente de su lengua, y observar qué palabras y expre-

siones son propias de cada una de las especies de poesía, y quáles no tienen lugar absolutamente en ella. Tal es el estudio que hizo Herrera de nuestra lengua, segun inferimos de sus obras y de los testimonios de los eruditos, que nos han dexado algunas noticias de su vida y estudios. Francisco de Rioja, excelente Poeta, nos asegura que tenia apuntadas en un quaderno todas las palabras y modos de decir nobles, para servirse de ellos quando componia. De aquí es, que no se hallará en todas sus poesías ninguna palabra baxa ni expresion vulgar; cosa harto mas comun de lo que se piensa aun en nuestros mejores Poetas.

No solo fue diligente y esmerado en usar de lo mas noble de nuestra abundantísima lengua, sino que las mismas palabras y frases, que en otros son prosaycas, en sus composiciones son poéticas, por el modo de colocarlas, giro de la expresion y variacion de la syntaxis; de lo qual no hay necesidad de poner exemplos, pues en qualquiera de sus composiciones se puede observar.

La preposicion *en*, usada por *de* ó *con*, es poética ; de ello tenemos freqüentes exemplos.

*En oro y lauro coronó su frente.*

*En turca sangre el ancho mar cuajado.*

*Yace en fria tiniebla obscurecido.*

*Rompa el cielo en mil rayos encendido.*

*Se despedace en hórrido estampido.*

A veces con quitar el artículo, ó con la repeticion de la conjuncion *y*, hace la expresion poética.

*Despeñó airado en Etna cavernoso.*

*Son ya de muerte míseros despojos.*

*Hasta que al fiero ardor de sarracenos.*

*Marte vió, y dixo, y sacudió el escudo.*

*El carro, y el caballo y caballero.*

De semejantes menudencias, que dan mucha gracia al language poético, pudiéramos hacer una larga muestra ; pero dexándolas á la atenta observacion de los lectores, pasemos á insinuar otros adornos de mayor consideracion.

Sabido es que la oracion poética se compone y adorna de las palabras propias, trasladadas, nuevas, peregrinas y antiguas: esta doctrina es tan constante



y recibida entre todos los hombres de gusto, que no creo necesario detenerme en comprobarla con las autoridades y práctica de los mejores escritores antiguos y modernos. De todas ellas hizo uso nuestro Herrera para adornar sus poesías, como quien habia hecho tan prolixo estudio de los mejores modelos. Primeramente sobre las *propias* ya hemos dicho que debe cuidar el Poeta que sean de las mas escogidas, puras, urbanas, y proporcionadas á la materia que trata. Debe huir con mucho cuidado de todas aquellas que son baxas y vulgares, porque envilecen la oracion.

De semejantes voces baxas se abstuvo con el mayor estudio nuestro Herrera; habiendo observado con atenta meditacion en nuestros escritores los descuidos que en esta parte cometieron. En Garcilaso de la Vega, aunque fue tan diligente y pulido en el language, reprehende muchas voces de esta naturaleza. Tales son *confesado* en la primera estancia de la cancion 4, de la qual voz dice Herrera que humilla mucho la gran-

deza de la estancia. Y en la estancia 2 de la cancion 5 censura la voz *alimañas* de esta manera: „Esta diction (*alimañas*) „es antigua y rústica, y no convenien- „te para escritor culto y elegante. Por- „que ninguna cosa debe procurar tanto „el que desea alcanzar nombre con las „fuerzas de la elocucion y artificio, co- „mo la limpieza, escogimiento y orna- „to de la lengua. No la enriquece quien „usa vocablos humildes, indecentes y co- „munes. . . . y en esto se puede desear „mas cuidado y diligencia en algunos „escritores nuestros, que se contentan „con la llaneza y estilo vulgar; y pien- „san que lo que es permitido en el tra- „to de hablar, se puede ó debe transfe- „rir á los escritos, donde qualquiera pe- „queño descuido ofende y deslustra los „conceptos y exôrnacion de ellos. Ma- „yormente en la poesía, que tanto re- „quiere la elegancia y propiedad, no so- „lo simple, pero figurada y artificiosa.”

Quien con tanta sagacidad sabia discernir en las obras ajenas las palabras bajas y rústicas de las nobles y urbanas,

de creer es que pondria la mayor diligencia en que las suyas saliesen limpias de estos lunares. Así es que en todas sus poesías no se hallará voz alguna que no sea noble y escogida; en lo qual puso sumo estudio, como nos consta de los que le conocieron y tuvieron alguna noticia de sus estudios.

En el uso de los tropos es muy moderado, siguiendo siempre los preceptos y exemplos de la antigüedad: por tanto no se hallará en sus obras ninguna de aquellas traslaciones atrevidas, obscuras y violentas, que tan freqüentes son en los poetas posteriores.

La misma moderacion tuvo en la introduccion de voces nuevas. Estas no hay duda que añaden mucha gracia por su novedad á la oracion poética, quando su formacion y derivacion es legítima, su significacion clara y expresiva, y de mayor fuerza y energía que las usadas. Mucha alabanza merece con particularidad en esta parte nuestro Herrera por las muchas voces nuevas poéticas con que enriqueció nuestro language, y por ha-

ber enseñado el verdadero camino para aumentar estas riquezas : *Reluchando, ovoso, purpurar, ensandeciendo, ensañarse, relazar, ondoso*, y otras infinitas palabras sonoras , bellas , significativas y enteramente poéticas , de que se pudiera formar un largo catálogo, se deben enteramente á Herrera. No me detengo en esta parte mas, porque volveremos á hablar de esto mismo, para refutar la opinion errada de Quevedo en órden al language de Herrera.

Baxo el nombre de palabras nuevas podemos comprehender tambien las compuestas, que son propias de la poesía, como *belígero, flamígero, horrísono*, y otros muchos y muy bellos, de que usó Herrera y otros buenos Poetas. Tales epítetos son los mas bellos y sonoros en la poesía ; y por tanto Homero los usó á cada paso : en Virgilio y los demas buenos Poetas latinos se hallan con mucha freqüencia. Pero los nuestros, despues de la corrupcion de la poesía, se han hecho tan escrupulosos en estas y otras voces, que les pareceria la mayor afecta-

cion el usar aun de las ya introducidas. Es verdad que el abuso que muchos han hecho de esta licencia, que debe usarse con mucha moderacion en nuestra lengua, y el mal gusto y poco tino en su formacion é introduccion, ha dado motivo para que todos los vocablos de esta naturaleza sean mirados con sospecha. Pero es necesario tener entendido, que aunque nuestra lengua no es tan dócil para la formacion de tales voces como la latina, no obstante no es tan melindrosa como algunos la suponen: y no hay que dudar, que si en esto y en otras partes del language hubieran sido mas diligentes nuestros Poetas, veríamos que nuestra lengua admite sin repugnancia todas las galas de que es capaz la poesía de otra qualquiera.

Esto se ve claramente en las voces y modos de decir peregrinos que introduxo Herrera, como uno de los adornos del language poético, en comun sentir de todos los hombres de gusto.

Bien sabido es que Virgilio tomó de las lenguas púnica y persiana las voces



*gaza* y *magalia* ; pero las que tomó del griego son innumerables , así como tambien Horacio , sobre lo qual ya hemos hablado. Nuestra lengua , hija en la mayor parte de la latina , aumentada y adornada de infinitas voces y frases griegas , hebreas , arábigas , admite sin dificultad todas las bellezas propias de todas estas lenguas. No hay modo de decir noble y magestuoso en ellas , que no pueda tener lugar en nuestra poesía con muy poca , y á veces ninguna alteracion. Véase lo que el mismo Herrera dice en orden á las voces extrañas : „Lícito es á  
 „los escritores de una lengua valerse de  
 „las voces de otra : concédeseles usar las  
 „forasteras , y admitir las que no se han  
 „escrito antes , y las nuevas , y las nue-  
 „vamente fingidas , y las figuras del decir ,  
 „pasándolas de una lengua en otra (1).

(1) De aquí podian inferir los que corrompen nuestra poesía con voces y frases francesas , que es muy loable el hacerlo así , segun la autoridad de Aristóteles ; pero deben advertir que el introducir voces extrañas y nuevas ha de ser con mucha moderacion y necesidad ; y solamente se pueden tomar de aquellas lenguas que tienen palabras y modos de decir mas nobles y poéticos ; lo que no se verifica en la lengua francesa.

„Y quiere Aristóteles que se admitan en  
 „la poesía voces extranjeras, y que se  
 „mezcle de lenguas para dar gracia á lo  
 „compuesto, y hacello mas agradable,  
 „y mas apartado del hablar comun. Por-  
 „que, como él dice en el libro tercero  
 „de la Retórica, las dicciones extrañas  
 „hacen que la oracion parezca mas gran-  
 „de, como se ve en los peregrinos y ex-  
 „trangeros, que los hombres los admi-  
 „ten, y se les aficionan mas que á los  
 „suyos: y así es de parecer que se ha-  
 „ga peregrina la oracion, porque los  
 „hombres admiran las cosas extrañas y  
 „agenas; y todo aquello que engendra  
 „admiracion es suave; pero esto se en-  
 „tiende en la poesía.”

En efecto, siguiendo este modo de  
 pensar, no solo hizo mucho uso de las  
 voces y frases peregrinas, que ya esta-  
 ban admitidas en la poesía castellana, si-  
 no que tambien introduxo otras muchas  
 de la lengua griega y latina de grande  
 nobleza. Principalmente de los sagrados  
 libros tomó innumerables locuciones su-  
 mamente magestuosas, como se ve en las

dos canciones á la batalla de Lepanto, y á la muerte del Rey Don Sebastian, en las quales se advierte el gusto de la poesía hebrea. En ellas á la alteza de los pensamientos acompañan aquellas sublimes y divinas expresiones que elevan el alma, y la llenan de un celestial entusiasmo; las quales quizá en ninguna otra lengua podrán trasladarse, conservando aquella sencillez magestuosa que constituye el carácter de la poesía hebrea. Tal es el genio de nuestra lengua, que admite todo lo noble, lo magestuoso, lo bello de todas las demas sin violencia, quando la manejan los Herreras y otros de igual gusto é inteligencia (1).

(1) No será molesto á los amantes de nuestra lengua leer aquí un párrafo de una carta del P. Pagnini, Catedrático de Humanidades en la Real Universidad de Parma, bien conocido en la república literaria por su excelente traduccion de Teócrito, Bien y Moschô; el qual dice así hablando de una traduccion castellana: *Protesto á Vm. con toda sinceridad, que desde que llegó á mis manos su traduccion, la leí con sumo placer, y observé con admiracion en ella bien expresada y trasladada aquella sublime sencillez, que constituye el carácter de Homero: y en quanto me es posible juzgar de una lengua para mí extraña, he observado en ella una singular claridad, pureza y elegancia de estilo. Para poder ade-*



Solamente desdeña esta grave matrona aquellos afeytes y joyas de otras naciones, que la desfiguran en ramera. ¿Quánto aumento, pues, no podria recibir nuestro language poético, si se siguiese esta idea de enriquecerle con los despojos de los latinos, griegos y hebreos, segun lo exija cada género de poesía? Pero esto requiere mucho estudio de nuestros Poetas, y genio de la lengua castellana, y un profundo conocimiento de las lenguas maestras: obra muy larga para los que quieren lucir con poco trabajo: y puesto que tambien la lengua francesa es extra-

*mas decir á Vm. mi dictámen acerca de su fidelidad en la traduccion, comencé á cotejarla con el texto, y ví desde luego que Vm. se ha ceñido á él con todo aquel rigor y exâctitud que permite el genio de su lengua. Así que Vm. ha expresado perfectamente no solo los pensamientos, sino tambien las figuras, las frases, y por decirlo así, los lineamentos mas finos y delicados de su original: lo qual por una parte muestra que Vm. posee á fondo la lengua griega y la propia; y por la otra, hace mucho honor á la lengua española, porque demuestra su feliz flexîbilidad y abundancia, para poder expresar con justa equivalencia todo quanto hay bueno y bello en los grandes maestros de la antigüedad. De estas ventajas tan apreciâbles carecen sin duda la mayor parte de las lenguas modernas, y señaladamente la francesa, segun podemos hacer juicio por las traducciones que tenemos de sus mas célebres traductores.*

ña, es mas fácil acudir á ella por lenguaje poético. No estoy muy lejos de creer que muchos así lo entenderán y ejecutarán.

Por mas que algunos reprueben el uso de las voces antiguas, no se debe dudar que usadas con moderacion añaden mucha gracia, belleza y magestad, como lo han practicado todos los buenos Poetas. Bien persuadido estaba Herrera de esta verdad y de las razones que hay para hacerlo así. „Las voces  
 „antiguas (dice en sus Comentarios), y  
 „traidas de la vejez, segun dice Quinti-  
 „liano no en un solo lugar, no solo tie-  
 „nen quien las defienda, y acoja y es-  
 „time, pero traen magestad á la oracion,  
 „y no sin deleyte; porque tienen con-  
 „sigo la autoridad de la antigüedad, y  
 „les da valor ( diciéndolo así ) aquella  
 „religion de su vejez. Y porque estan  
 „desusadas y puestas en olvido, tienen  
 „gracia semejante á la novedad, demas  
 „de la dignidad que les da la antigüe-  
 „dad mesma; porque hacen mas vene-  
 „rable y admirable la oracion aquellas

»palabras que no las usarán todos. Pe-  
 »ro importa mucho la moderacion, por-  
 »que no sean muy freqüentes ni mani-  
 »fiestas, porque no hay cosa mas odio-  
 »sa que la afectacion; y que no sean  
 »traidas de los últimos tiempos y del  
 »todo olvidados. Es el uso certísimo  
 »maestro de hablar; y el sermon con  
 »que habemos de publicar nuestros con-  
 »ceptos, ha de ser tratado y recibido co-  
 »mo la moneda que corre: *mas esto no*  
 »*impide á la renovacion de los voca-*  
 »*blos antiguos, ni á la invencion de los*  
 »*nuevos.*”

Pero conviene aclarar mas este pun-  
 to para evitar toda equivocacion, y no  
 dar motivo á que unos censuren, y otros  
 se tomen mas licencia de lo que es debi-  
 do. Primeramente es necesario distinguir  
 las palabras antiguas de las antiquadas.  
 No llamaré yo antiquadas, ni aun anti-  
 guas á aquellas voces, que ya no las usan  
 en sus escritos los que no han estudiado  
 su lengua, ni saben mas de ella que pre-  
 cisamente aquello poco que han apren-  
 dido del trato y conversacion familiar.

Mucho menos tendré por antiquadas infinitas voces, y frases puras y elegantes, ya desusadas en las traducciones modernas, en cuyo lugar se han substituido otras bárbaras, extrañas y ridículas. ¿Acaso por temor de ser notado de afectacion diré yo : *feble*, *cangear*, *garantir*, *rango*, *producirse con brillantex*, *entrar en detalle* y otras infinitas monstruosidades, con que en vez de enriquecer la lengua, se va de dia en dia adulterando y corrompiendo lastimosamente? Pero si queremos reprehender á estos miserables escritores, y les advertimos que antes de ponerse á escribir aprendan la propiedad de su lengua, al punto se acogen al *licuit semperque licebit* de Horacio, y piensan haber dado una respuesta concluyente. Seria cosa prolixa el detenernos aquí en explicar por menor todo lo que en el citado lugar dice Horacio en orden á la introduccion de voces nuevas : bastará insinuar algunas reflexiones. Conocia muy bien Horacio que la lengua latina no era tan rica y abundante como pudiera serlo en el dialecto poético,



por el escrúpulo que tenían los romanos de usar de voces nuevas. ¿Por qué se ha de llevar á mal que yo introduzca algunas voces nuevas, supuesto que Caton y Enio con sus escritos tanto la han enriquecido? ¿Por qué se ha de negar á Virgilio y á Vario la licencia que se concedió á Cecilio y á Plauto? Téngase pues entendido; que siempre será lícito introducir voces nuevas siempre que en su formacion muestren el carácter del gusto presente. Usando pues de esta justa licencia introduxo muchas voces y locuciones nuevas, enriqueciendo el lenguaje poético, como arriba hemos dicho; pero esta no la extiende mas que á la poesía. Las voces y frases poéticas, lejos de hermosear la prosa, la afean: seria tan ridículo el que en prosa castellana dixese *herboso*, *purpurar*, *ovoso*, *crispante*, como el que en un discurso latino dixese *natus*, *genitor*, *lethum*, *libare oscula*. Esto lo saben hasta los niños.

¿Pero el uso, dirán, no es la norma, árbitro y juez de la habla, segun el mismo Horacio? Así es sin duda; ¿pero de

quién se ha de tomar este uso? Adoptarémos por legítimas las voces y locuciones que se usan en el vulgo? Esto ya se ve que seria un delirio. ¿Tendremos por puro el language que usa en nuestros dias la mayor parte de miserables traductores de libritos franceses? Si así fuera, ya se podian añadir algunos millares de voces y frases ridículas al Dictionario de nuestra lengua, y deshechar por antiquada la mayor parte de él: y lo que es peor, se debia reformar del todo la syntaxis castellana, corrompida y desfigurada lastimosamente en tales traducciones. No siendo pues el uso del vulgo ni el de los malos escritores el que debe servir de regla en el hablar, se sigue necesariamente que solo nos debe servir de norma el uso de los doctos, de los que han hecho un estudio serio y diligente de su lengua, y han reprobado é introducido algunas voces y locuciones con juicio y discernimiento, por ser mas acomodadas al gusto presente. Por tanto se tiene ya con mucha razon por afec-tacion ridícula el usar de *ca*, *agora*,

*por ende, á guisa, y otras infinitas á este tenor; porque en su lugar han sucedido otras igualmente puras, usadas por todos los doctos. Aun me atreveré á decir que no solo no debe ser reputado por corruptor, sino por muy benemérito de la lengua, el que con justa necesidad, y con la debida precaucion introduzca algunas voces nuevas, siempre que en su formacion tenga presente la analogía castellana. Por exemplo en la traduccion de la Historia Natural de Buffon se verá precisado el traductor, ó á explicar infinitas cosas por rodeos viciosos, ó con voces equívocas (cosa muy reprehensible en materias científicas), ó á expresarlas con términos, que en vano se buscarán en nuestros autores castellanos: en tales circunstancias la prudencia dicta, que despreciando las pueriles censuras de los ignorantes, se introduzcan todas las voces que fuesen necesarias para la mas clara inteligencia: el que por este título censurase al traductor, es acreedor al desprecio de los hombres de juicio, los quales saben muy bien que ninguna lengua*

se puede llamar absolutamente completa; y que realmente se enriquece, quando sin alterar su carácter se le añaden voces de que carece.

Esto se entiende de la prosa; pero en el verso reynan otras razones muy diversas. Tomemos en él tambien por norma el uso; ¿pero qué uso ha de ser este? Creo que ningun hombre de juicio dirá que tomemos por regla del language poético á las coplas vulgares. ¿Pero podrá servir siquiera el uso de los que han versificado desde mediados del siglo pasado hasta el presente; esto es, los cultos, equivoquistas y conceptistas? ¿De aquellos, digo, que abandonando la naturaleza y verdad, la belleza, deleyte é instruccion en sus versos, solo cuidaron de que ningun verso fuese vacío de concepto falso, equívoco, ridículo, juguete pueril de palabras, ó todos ellos en algarrabia greco-latina? Llamemos al arroyo *cítara de cristal con trastes de oro*; á las aves *ramillete volante ó prado alígero*; *razon de metal* al freno de un caballo; á las flores *estrellas del prado*;



á las estrellas *flores del cielo*, y otros mil delirios de que estan llenas hasta las mismas comedias. Si este estilo no agrada, usemos de otro no menos gracioso: digamos *agrícola, flagelo, coruscar, argento, espavento, flébiles, ancilas*; ¿pero qué necesidad hay de repetir estas y otras ridiculeces semejantes de que todos los hombres de gusto abominan? Quede pues sentado que ni el language de las coplas vulgares, ni el de los corruptores de nuestra poesía debe servir de norma: veamos si podrá serlo el de muchos de este siglo y de nuestros dias, esto es, de los versificadores en prosa rimada. Muchos hay, que sin mas estudio que el arte de Rengifo con su rimario, se atreven á profanar la mas bella y difícil de las artes; y en consiguiendo completar de qualquier modo el verso, y acomodar el concepto á la rima, juzgan haber ya arribado á lo sumo de la perfeccion. Estos miserables copleros tienen muy poco influxo en la corrupcion de la poesía; porque regularmente sus versecillos, faltos absolutamente de belle-

za , novedad , entusiasmo , llenos de pensamientos falsos , ridículos ó pueriles , aun quando los publiquen , no tienen ningun atractivo ni recomendacion para que sean leidos ni imitados ; y con la misma facilidad con que se componen y publican , quedan sepultados en eterno olvido. Tales son , á juicio de los doctos , y aun del vulgo , la mayor parte de las composiciones que en estos últimos años se han publicado con motivo de las felicidades de la nacion. Pero hay otros que , ó por sus destinos y empleos , ó por su fama de sabios ( y sin duda lo serán en otras materias ) tienen bastante autoridad y reputacion en la república literaria , la qual pasa de sus personas á sus escritos. El vulgo de los eruditos , que no puede persuadirse que un excelente teólogo ó matemático puede componer coplas muy perversas , busca , lee , y procura imitar con ansia las poesías de tal sabio , que ha dado ya muchas pruebas de sus profundos y vastos conocimientos en varias ciencias ; y que *por desahogo de tareas mas serias* le vino de-

seo de hacerse ridículo en la posteridad por sus versecillos despreciables. Estos, como tienen tan baxo concepto de la poesía, juzgando que no hay mas dificultad en ella que el rimar qualquier pensamiento infeliz con qualesquiera palabras y expresiones, la toman por diversion (así lo dicen), y componen sobre todos asuntos tomos enteros de coplas frias, insípidas, desaliñadas, pobres de invencion y estilo, con aquella satisfaccion que inspira la ignorancia. Esta especie de versificadores puede perjudicar infinito á la poesía por la opinion que se tiene de su literatura, mayormente si son de aquellos que no contentos con profanar el arte, quieren hacer pasar por preceptos sus errores, citando en defensa de sus despropósitos doctrinas y autoridades, ó falsas ó mal entendidas. Seria cosa muy prolixa el detenerme en demostrar lo errado de estas opiniones; solo advertiré á los tales de paso que hay otros muchos caminos sin duda mas seguros y aun mas fáciles que la poesía para arribar á la inmortalidad: que no

es estudio para tomarse por diversion ó desahogo de otros; antes bien quizá no hay otro mas árduo. Para ser excelente en alguna ciencia , aun de las mas profundas , basta un gran conjunto de ingenio y juicio con la debida aplicacion y estudio : para la poesía no basta. Por tanto obrará prudentemente el que mirándola , ó con respeto ó con desprecio, se abstenga de profanarla, y de hacerse ridículo para con los inteligentes con sus versos frios, prosaycos y miserables. Los franceses es cierto que en sus versos no usan de otro language que del prosayco ; pero este es un defecto de su lengua , tal vez ya irremediable , de que se lamentan algunos escritores suyos de juicio. Pero otros, aunque conocen esta gran falta de su lengua , no quieren confesar que lo es : y á manera de aquella raposa de Esopo, que perdida su cola, aconsejaba á las demas se la cortasen como carga y peso superfluo, quieren persuadir á los españoles é italianos que dexasen su language poético , y los imiten en rimar prosa de gazeta. De-

masiado va cundiendo esta nueva secta en España, viéndola apoyada con la autoridad de tantos hombres respetables por otras circunstancias : y es de temer se llegue enteramente á desterrar nuestro language poético , y todo buen gusto en la poesía , si no se hacen los mayores esfuerzos para sostenerlo. Este peligro es mucho mayor , si se considera que son infinitos los que aspiran al nombre de poetas sin las prendas necesarias ; y no teniendo mas dificultad esta nueva secta que el de completar el verso , y acomodar el concepto á la rima , desterrados los vuelos y raptos poéticos , las grandes y bellísimas imágenes fantásticas , en una palabra , todas las galas y adornos de esta arte divina , es preciso que se vaya propagando generalmente por su gran facilidad , la qual todos procuramos en nuestros estudios , que ya por lo comun se dirigen mas á la ostentacion que á la utilidad. En este caso , que se debe temer ya muy cercano , vendrá á parar nuestra poesía del extremo de la superfluidad y luxo al de la mayor po-



breza , sequedad y miseria: vicio tanto mas detestable, quanto lo es la avaricia respecto de la prodigalidad. Tan difícil es saberse contener en un prudente medio.

Volviendo pues á nuestro Herrera, decimos que usó de las voces antiguas con moderacion y prudencia ; y aunque algunas nos parezcan al presente antiquadas, en su tiempo no debian ser tenidas por tales, sino quando mas por antiguas. Esto lo hizo con mucho estudio, segun se muestra por lo que él mismo escribió en orden á esto en sus comentarios á Garcilaso. Dice así: „Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua, de suerte, „que ninguna es mas corta y menesterosa que ella, siendo la mas abundante y rica de las que viven ahora. Porque la rudeza y poco entendimiento de „muchos la han reducido á extrema pobreza ; excusando por delicado gusto, „siendo muy agenos del buen conocimiento las dicciones puras, propias y „elegantes. Los italianos, hombres de

„juicio y erudicion , y amigos de ilus-  
 „trar su lengua , ningun vocablo dexan  
 „de admitir , sino los torpes y rústicos:  
 „mas nosotros olvidamos los nuestros , na-  
 „cidos en la ciudad , en la corte , en  
 „las casas de los hombres sabios , por  
 „parecer solamente religiosos en el len-  
 „guage , y padecemos pobreza en tanta  
 „riqueza y en tanta abundancia. Permi-  
 „tido es que el escritor se valga de la  
 „dicion peregrina quando no la tiene  
 „propia y natural , ó quando es de ma-  
 „yor significacion ; pero nosotros solo  
 „por huir el nombre de ignorantes , pu-  
 „blicamos la ignorancia de la pruden-  
 „cia y el poco juicio nuestro , desechan-  
 „do las que son en nuestra lengua pu-  
 „ras , hermosas y eficaces , y sirviéndo-  
 „nos de las ajenas impropias , y de sig-  
 „nificacion menos vehemente. Si esto es  
 „enriquecer la lengua y adornalla , júz-  
 „guenlo los que saben y tienen verda-  
 „dero conocimiento de estas cosas.”

Pero aunque todo lo que hasta aquí  
 se ha dicho sobre el language poético  
 va fundado en la doctrina y práctica de

los mejores escritores, no faltarán algunos que lo consideren como una vana apología de una mala causa. Tampoco faltarán ciegos apasionados de la poesía francesa, que crean que el que esto escribe, ó no la entiende, ó la aborrece injustamente. A los quales debo advertir que estudio, admiro y venero á los Poetas franceses, porque realmente hay en ellos mucho que aprender y admirar; pero en el language los compadezco, porque no es culpa suya que su lengua no tenga dialecto poético.

Sola una objecion se me puede hacer con algun fundamento sobre el language de Herrera con la autoridad de uno de nuestros mayores ingenios, cuyo mérito me debe el mas profundo respeto. Este es el gran Quevedo, que censuró algunas palabras de Herrera en el prólogo que puso á las poesías del Bachiller Francisco de la Torre, las quales han dado en decir son suyas, sin mas fundamento que unas conjeturas muy débiles; siendo así que él dice muy seriamente no lo son; y aun quando lo afir-

mase qualquiera que tenga algun conocimiento de estilos, dudara creerlo. Con harto sentimiento me veo precisado á manifestar la inadvertencia de un varon tan justamente acreditado, á quien profeso la mayor veneracion; pero quando se trata de poner en claro alguna verdad, se debe posponer qualquier otro respeto. No diré yo que en su censura procedió Quevedo como ignorante ni como envidioso del mérito de Herrera; solo diré que juzgó con demasiada precipitacion: así como fue tambien falta de reflexiön el que en la introduccion al *Cuento de cuentos* reprehendiese el usar en castellano de dos negaciones para negar absolutamente. Esto fue sin duda inadvertencia, pues como tan versado en la lengua griega, no podia ignorar que á cada paso se hallan en ella dos y tres negaciones para negar con mas ahinco; y por consiguiente la reglilla *dos negaciones afirman*, quando mas puede servir para la lengua latina (y aun no faltan exemplos de lo contrario en autores de pura latinidad); pero no es regla ge-

neral que comprehenda á todas las lenguas, ni tiene ningun lugar en castellano. Del mismo modo, quando censura á Herrera, no reflexionó que reprehende en él como defectos aquellas mismas cosas que en Virgilio precisamente alabaria por primores. Y para que esto se vea mas claramente, examinemos con particularidad su censura, que dice así: „Estas voces, que con algun ceño se leen en Fernando de Herrera, *ovosa*, *pensosa*, *pocion*, *crispar de ojos*, *relazar*, *sañosa*, *ensandece*, *ufania*, *pavor*, *adola*, *espirtu*, *síncopa*, que no tiene otro misterio sino que en el verso no cabe *espíritu*. Como las voces *do* por *adonde*, y *vo* por *voy*; que si bien Francisco de Rioja dice se hizo con cuidado y exámen docto, consta de las obras no ser otra cosa, sino no caber en el verso la palabra *adonde* y *voy*.” Aun quando se concediese, que en todo esto fue acertado el juicio de Quevedo, solamente se inferia, no que su estilo sea vicioso, pues en lo demas lo alaba con razon, sino que Her-



rera usó de algunas voces reprehensibles; pero no sé yo por qué se han de leer *con ceño* unas palabras muy poéticas, significativas y nobles. *Ova* es palabra muy pura; ¿y por qué no podrá el Poeta derivar de ella el adjetivo *ovoso*, epíteto bello, expresivo y sonoro? ¿Pudo Quevedo formar de *hazaña* un adjetivo nuevo, para decir con belleza y magestad *espíritu hazañoso*; y no ha de ser lícito á Herrera decir *faz ovosa*? No, Señor; porque pudo decir *cara llena de ovas*. Tales son las frases poéticas equivalentes, que suelen substituir á las de Herrera los modernos reformadores de nuestro dialecto poético. Lo mismo se debe decir de *pensoso*, porque es muy sonoro, grave, y de mejor formacion que *pensativo*, ademas de ser este prosayco. *Relazar*, *sañoso*, *ensandecer*, *ufania*, y otros infinitos vocablos de esta naturaleza, introducidos por Herrera, son muy bellos y expresivos; y mientras que no se pruebe que no deben usarse voces nuevas en la poesía, mas bien debemos alabarle que censurarle por esto. *Pocion*, *crispar*

*de ojos, pavor*, y otros muchos á este tenor, que pudiera Quevedo haber observado en Herrera, son voces peregrinas, las quales, como ya se ha dicho, añaden mucha gracia al verso quando se usan con moderacion y necesidad. Estas dos circunstancias son muy necesarias para no incurrir en el vicio de los *Cultos greco-latinos*; pero en las mas de las que usó Herrera se verifican. Digo en las mas, porque he observado tres ó quatro introducidas sin necesidad, de sonido desapacible, y que no tienen magestad ni gracia: tales son *adola*, censurada justamente por Quevedo, *nucir* y *fucilar*; pero no son de esta naturaleza las otras que reprehende. *Pocion* es de una formacion muy análoga á otras infinitas de que careceríamos, si al principio hubiesen sido nuestros escritores tan escrupulosos como aquí se muestra Quevedo: es noble y de buen sonido; y hay evidente necesidad de ella en la poesía, porque *bebida* es voz muy prosayca, y haria ridículo el verso en que se usara. Por esto jamas dixo Virgilio en toda la

Eneyda, *panis*, *triticum*, *prandium*, *coenare*, *dormire*, y otras muchas voces de cosas muy comunes, las quales siempre expresa poéticamente: por lo mismo dice siempre Herrera *faz*, *veste*, *crin*, *crinado* &c., porque *cara*, *vestido*, *pelo*, *peludo* son voces muy viles, que no tienen lugar en la poesía noble. Y ciertamente es muy de extrañar que se muestre aquí Quevedo tan rígido censor de estas voces, estando sus versos llenos de otras semejantes, quizá no tan bellas ni introducidas con tanta necesidad, como son *larvas*, *torva*, *almas corvas*, *rugosa*, *procelosa*, *rigente*, *veneno tyrio*, *las almas*, *que respira Tracia*, por los vientos, *muerte seca*, *de anhelantes espumas argentaba la razon de metal*; todas las quales sin embargo no miraré yo con ceño.

Permítaseme observar aquí que nuestro Quevedo fue muy poco diligente en usar de un language escogido y noble, mezclando sin distincion en la poesía mas elevada voces y expresiones muy baxas y groseras: en lo qual no es mi ánimo

disminuir un punto su verdadero y singular mérito, sino solo dar este desengaño y advertencia á los incautos, que alaban é imitan sin distincion todo lo que hallan en los autores célebres. Donde mas claramente se conoce esta falta es en las composiciones mas bellas por otra parte: en uno de sus mejores sonetos dice: *Cogiendo á Dios á solas entre dientes, comunicas á sus orejas las cosas que recatas de las gentes.* En otros dice: *tragar, comilon, greñas peynadas:* á veces destruye la belleza de todo un excelente verso por una palabra baxa, como en este: *De quien indigno calza, el sol las plantas.* No me quiero detener mas en alegar otros muchos exemplos, pues estos bastan para mostrar que se debe desconfiar del voto de Quevedo en orden al buen gusto en el language poético.

Reprehende la síncopa de *espirtu* diciendo, que no tiene otro misterio sino el no caber en el verso *espíritu*, como tambien *dó, vó, estó.* Esta censura tan pueril es muy de extrañar en un hom-

bre tan erudito; porque si por la razon que alega es reprehensible la síncopa de *espíritu*, tambien lo serán todas las síncopas que usaron griegos y latinos. Y no hay que decir que en la poesía castellana no se puede usar de esta figura, puesto que los mejores Poetas la han usado: Bartolomé Leonardo dixo *espirtu*: Garcilaso *pudierdes*, y otros muchos que omito por no molestar con una cosa tan sabida. La objecion de que así se hace, por no caber la voz entera en el verso, mas parece propia de un gramático ridículo que de un Quevedo: es sin duda que no cabe la voz entera en el verso segun está; pero ¿quién tendrá tan baxo concepto de los buenos Poetas que usaron de las síncopas y otras figuras, que crea no pudieron variarlo de mil modos para no cometer esta figura, si fuese defecto y no un adorno de la poesía? Nuestro Pinciano, que tenia bien entendida esta materia como si hubiese previsto la objecion de Quevedo, dice así hablando del language poético: „Por cierto (dixo el Pinciano) yo entendia que los Poe-



»tas , forzados del verso y no volunta-  
 »rios, usaban de estas licencias. Y Hu-  
 »go replicó como enojado: Vos , Señor  
 »Pinciano, pensais haber entendido es-  
 »tas pláticas , y no es así , pues las lla-  
 »mais licencias: llamadlas como Aristó-  
 »teles, y diréislas grandezas ; ó llamad-  
 »las como dice la razon , y diréislas ma-  
 »gestad.”

Y mas adelante añade hablando so-  
 bre lo mismo : „ Yo no sé, dixo el Pin-  
 »ciano , qué grandeza sentis en quitar y  
 »poner sílabas que los Poetas metrifi-  
 »cos hacen por la comodidad del ver-  
 »so. Hugo se rió mucho, y Fadrique di-  
 »xo : vos no os acordais que los bue-  
 »nos Poetas no usan de estas alteracio-  
 »nes de vocablos por el verso, que con  
 »mudarlo de otra manera quedaria he-  
 »cho , sino por la grandeza. La nove-  
 »dad y alteracion del vocablo hacen,  
 »como he dicho , al language peregrin-  
 »no y alto ; y esta y no otra es la ra-  
 »zon. El Pinciano replicó : yo he oido  
 »decir muchas veces, esta letra fue qui-  
 »tada ó añadida por causa del verso.

„Y Fadrique : decis muy bien ; y ese  
 „*por causa* quiere decir , en el buen  
 „poeta por discrecion , y en el malo por  
 „ignorancia.” Con esta autoridad me pa-  
 rece queda deshecha la inadvertida ob-  
 jecion de Quevedo en órden á todo lo  
 que se llama licencias poéticas, las qua-  
 les censura así : „Como las voces *do* por  
 „*donde* , y *vo* por *voy* , que si bien Fran-  
 „cisco de Rioja dice se hizo con cuida-  
 „do y exámen docto, consta de las obras  
 „no ser otra cosa , sino no caber en el  
 „verso la palabra *adonde* y *voy*.” Bien  
 merecia semejante censura todo el enojo  
 ó las carcajadas de Hugo : y á la ver-  
 dad tales errores no se debian refutar de  
 otro modo ; pero por respeto á tan gran-  
 de ingenio nos abstendremos de la bur-  
 la y de la severa reprehension. Francis-  
 co de Rioja, excelente poeta, y de gusto  
 muy superior al de Quevedo , dice , y  
 con mucha razon , que Herrera usaba  
 con docto estudio de *vó* , *estó* , *dó* , *en-*  
*tonce* , *apena* , y otras figuras semejantes ;  
 el qual pasage por ser de un poeta tan  
 ilustre quiero copiar aquí. Dice , pues,

así en la censura que dió al Conde de Olivares de las poesías de Herrera: „Es-  
 „parció en sus versos algunas palabras  
 „antiguas, ó por el sonido, ó por la sig-  
 „nificacion, ó por dar artificiosamente  
 „antigüedad á la oracion; cosa que hi-  
 „cieron los ilustres Poetas y Escritores  
 „de no vulgar sabor en las letras. Tam-  
 „bien reduxo otras voces á su entereza,  
 „que la licencia ó la ignorancia popular  
 „habia cortado y disminuido. Fue dili-  
 „gentísimo en los números, cuidando  
 „siempre con arte que ayudasen á sig-  
 „nificar las cosas que trataban, así como  
 „lo hizo Virgilio. Pero algunos por no  
 „entender este secreto dicen que tiene  
 „faltos de sílabas los versos. Virgilio  
 „dixo:

*Ter sunt conati imponere Pelio Ossam.*

„Que para denotar la dificultad del ca-  
 „so no hizo sinalefa. Y usó esto algunas  
 „veces Fernando de Herrera: en el so-  
 „neto 58 del libro 3:

*Huyo, y vo alejándome; mas quanto.*  
 „Y en el soneto 60:

*Del golpe y de la carga maltratado*

(1) *Me alzo apenas, y á mi antigua guerra.*

»Ninguna cosa hay en este Autor que  
 »no sea cuidado y estudio, aun en la  
 »trasposicion de las palabras de que usa  
 »tal vez, siendo así que se obscurece la  
 »oracion. Pero lo que fuera culpable, no  
 »habiendo causa para hacerlo, quando  
 »se hace con ella es digno de toda ad-  
 »miracion. Por esto es maravilloso aquel  
 »verso del quinto de la Eneyda:

*Sternitur, exanimisque tremens procum-  
 bit humi bos.*

»y otros muchos que no refiero, en los  
 »quales por la significacion quiso que  
 »sirviesen los números á la sentencia.  
 »Nuestro Autor hizo lo mismo en la  
 »*Gigantomachia*:

*Un profundo murmurio lejos suena,*

*Que el hondo ponto en torno todo atruena.*

»Nada de lo que escribió dexa de ser  
 »muy lleno de arte; pero nunca la exe-  
 »cutó con tan poca prudencia que no la  
 »ocultase con destreza. Hasta aquí Rioja."

(1) Véase demostrada en estos dos exemplos la falsedad de lo que dice Quevedo; pues en ambos cabe muy bien *voy* y *apenas*.

Y para que mas claramente se vea que Herrera así lo entendia, y por tanto lo practicaba, pondrémos aquí una de sus notas á Garcilaso, en que explica el estudio con que trabajaba sus versos. Dice así hablando de las diéresis: „Sin duda que estas divisiones hechas artificialmente dan grande resplandor á la poesía, y la retiran de la *comunidad de los que solo hacen versos.*” Pone despues el mismo exemplo que Rioja, y prosigue: „Con estas dos distracciones y apartamientos representa mejor la grandeza del monte, y la pesadumbre y dificultad de lo que trata. Con esta imitacion, para dar á entender casi semejante dificultad y aspereza, osé yo decir:

*El yerto hórrido risco despeñado,*

*Y la montaña áspera parece.*

„Y para negar la entrada y impedilla:

*Aquí no entra quien no es desdichado.*

„Y para mostrar lo que se siente y duele la division y apartamiento:

*Divídenme de vos, ó alma mia.*

„Y habiendo dicho:

*Tan cansado y perdido que no tengo*



*Fuerza para arribar, y nunca vengo.*

„Con mejor consejo lo mudé así:

*Para arribar fuerza, y nunca vengo.*

Y concluye: „Permítaseme esta licencia  
„que usurpo en querer mostrar el cuida-  
„do de estos versos; porque no hallar  
„fácilmente otros exemplos en nuestra  
„lengua me ofreció ocasion y osadía pa-  
„ra ello.”

Con estas autoridades, y la doctrina arriba insinuada, me parece quedan refutadas sólidamente todas las censuras que en órden al language se han hecho ó pueden hacer contra Herrera. Es así que á ningun otro poeta debe tanto nuestro language poético como á Herrera; él enseñó el modo de enriquecerlo, y de hecho lo aumentó considerablemente de voces y frases nuevas, antiguas, peregrinas; las quales si se hubiesen de expresar todas, seria necesario formar un Diccionario poético. Mostró prácticamente que nuestra poesía puede admitir todas las bellezas y adornos de la poesía Griega, Latina y Toscana: usó de aquellas figuras que solo tienen lugar en la

poesía; y aunque algunos criticastrós le censuren por esto, el exemplo y autoridad de tan excelente poeta, fundado en la imitacion de los mejores Escritores, nos debe hacer mas fuerza que las pedanterías de los que jamas han acertado á componer un verso mediano. Dígolo por aquellos que censuran sus versos de duros, secos y descarnados: yo en verdad no tengo el tacto tan fino que pueda distinguir quáles son ó no blandos, xugosos y carnosos. Si para ser tales necesitan de cierta dósís de conceptillos falsos, retruécanos, equívocos, ó de frialdad prosaica; perdónenme los tales censores, si gusto mas de las sequedades y durezas de Herrera. Es verdad que no son sus versos tan fluidos y armoniosos por lo comun como los de Valbuena y Lope; pero los excede en artificio y belleza: y por otra parte pueden muy bien los versos bucólicos de Virgilio ser fluidos y numerosos, como realmente lo son, sin serlo tanto como los de Teócrito. Ya en tiempo de Persio decian los criticastrós que los versos de Virgilio eran du-

ros y alcornoqueños. Y no seria fuera de propósito imitar aquí ligeramente el passage en que este agudísimo satírico los ridiculiza, si no temiera exâsperar la cólera de aquel ó aquellos, cuyos versos seria necesario oponer á los de Herrera, á imitacion del satírico Latino.

Concluiré esta parte del language (en que me ha sido fuerza dilatarme mas de lo que quisiera) con las autoridades de dos insignes extrangeros de acreditado gusto. Don Pedro Napoli Signorelli, que creo no será notado de afecto á nuestra literatura, segun el concepto que de él se tiene, dice así: „La lengua castellana es riquísima, y tiene mucha semejanza con el giro y expresiones de la Italiana; y no carece de algun lenguaje poético: tendria mucho mas si el Andaluz Herrera, buen poeta, y feliz imitador del Petrarca, fuese mas conocido de su misma Nacion, y se hubiese adoptado su designio de enriquecer y ennoblecer la poesía castellana.”

Y el Conde D. Juan de Conti en la obra arriba citada dice así: „La locucion

»de nuestro Poeta (es á saber Herrera)  
 »es de quando en quando suave, pero  
 »grave por lo comun y nerviosa; ha-  
 »biendo sido tambien el primero que le-  
 »vantó el language poético castellano  
 »con el uso de voces antiguas, llenas de  
 »expresion y de armonía, y con el ma-  
 »nejo de la trasposicion de las palabras,  
 »segun lo han practicado los célebres  
 »Escritores de Italia en la poesía Latina  
 »y Toscana.”

Este es el concepto unánime que del  
 language de Herrera han formado todos  
 los hombres de gusto, propios y extra-  
 ños; aquellos, digo, que se han librado  
 de la general corrupcion en la poesía con  
 la atenta lectura de los antiguos. Este es  
 el verdadero camino que deben seguir  
 los que aspiren á ennoblecer la sentencia  
 con la elocucion; de lo qual no nos fal-  
 tan excelentes exemplos en nuestros dias,  
 bien que pocos y desestimados. Lo no-  
 ble, lo grande, lo magestuoso nunca se  
 envejece, nunca puede llamarse antiqua-  
 do, por mas que la turba ignorante no  
 lo use: despues de diez y ocho siglos

el language de Virgilio y Horacio es la norma para los que escriben versos latinos. Nuestra buena poesía ha estado como muerta y sepultada por mas de un siglo: los que pretendan hacerla revivir, procuren imitar á aquellos que con tanta dignidad y nobleza la elevaron hasta el mas alto punto; sin contar en este número á los que en este largo vacío han brillado como fuegos fatuos entre las tinieblas de la corrupcion. El mal gusto en las artes y ciencias suele dominar de quando en quando ya en unos, ya en otros pueblos: entonces se miran con ceño las obras que no se conforman con las ideas dominantes. Pero al fin la posteridad mas ilustrada hace justicia al mérito, aprecia lo sólido, bello, magestuoso, y abomina las superfluidades, extravíos, bagatelas pueriles, y todo lo que no se funda en la naturaleza y verdad.

Aun quando el mérito de Herrera en el language no fuese tan sobresaliente como lo es, seria no obstante merecedor de nuestro mayor aprecio por las demas prendas poéticas que en él con-



curriéron. Una fantasía ardiente, viva y rápida, que le eleva sobre todas las cosas criadas: en tan sublime eminencia ve la belleza ideal aquellas escenas magníficas, aquellos quadros maravillosos, que copiados de su valiente pincel nos arrebatan; trasladando á los ánimos sensibles todo aquel entusiasmo de que se hallaba agitado en aquellos felices momentos. En esta disposicion se hallaba Horacio quando prorumpió en aquellas sublimes odas.

*Non usitata, nec tenui ferar, &c.*

*Bacchum in remotis carmina rupibus, &c.*  
*Odi profanum vulgus, et arceo, &c.*  
*Quo me, Bacche, rapis tui, &c.*

Arrebatado de igual entusiasmo Herrera se eleva diciendo:

*Ya con no usado vuelo me sublimo  
 Con fuertes alas por el grande campo  
 Del líquido sereno; y confiado  
 En el instable globo el paso estampo.  
 Y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,  
 Y en el sanguino, do feroz armado  
 Marte nunca aplacado  
 Vibra la hasta cruel, y arroja fuego,  
 Sin miedo entró; do veo tan extrañas*

*De los abuelos vuestros las hazañas,  
Que quando á dalles justa estima llego,  
Veo que mi osadía en vano emprende  
Lo que su luz clarísima defiende.*

Y en otra parte:

*Ya inferior á mí la tierra veo;  
Veo el ondoso ponto que la baña,  
Cortando el giro aerio luminoso;  
Y veo en el hermoso  
Sol, do vuestras virtudes resplandecen,  
Quanta abundancia el cielo en sí contiene.*

Estos raptos y vuelos de la fantasía con que el poeta se eleva sobre las ideas comunes, y discurre por los anchos espacios de toda la naturaleza; así como no se aprenden por preceptos, así tambien estan fuera de los alcances de un frio gramático. Es necesario estar dotado de una mas que mediana fuerza de imaginacion para poder seguir al poeta en estos vuelos, y advertir la íntima conexiõ que hay entre aquellas imágenes, que al co-tejarlas friamente parecen disparatadas y sin ningun enlace. El que carece de esta facultad en aquel grado necesario para suplir las ideas intermedias; el que

nada ve en aquellos inmensos vacíos, por los que pasó rápidamente la fogosa fantasía del poeta, tiene á Píndaro por incomprehensible, á Horacio por obscuro, á Herrera por duro, seco y desarreglado. Autor Frances ha habido que se atrevió á afirmar que Píndaro no tiene otro mérito que una ú otra sentencia confundida entre muchos versos despreciables: ¿y qué extraño será haya Españoles que digan lo mismo de Herrera? Pero esta costumbre de despreciar lo que no se entiende es ya muy antigua entre los hombres.

No se hallará otro poeta entre los nuestros que mas haya participado de las prendas de Píndaro que Herrera: así es que los que tengan verdadera idea del caracter Pindárico admirarán precisamente en nuestro poeta aquellos raptos y vuelos de la fantasía tan extraordinarios y maravillosos. Observarán aquel desorden inimitable, propio solo de los grandes poetas, quando agitados extraordinariamente del ardor poético no pueden detenerse para proceder en la expresion de sus ideas con aquella exâctitud que se

requiere en las obras, en que no tiene lugar el entusiasmo. Rompen á manera de un torrente impetuoso todos los diques que suele oponer un rígido preceptista (1): y para mostrar los nuevos mundos que van descubriendo en su vuelo rápido, no pueden guardar aquel escrupuloso mé-

(1) De semejantes vuelos, en que corre peligro el poeta, estan bien libres los que con la fantasía muy serena se ponen muy de propósito á componer odas Pindáricas y tomos de versos: hoy escriben una cancion, por exemplo, y saben con evidencia que mañana escribirán otra. ¡Talentos felices que tienen siempre á su arbitrio el fuego poético! No necesitan templar el ánimo antes de escribir, siempre estan de un mismo temple. Les interrumpe su composicion algun negocio doméstico, ó la visita de un amigo; nada importa: prosiguen despues la tarea de versos que se han impuesto por dias, sin experimentar la menor alteracion ni debilidad en su entusiasmo. Ya tengo concluidas cien odas; y en este mes compondré otras tantas, que formarán un tomito regular para darlo á la imprenta. Se dividirá en tres partes: la primera contendrá odas Pindáricas; la segunda Anacreónticas; la tercera Horacianas; y aun añadiré quarta parte de una mezcla de estos tres estilos: porque ¿quién duda que está en manos del hombre el ser Píndaro, Horacio ó Anacreonte, ó todos tres juntos? ¿Pues para ser un Petrarca ó Herrera hay mas que imitarlos, haciendo sonetos, canciones y elegías sobre zelos, ausencias, favores? Mayõrmente que carezco de toda sensibilidad: y solo conozco la pasion del amor por el nombre; por lo qual estoy libre de que la fantasía agitada de la pasion se me extravie, y me haga decir delirios amorosos.

todo que se exige del que escribe á sangre fria. En estos felices momentos, que aun en los grandes poetas suelen ser raros, de ninguna otra cosa se cuida menos que del método y exâctitud en las ideas y en las palabras: en tal situacion Píndaro:

..... *Per audaces nova dithyrambos  
Verba devolvit, numerisque fertur  
Lege solutis.*

Un severo gramático, que no tenga cuenta con el estado en que á la sazón se halla la fantasía del poeta, entra á pedirle razon muy por menor de las menudencias del arte; y advirtiéndolo el defecto lo censura y condena irremisiblemente.

Pero no se crea que autorizamos todos los desarreglos que proceden de la imaginacion desenfrenada: se habla solamente de aquellas licencias que en todas las lenguas se permiten á los grandes poetas, á los quales no se les debe sujetar á reglillas pueriles; las quales si se hubiesen empeñado en observar, quizá careceríamos de los mejores pasages



que son nuestra admiracion. Y puesto que nos hablan como animados de un espíritu divino, no es extraño que su language y modo de presentar las cosas sea conforme al estado en que se suponen, y por consiguiente nada comun. Por lo demas el juicio ha de tener tirantes las riendas de la imaginacion é ingenio para que no se desvoquen: como juez severo debe exâminar prolixamente las riquezas que traen á su tribunal las otras dos facultades de sus largos viages: deseche lo falso, cercene lo superfluo, elija lo conveniente, y coloque en su lugar propio cada cosa: este es el oficio del juicio maduro despues de pasado el primer ardor. Por carecer de esta facultad tan precisa, muchos de nuestros poetas dotados de ingenio y fantasía en sumo grado no han excedido en todos los géneros de poesía á los modernos de otras Naciones, y han igualado á los antiguos. ¿Qué imaginacion mas fecunda y fogosa que la de nuestro Lope de Vega? Pero al mismo tiempo ¿quién no se indigna al ver obscurecidos los mayores rasgos de su en-

tusiasmo con torpes borrones, por no haber acertado su juicio á discernir lo conveniente? Asi es que en sus composiciones al lado de pasages, que nos hacen olvidar de Homero y Virgilio, se ve un conjunto de despropósitos y extravíos muy reprehensibles. Al contrario Herrera, en quien el juicio era igual al ingenio, y el buen gusto adquirido con la atenta observacion de los Antiguos, le habia acostumbrado á volar libre y seguramente: de tal suerte soltaba la rienda á su fantasía en busca de lo bello y maravilloso, que jamas la permitia extraviarse, ni exceder los justos límites: bien así como un diestro músico quando toca un instrumento, cuyo manejo posee perfectamente, dexa discurrir por él sus dedos con aquella libertad que le asegura el largo uso y experiencia del acierto. Asi que uno y otro, esto es, las prendas naturales y el estudio son las que forman los grandes poetas que nos arrebatan, nos imprimen sus afectos, hacen inmortales sus asuntos, y nos instruyen con deleyte. Los que carecemos de dichas prendas,

contentémonos con observarlas con admiracion y respeto en las obras de los grandes genios, sin presumir jamas imitarlos. Si así lo hubiesen entendido muchos, se abstendrian de intitular sus coplas frias ó desarregladas *Odas anacreónticas, horacianas*, y si Dios quiere, *pindáricas*. Esto de los títulos es cosa que está en manos del autor ; porque si Dante intituló *Comedia* á su poema, qualquier otro puede muy bien llamar *Epopya* á la fria narracion histórica de qualquier suceso ; *Odas anacreónticas* á unos discursos político-ridículos, siempre que estén en versos de siete sílabas ; y *Odas pindáricas* á qualquiera cosa escrita en verso, con tal que cuide de poner de cierto en cierto número de versos *estrofa, antiestrofa, épodo*, nombres prodigiosamente misteriosos, puesto que tienen la virtud oculta de convertir el hielo en fuego, esto es, los versos mas frios y despreciables en el fogoso espíritu de Píndaro, cuyo carácter de poesía y mérito mas infaman que imitan. Herrera no alcanzó este secreto,

pues jamas se acordó de estos ridículos nombres; pero aunque estos y el título de pindáricas falte á algunas de sus Odas, los que no hacen mucho caso de los títulos, y penetran en las entrañas de las cosas, nos aseguran que realmente en ellas y en algunos sonetos se descubre claramente el carácter pindárico. Qual sea este, por lo que hace á la fantasía, ya lo hemos insinuado brevemente, porque no es de este lugar explicarlo con mas extension: veamos ahora qué parte tiene el ingenio, y qual se requiere para esta especie de poesía.

Un ingenio profundo y filosófico podrá adornar sus composiciones con imágenes nuevas, reflexiones de otros no advertidas; ó á las cosas comunes darles un aspecto de novedad, que produzca un deleyte maravilloso. Pero el ingenio vasto y fogoso ademas añade la belleza de presentar en un punto de vista reunidos infinitos objetos, que á los ingenios comunes parecen muy distantes y opuestos. Vuela rápidamente por toda la naturaleza visible é invisible; y en un



momento trae lo mas precioso , escogido y admirable que hay en ella para adornar su obra. El entendimiento del hombre, ansioso sobremanera de aprender con poca fatiga cosas nuevas , así como los ojos de mirar , percibe un indecible deleite, quando de una ojeada ve todas aquellas riquezas , que le hubiera sido muy difícil ó imposible adquirir por sí mismo. Así es como Píndaro se ha hecho la admiracion de los hombres de gusto de todas las edades y naciones; y esto mismo es lo que debe hacer inmortal á nuestro Herrera. Su vasto ingenio, junto con su fantasía ardiente, no le permiten á veces mantenerse en el suelo, tomar la lira, invocar á las musas , y convidar á los hombres á escuchar su canto : se remonta sobre las nubes , penetra el Olimpo , y nos refiere lo que pasa entre las deidades.

Ciertamente no hay elogios suficientes para expresar la sublimidad de sus canciones, en que ya imita la poesía griega , ya la hebrea , demostrando con tan excelentes exemplos, que nuestra poesía



es capaz de todas las bellezas, que honran y hacen apreciables á los antiguos y modernos de todas las naciones. Y porque no se crea que esta es una exâgeracion, hija del afecto nacional ó de la pasion á Herrera, véase lo que dice un ilustre extranjero (1) de exquisito gusto de algunas de sus composiciones; lo qual no solo servirá de testimonio irrefragable de mi asercion, sino tambien de modelo para hacer exâmen crítico de poesías: el qual ciertamente no consiste en decir esto es excelente, aquí hay entusiasmo, y otros mil elogios vagos; si no se señala dónde está lo admirable, y se dan las razones para probarlo. Sobre la cancion:

*Quando con resonante &c.*

dice así:

„Entre los guerreros que mas se distinguieron (en la sujecion de los moriscos de las Alpujarras, la qual dió materia para esta oda), merece el primer lugar Don Juan de Austria, que

(1) El Conde Don Juan de Conti en la obra arriba citada.

„puso fin á una empresa de tanta im-  
 „portancia. Este valeroso Príncipe y la  
 „grandeza del suceso encienden de divi-  
 „no entusiasmo á nuestro Poeta; hecha  
 „mano de la lira, y canta; sigámoslo en  
 „su vuelo.

„Su enardecida fantasía, á la qual se  
 „representan como pequeños todos los  
 „héroes de la tierra en competencia del  
 „suyo, se remonta hasta buscar en el cie-  
 „lo comparaciones de valor en las em-  
 „presas de los dioses, fixándose en la  
 „mas célebre, que es la derrota de los  
 „gigantes (de los quales eran viva imá-  
 „gen los moriscos por su fiereza é im-  
 „piedad, y por la eminencia del sitio,  
 „desde donde pelearon), y hace brillar  
 „mas que á todos en aquel conflicto á  
 „Marte, dios de la guerra, para poner  
 „á su héroe en parangon de una deidad  
 „tan grande.

„No se necesitaba mas que esta com-  
 „paracion para suministrar suficiente ma-  
 „teria á la formacion de una oda; pues  
 „la batalla de los dioses con los gigan-  
 „tes, y la de los españoles con los mo-

„ros, abrian un espacioso campo á imá-  
 „genes elevadas y vigorosas. Pero no  
 „contentándose con esto el Poeta, y as-  
 „pirando á mayor sublimidad en la in-  
 „vencion, introduce cantando á un nú-  
 „men, ocultándose á sí mismo con arti-  
 „ficiosa ilusion como inferior á la gran-  
 „deza del argumento: ¿y á qué númen?  
 „A Apolo, dios del canto: ¿y dónde?  
 „En el Olimpo: ¿y en presencia de  
 „quiénes? De toda la asamblea de los  
 „dioses.

„Veamos ahora cómo la invencion  
 „sube todavía mas de punto, disponien-  
 „do el Poeta que la accion ya pasada  
 „la cante Febo como si estuviera por  
 „suceder. Inclinado el hombre á lo ma-  
 „ravilloso, y amante de sí mismo y de  
 „su patria, de que se considera parte,  
 „no puede menos de experimentar una  
 „sensacion sumamente agradable y li-  
 „sonjera al oir que sus varios sucesos y  
 „los de su nacion hayan ocupado la  
 „atencion de los dioses tantos siglos an-  
 „tes de acaecer el hecho, y que esta-  
 „ban ya decretados y dispuestos como

„cosas de la mayor importancia. La no-  
 „bleza de semejante artificio de la poe-  
 „sía , que representa como por venir lo  
 „ya sucedido , y la fuerte impresion que  
 „produce , se colige completamente del  
 „canto 6 de la Eneyda , en el qual mues-  
 „tra Anquises á Eneas las almas que por  
 „disposicion eterna habian de animar un  
 „dia los cuerpos de sus gloriosos descen-  
 „dientes.

„Finalmente añade Herrera grande-  
 „za á su invencion , haciendo á Apolo  
 „vaticinar el suceso inmediatamente des-  
 „pues de la derrota de los gigantes ; la  
 „qual no solo hace mas natural el pa-  
 „so á hablar de semejante derrota , sino  
 „que da cada vez mas realce al mérito  
 „de Don Juan de Austria , á quien re-  
 „presenta Febo como superior al propio  
 „Marte en el mismo punto de su mayor  
 „gloria.”

Hasta aquí este erudito Poeta , el  
 qual por brevedad omite el tratar por  
 menor de las bellísimas y grandes imá-  
 genes , pensamientos y comparaciones ; de  
 la disposicion admirable de las partes ;

del language poético, sobre el qual dice, que el *autor dió á la lengua castellana toda la energíá y elevacion posible*; y que esta oda lleva delante el carácter de la sublimidad de Homero. En confirmacion de lo qual no creo se deba omitir en honor de nuestro gran Poeta, que la sublime imágen con que concluye tan incomparable oda es una bellísima imitacion de un pasage (1) de Homero, imitado tambien por Virgilio (2); y aun dicen que sirvió de idea á Fidias para formar su Júpiter olímpico.

No solo fue fácil á Herrera la imitacion de lo mas escogido de los griegos y latinos, sino que tambien aspiró con feliz suceso á enriquecer nuestra poesía con imitaciones de la sublime magestad de la hebrea. Esto lo desempeñó cumplidamente en las dos sublimes canciones á la batalla de Lepanto y á la

(1) Η' καὶ κυανέησιν ἐπ' Ὀφρύσι νεῦσε Κρονίων·  
 Ἀμβρόσιαι δ' ἄρα χαίται ἐπερρώσαντο ἄνακτος  
 Κρατὸς ἀπ' ἀθανάτοιο, μέγαν δ' ἐλέλιξεν Ὀλυμπον.

*Iliad. Rhaps. A. v. 528.*

(2) ..... *Totum natu tremefecit Olympus.*



pérdida del Rey Don Sebastian , sobre las quales oygamos lo que dice el mencionado Colector.

„La materia de este himno (*Cante-  
mos al Señor &c.* ) se reduce á la ba-  
talla naval que se dió en el golfo de  
Lepanto entre cristianos y turcos, sien-  
do General de la armada combinada  
Don Juan de Austria. Mucho hubiera  
podido extenderse nuestro Poeta sobre  
el valor de la nacion española y de tan  
grande caudillo ; pero prefirió conside-  
rar al turco como un Príncipe injusto,  
soberbio, cruel y enemigo de la verda-  
dera religion , á quien representa al  
mismo tiempo con fuerzas superiores á  
los que seguian el estandarte de Jesu-  
cristo , y sin embargo derrotado , y por  
consiguiente atribuye esta victoria al  
brazo justiciero y vengador del Omni-  
potente.

„El Poeta , que en los combates de  
los hombres hace que intervenga la di-  
vinidad , se abre campo para aquella  
grandeza de imágenes, que no tienen  
lugar, quando se representa el hecho

„como obra humana, porque une el cie-  
 „lo con la tierra, y puede aumentar á  
 „su arbitrio los grados del estilo figura-  
 „do, sin riesgo de exceder los límites,  
 „no teniéndolos Dios en ninguno de sus  
 „atributos, segun la idea que alcanza-  
 „mos á formarnos de la divinidad. Ade-  
 „mas de esto la poesía interesa y mue-  
 „ve mas por tal medio nuestros corazo-  
 „nes. Y á la verdad, ¿qué diferencia no  
 „hay entre el gusto que experimenta-  
 „mos al oir que Dios mismo es quien ha  
 „desbaratado á nuestros enemigos, y el  
 „que nos causa el Poeta, que solo lla-  
 „ma nuestra atencion hácia el valor del  
 „ejército y del General? Bien conocie-  
 „ron esta verdad los insignes maestros  
 „de la épica, Homero, Virgilio y Ta-  
 „so, quienes con semejante artificio lo-  
 „graron poner en el mas fuerte y agra-  
 „dable movimiento la fantasía y el co-  
 „razon de sus naciones. Las causas de  
 „este efecto son obvias, y por consiguien-  
 „te ociosa su explicacion.

„Sin embargo, no se propuso nuestro  
 „autor por guia á Homero ni á Virgi-

„lio, suministrándole mucho mejor mo-  
 „delo los libros sagrados, que le ense-  
 „ñaron el verdadero modo de alabar  
 „dignamente á la divinidad. Se inflamó  
 „pues con el fuego de la santa Escritu-  
 „ra, y no solo enriqueció su fantasía con  
 „las robustas imágenes que tomó de tan  
 „grande original, sino que comunicó á su  
 „composicion aquel ayre de magestuosa  
 „nobleza que se advierte en ella.

„En efecto son raros los pasages de  
 „este himno, donde el Poeta presenta las  
 „cosas en aspecto de sencilla narracion.  
 „Propone su asunto con mucha fuerza  
 „y concision : vuelve el discurso á Dios:  
 „introduce hablando al turco : pone en  
 „boca de los cristianos una súplica al  
 „Omnipotente : vuelve á dirigir el dis-  
 „curso á Dios : habla con la Grecia:  
 „luego con la nueva Tiro, y despues  
 „con toda el Asia ; y por último con-  
 „cluye hablando nuevamente con Dios,  
 „y bendiciendo su nombre. Ahora bien,  
 „¿quién habrá que no descubra en esta  
 „obra el espíritu de la poesía lírica de  
 „los hebreos, la qual suele mezclar fran-

„camente los discursos con la descrip-  
 „cion , añadiendo por tal medio mayor  
 „viveza á la pintura de los hechos, des-  
 „envolviendo mas fácilmente los afectos,  
 „y dando variedad al todo de la compo-  
 „sicion?

„Herrera fue el primero que en Es-  
 „paña empleó la sublimidad de su nú-  
 „men en la imitacion de la poesía he-  
 „brea ; y con quanta felicidad haya des-  
 „empeñado su empresa , lo muestran así  
 „este himno como la cancion elegiaca so-  
 „bre la derrota en Africa del Rey D. Se-  
 „bastian de Portugal , que empieza :

*Voz de dolor , y canto de gemido ;*  
 „sobre las quales debo añadir no haber  
 „llegado á mi noticia obra de semejante  
 „imitacion en lengua Toscana, que escri-  
 „ta en tiempo de Herrera pueda compe-  
 „tir con estas dos.”

El mismo espíritu de grandeza y ma-  
 gestad se advierte en todos sus sonetos  
 heroycos , todos los quales son muy su-  
 periores á los amorosos , por ser su espí-  
 ritu mas propio sin duda para los asun-  
 tos heroycos que para los amorosos. En



estos han de brillar los afectos sin que los ofusque el adorno de la elocucion y los conceptos demasiado sutiles y profundos : este es el único defecto de las composiciones amatorias de Herrera , como advierte con mucha razon Francisco de Rioja , y esta es la causa por qué á veces parece algo obscuro y seco.

Ciertamente debemos lamentarnos de la pérdida de las demas poesías de nuestro autor , porque siendo de asuntos que ofrecen ancho campo á la fantasía y al ingenio , hallaríamos sin duda en ellas mas sublimidad que la que se advierte en sus composiciones amorosas. En estas no puede tener lugar la sublimidad por mas que se esfuerce el ingenio y la fantasía , ni se puede ya deleytar con la novedad, despues que el Petrarca Herrera y otros buenos Poetas españoles han apurado toda la materia. En estos se deben elogiar las composiciones amorosas, porque tienen el mérito de originales, y las adornaron con todas las bellezas posibles : ¿pero quién podrá sufrir tantos millares de sonetos, canciones, ele-



gías &c. en que han perdido su tiempo y calor tantos , para repetirnos infelizmente lo que otros muchos habian dicho con la mayor belleza ? Yo, prescindiendo de la inutilidad de este género de poesía, diré siempre de semejantes composiciones con un excelente satírico (1):

*Yo te confieso que quando uno empieza  
Zelos, glorias, desdenes, esperanzas,  
Que se me desvanece la cabeza.*

Pero aun en este género de composiciones tiene Herrera un mérito muy distinguido por la belleza de las imágenes y conceptos con que las adorna, por la gravedad de las sentencias y magestad del language. Algunas elegías, que escribió mas agitado de la pasión, son bellísimas en sumo grado, singularmente la que empieza:

*Bien debes asconder sereno cielo,*  
no tiene igual en castellano. Entre los sonetos amorosos hay algunos que llegan al mas alto punto de perfeccion en su línea; y aun en los mas débiles hay

(1) Bartolomé Leonardo.

mucho que admirar en la elocucion y sentencia. La sextina es una composicion viciosa por su naturaleza , pues todo su artificio viene á reducirse á un juguete y combinacion de palabras : por tanto, aprisionada la fantasía é ingenio con tantos grillos, no puede tener lugar en ellas la verdadera belleza. Así es, que aun las mas bellas , quales son las del Petrarca y Herrera, no se pueden leer sin molestia y fatiga; por lo qual con justa razon deben desterrarse de la buena poesía estas y otras composiciones , en que el artificio mecánico de las palabras debilita las fuerzas del entusiasmo.

Por último, un poeta que ha dado á la elocucion poética castellana el mayor realce, que ha enseñado el verdadero camino de aumentarla , que la ha enriquecido con modos de decir nobles y peregrinos, que adorna sus composiciones con todas las galas que suministran una imaginacion ardiente y fecunda, un ingenio vasto y fogoso, un exquisito gusto, formado en la atenta observacion de los mejores maestros, con las imitaciones de

quanto excelente y bello se observa en los antiguos y modernos, que con tanta felicidad ha trasladado á nuestra poesía las galas de la hebrea, griega, latina y toscana: un poeta de tanto mérito, digo, es acreedor á toda nuestra veneracion y aprecio. Ya que no se le dé la preferencia entre todos nuestros poetas (1), merece seguramente uno de los puestos mas distinguidos de nuestro

(1) Suele disputarse qual es el mayor ó mejor de nuestros Poetas líricos: cada qual coloca en el primer lugar al que es mas de su gusto. Pero realmente esta disputa es muy agena de un inteligente: y los que comparan á los Poetas de distinto carácter entre sí, para dar á uno ó á otro la preferencia, muestran carecer del verdadero conocimiento en la materia. Píndaro es el Príncipe de la lírica sublime entre los griegos respecto de nosotros, que no conocemos á Estesícoro, excelente en la dulzura, á Simónides sobresaliente en lo escogido de su elocucion y en los afectos, y á otros muchos que se han perdido; los quales sabemos se distinguieron cada uno en alguna prenda sobresaliente. Pero el ser Píndaro es el mas excelente en lo sublime, no quita á Anacreonte el primer lugar en su género. Del mismo modo Garcilaso, Herrera, los Argensolas, Jáuregui, Fr. Luis de Leon y otros buenos tienen cada uno su mérito particular, en que sobresalen y los distingue de los demas. Con mucha razon dice á este propósito nuestro Herrera, que el hacer comparacion de unos versos con otros es una licencia que se han usurpado los comentadores, no siempre bien recibida, y muchas veces temeraria.

**Parnaso:** merece que se le restituya todo el honor que nuestra ignorancia y descuido le han usurpado, y que se le tome por modelo en la elocucion poética, y demas circunstancias apreciables, que brevemente hemos recomendado.

**NOTA.** Se ha seguido en esta impresion la ortografía corriente, por respeto de algunas conciencias poéticas en extremo escrupulosas, que se escandalizan miserablemente de los apóstrofes, y otras figuras de la ortografía de Herrera.

## V I D A

## DE FERNANDO DE HERRERA.

Muy escasas son las noticias que nos han quedado de la vida de nuestro Herrera: sábese solamente que nació en Sevilla á principios del siglo xvi, que fue Clérigo de Ordenes menores, y que llegó á edad avanzada. De sus estudios tenemos noticias algo mas extensas, segun se puede inferir de sus escritos, y de los que contribuyeron á la impresion de sus poesías. Uno de estos dice asi ( 1 ): „Los versos de Fernando de Herrera han padecido graves injurias „aun de los mas amigos; pero con quanta razon juzgará V. S. por la noticia „que le diere de sus estudios. Supo Fernando de Herrera la Filosofía muy „bien; estudió las Matemáticas, la Geo-

(1) Francisco de Rioja en el informe que da de las poesías de Herrera al Conde de Olivares D. Gaspar de Guzman.



„grafía antigua y moderna exâctamen-  
 „te. Supo la lengua Latina muy bien, y  
 „hizo en ella muchos epigramas llenos  
 „de arte, y de pensamientos y modos  
 „de hablar, escogidos en los mas ilus-  
 „tres escritos antiguos. De la lengua  
 „Griega dicen que tuvo mas que me-  
 „diana noticia; y por lo menos los li-  
 „bros que dexó de ella (que ni fueron  
 „pocos ni ordinarios) se ven notados  
 „asi como los latinos. En las lenguas  
 „vulgares leyó los mejores Autores, que  
 „tambien las estudió con cuidado: y  
 „todo en órden al conocimiento de la  
 „habla castellana, en que leyó con gran  
 „diligencia y observacion los escritores  
 „antiguos y modernos, notando las pa-  
 „labras y modos de decir que tenian,  
 „ó novedad ó grandeza, y poniéndolas  
 „á parte en quadernos, para que le sir-  
 „viesen quando escribia. Fue lo que es-  
 „cribió en prosa de lo mejor que hay  
 „en nuestra lengua: el Tomas Moro, la  
 „Batalla naval de Lepanto, y las notas á  
 „Garcilaso. Tambien trabajó una Histo-  
 „ria general de España hasta la edad

„del Emperador Cárlos v, que tuvo aca-  
 „bada por los años de 1590: y volvió á  
 „escribir la misma Batalla naval con mas  
 „cuidado que antes (diligencia que hi-  
 „zo tambien en sus versos) por haber  
 „sido aquella relacion trabajo de pocas  
 „horas: y estas dos obras se han perdido  
 „ó guardado por ventura para honrar  
 „otro nombre. Los versos que hizo en  
 „lengua castellana son cultos, llenos de  
 „luces y colores poéticos, tienen ner-  
 „vios y fuerza, y esto no sin venusti-  
 „dad y hermosura: ni carecen de afec-  
 „tos, como dicen algunos, antes tienen  
 „muchos y generosos; sino que se as-  
 „conden y pierden á la vista entre los  
 „ornatos poéticos, cosa que sucede á  
 „los que levantan el estilo de la hu-  
 „mildad ordinaria. Esta es la causa de  
 „que sus versos no parezcan afectuosos  
 „á los ojos de muchos, que es no ver-  
 „se los afectos tan desnudos como en  
 „Ausias Marc y en Boscan; pero algo  
 „se debe conceder á quien ilustró tanto,  
 „y engrandeció las Musas castellanas;  
 „que verdaderamente fue el primero que

„dió á nuestros números en el language  
 „arte y grandeza. Muchas cosas pasó de  
 „las mas ilustres de los Autores Latinos  
 „y Griegos á nuestra lengua, enrique-  
 „ciéndola dichosamente.

„¡Y un hombre, cuya noticia fue  
 „tan grande, cuya leccion tanta y tan  
 „varia, está hoy, como vemos, sin nom-  
 „bre y estimacion! Perdióse la *batalla*  
 „de los Gigantes en *Flegra*, el robo  
 „de *Proserpina*, el *Amadís*; pero los  
 „amores de *Lausino* y *Corona* que escri-  
 „bió, y muchas églogas y versos cas-  
 „tellanos, que han podido vivir, por  
 „ventura se estamparán con brevedad.  
 „De la persona que celebra solo podré  
 „decir que fue una Señora muy princi-  
 „pal de estos Reynos, á quien llama  
 „*Luz*, *Estrella*, *Lumbre*, *Lucero*, *Sire-*  
 „*na*, *Aglaya*, que quiere decir esplen-  
 „dor y *Eliodora*, que es lo mismo que  
 „*dones del sol*.”

Y el Maestro Francisco de Medina, Ca-  
 tedrático de Humanidades en Sevilla, y  
 buen poeta, dice asi en el prólogo á las  
 Anotaciones de Garcilaso por Herrera:

„Me parece no haré agravio, si despues  
 „de Garcilaso pusiese á Fernando de  
 „Herrera en el segundo lugar ; pues si su  
 „modestia no lo rehusára, no sé si de-  
 „bíamos dalle el primero. Gastando su  
 „mocedad en revolver innumerables li-  
 „bros de los mas loados Escritores, y  
 „tomando por estudio principal de su  
 „vida el de las Letras Humanas, ha ve-  
 „nido á aumentarse tanto en ellas, que  
 „ningun hombre conozco yo, el qual  
 „con razon le deba preferir, y son muy  
 „pocos los que se le deben comparar:  
 „y aunque tiene otras cosas comunes  
 „con algunos ilustres ingenios de esta  
 „ciudad, es suya propia la eloqüencia  
 „de nuestra lengua. Ha reducido á con-  
 „cordia las voces de nuestra pronuncia-  
 „cion con las figuras de las letras, que  
 „hasta ahora andaban desacordadas, in-  
 „ventando una manera de escribir mas  
 „facil y cierta que las usadas. Al fin vien-  
 „do que nuestros razonamientos ordina-  
 „riamente discurrían sin armonía, nos  
 „enseñó con su exemplo, como sin ha-  
 „cer violencia á las palabras, las tor-

„ciésemos blandamente á la suavidad de  
„los números. Despues porque la forma  
„de nuestra plática no desagradase á los  
„curiosos por su simplicidad y llaneza,  
„la compuso con ropas tan varias y tan  
„lucidas, que ya la desconocen de vis-  
„tosa y galana. Tiene acordado escribir  
„un arte poética, la qual hará con rarí-  
„sima felicidad; tantos y tales son los  
„Autores que tiene leídos y considera-  
„dos atentamente en aquesta facultad, y  
„tan contino el uso con que la ha exer-  
„citado. Salidos en público estos y los  
„demas trabajos, se comenzará á descu-  
„brir mas clara la gran belleza y esplen-  
„dor de nuestra lengua. Encogeránse ya  
„de hoy mas la arrogancia y presuncion  
„de los vulgares, que engañados con fal-  
„sa persuasion de su aviso, osaban re-  
„quëstar atrevidamente á esta matrona  
„honestísima, esperando rendilla á los  
„primeros encuentros, como si fuera al-  
„guna vil ramera y desvergonzada.”





# R I M A S

DE FERNANDO DE HERRERA.

---

## *LIBRO I.*

### S O N E T O S.

#### I.

**S**ufro llorando, en vano error perdido,  
El miedo y el dolor de mi cuidado,  
Sin esperanza, ageno, y entregado  
Al imperio tirano del sentido.

Mueve la voz Amor de mi gemido,  
Y esfuerza el triste corazon cansado;  
Porque siendo en mis cartas celebrado,  
Dél se aproveche nunca el ciego olvido.

Quien sabe y ve el rigor de su tormento,  
Si alcanza sus hazañas en mi llanto,  
Muestre alegre semblante á mi memoria.

Quien no, huya, y no escuche mi lamento;  
Que para libres almas no es el canto  
De quien sus daños cuenta por vitoria.

## II.

Luz en cuyo esplendor el alto coro  
Con vibrante fulgor está apurado,  
De dulces rayos bello ardor sagrado,  
Do enriqueció Eufrosina su tesoro;

Ondoso cerco, que purpúra el oro,  
De esmeraldas y perlas esmaltado,  
Y en sortijas lucientes encrespado,  
A quien me inclino humilde, alegre adoro;

Cuello apuesto, serena y blanca frente,  
Gloria de Amor, gentil semblante y mano,  
Que desmaya la rosa y nieve pura,

Es esta, por quien fuerzo al mal presente,  
Que pruebe su furor, y siempre en vano  
Aventajar intento mi ventura.

## III.

Pues de este luengo mal penando muero,  
Sin que remedio alguno estorbe el daño,  
Amor me dé en consuelo de mi engaño  
Falso placer, ageno, aunque postrero:

Que mi dolor anime el duro acero,  
Y en blanda saña el tibio desengaño,  
Y el desden manso, en cuya ausencia engaño  
Mi perdicion, y en vano el bien espero.

Para que de mi muerte la memoria,  
Y en voluntad ingrata mi firmeza  
Haga á la edad siguiente insigne historia.

Que de mis esperanzas y riqueza  
Fincarán (¡corto premio á tanta gloria!)  
Deseos acabados en tristeza.

## IV.

¡O fuera yo el Olimpo, que con vuelo  
De eterna luz girando resplandece,  
Quando mengua Timbreo, y Cintia crece,  
En el medroso horror del negro velo!

En lo mejor del noble Hesperio suelo,  
Que cerca y baña el Betis y enriquece,  
Viera la alma belleza, que florece,  
Y esparce lumbre y puro ardor del cielo:

Y en su candor clarísimo encendido  
Volviera todo en llama, como espira  
En fuego, quando asciende al alta etra.

Tal vigor en sus rayos ascondido  
Yace, que si con fuerza alguno mira  
En ella, con mas fuerza en él penetra.

## V.

Amor, que me vió libre, y no ofendido,  
Torció de mil despojos ricos llena  
En lazos de oro y perlas la cadena,  
Y en nieve ascondió y púrpura atrevido.

Con la flor de las luces yo perdido  
Llegué, y apresuré mi eterna pena:  
Tiembla el pecho fiel, y me condena:  
Huyo, doy en la red, caygo rendido.

La culpa de mis daños no merezco,  
Que fue el nudo hermoso, y de mi grado  
No una vez le entregára la vitoria.

Quanto sufro en mis cuitas y padezco,  
Hallo en bien de mis yerros engañado,  
Y del engaño salgo á mayor gloria.

## VI.

Con el puro sereno en campo abierto  
Vuela mi alado carro, y fresco llega  
El viento, arando el golfo, la paz niega  
Cielo airado, ayre adverso, fluxo incierto.

Desampara huyendo el mar desierto;  
Mas el miedo y horror lo aflige y ciega:  
Noto cruel, que su furor despliega,  
Las velas rompe, impide entrar el puerto.

Quando rie una luz en Occidente,  
Que alegra el orbe etéreo, y desfallece  
El soplo Austrino, y cesa el Ponto oscuro:

La prora vuelvo, y lejos tardamente  
La tierra sola en puntas aparece,  
Y nunca al puerto arribo, que procuro.

## VII.

Vuela, y cerca la lumbre, y no reposa,  
Y huye, y vuelve á su beldad rendida,  
Figura simple suya, y encendida  
Siente, que fue á su muerte presurosa.

Mas yo alegre en mi luz maravillosa  
A consagrar osando voy mi vida,  
Que espera, de su bello ardor vencida,  
O perderse, o cobrarse venturosa.

Amor, que en mi engrandece su memoria,  
Entibia mi esperanza en lento engaño,  
Y en llama ingrata utano me consumo.

Cuide (¡tal fue mi mal!) ganar la gloria  
Del bien que ví, y al fin hallo en mi daño  
Que solo de mi incendio resta el humo.



## VIII.

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena  
Con tierno ardor, en quien Amor airado  
Me enciende el corazon, y en un cuidado  
Duro y terrible siempre me enagena?

El oro, que al Gange Indo en su ancha vena  
Luciente orna, y en hebras dilatado  
Con luengo cerco y terso ensortijado  
Gentil corona en blanca frente ordena.

O vos, que al sol vencido prestais fuego,  
En quien mi pensamiento no medroso  
Las alas metió libre, y perdió el vuelo;

Lazos, que me estrechais, mi pecho ciego  
Abrasad, porque en prez del mal penoso  
Segura mi fe rinda su rezelo.

## ELEGIA I.

Un divino esplendor de la belleza,  
Pasando dulcemente por mis ojos,  
Mi afan cuidadoso causa y mi tristeza.

Peno, pero el valor de mis enojos  
Agradezco á mi llama, por quien amo  
Dolor, que da á mi estrella mis despojos.

Nuevo amador en nuevo ardor me inflamo,  
Y me renuevo en su vigor, y espero  
Aquel bien, que suspiro ausente y llamo.

Primero es este mal, será postrero;  
Que no podrá sufrir el tierno pecho,  
O mayor otro fuego, ó menos fiero.

Si Amor, do el hielo en el Rifeo lecho  
Cobra rigor eterno, me llevara,  
Se viera de mi incendio al fin deshecho.

Cuido que el frio Ponto no engendrara  
Veneno mas terrible que su vista,  
Ni que mas algun rayo penetrara.

¿Mas qué fuera, si acaso, y cerca vista  
Tal vez de mí, y gozara yo rendido  
El precio de abrasarme en tal conquista?

Quantas flechas desarma en mi herido  
Corazon el tirano, tanta gloria  
Atiendo, de mis males ofendido.

No me dará el cruel por mas vitoria,  
Que las cuitas me acaben que padezco,  
Negando tanta estima á mi memoria.

Bien sé que con mi pena no merezco  
Honrarme, y el sentido devanea,  
Osado en la pasion á que me ofrezco.

Dióme el impio sus ojos, con que vea  
Mi sola perdicion; mas mi ventura  
Esta mi perdicion por bien desea.

El valor, la grandeza y hermosura  
Me esfuerzan al peligro, y me sustenta  
En medio del dolor mi lumbre pura.

El áspero trabajo que me afrenta  
En descanso se vuelve; y si la miro,  
El daño mas molesto me contenta.

Si sale de su pecho algun suspiro,  
Quedo ingrato á mis males, y deseo,  
Y debo la razon, porque suspiro.

Corto en la mucha gloria que poseo,  
Por mi excelso y felice pensamiento,  
Hallo el humano nombre al bien que veo.

Y mas temo en la envidia del tormento,  
El que me excusa y roba este inhumano,  
Que quanto mal me causa, y quanto siento.

No toca el puro fuego y soberano  
A quien no muere amando, á quien perdido  
No se dexa llevar de agena mano.

Dichoso yo que aventuré atrevido  
La amada libertad en que vivia,  
Y me gané venciendo de vencido.

Lánceme el caso vario, donde enfria  
Arturo, y la desnuda tierra en cielo  
Nevosos hielas, ó Febo do porfia

De Africa el seco rostro con el vuelo  
Abrasado, y feroz con hacha ardiente  
Recocer y teñir de oscuro velo:

Que en la impresion, ó rígida ó caliente,  
Alentará mi pecho desmayado  
Con suave beldad mi luz presente.

Quien el deleyte sabe regalado  
Del triste, y el placer que encubre y tiene  
El tierno corazon en su cuidado;

Solo puede entender quan bien me aviene  
En mi dulce pesar, y la holganza,  
Que en mi pena á mi espíritu proviene.

No puedo de mi afan hacer mudanza,  
Que Amor no me consiente que descanse  
Del dolor que sostiene mi esperanza,  
Antes quiere que en él muriendo canse.

## IX.

Pues de mi bello sol el rayo ardiente  
Mi débil vista ofende en claro día,  
Y tarde la suave llama envía  
Al pecho, que su aliento apenas siente;  
Vea yo en blanca luna su fulgente  
Esplendor, que dé fuerza al alma mía,  
No por mi daño incierta siempre y fría,  
Mas con florida luz y ardor presente.

Que la celeste hacha será oscura,  
Y la nocturna sombra luminosa,  
Y podrá gloriarse en mis despojos.

Y, sin cobrar temor á mi ventura,  
Veré (¡ó gran bien!) mi Delia piadosa  
Volver, qual á Endimion, los tiernos ojos.

## X.

Lento y pesado olvido, que del daño  
Eres, que mas me aqueja, mayor parte,  
Si á mi memoria ocupas esta parte,  
Que siempre me recuerda el desengaño:

Y ageno del Amor y de su engaño  
Respiro, y mi dolor de mí se parte:  
Prometo agradecido celebrarte  
En la mesma sazon del día y año.

De suerte, que á tu nombre igual no sea  
Nemósina, y se humille el claro asiento,  
Y á la umbrosa region rinda tu gloria.

Si no, desierto olvido, yo te vea  
Padecer olvidado con tormento,  
Y eterna de tus males la memoria.

## XI.

Bellas flechas del alma, ardiente llama,  
Do afina y avalora sus despojos;  
Lazos purpúreos, lúcidos manojos,  
En cuyo cerco amor mi espiertu inflama;

Volved la luz serena á quien vos llama,  
Crespas hebras floridas, dulces ojos,  
Que los nudos bien siente y los abrojos  
Quien pena, y su mal sufre, y por vos ama.

En solo un corazon tentad el fuego,  
Y el arco, que, aunque solo, su firmeza  
El precio del mayor amante encierra.

Que gastará la aljaba el Niño ciego,  
Y los rayos que enciende esa belleza,  
Primero que desmaye en tanta guerra.

## XII.

Yacia sin memoria entorpecido  
Con fria sangre el corazon helado,  
Amor hizo que escriba en mi cuidado  
Cosas que me enagenen del olvido.

Vi una luz bella, en ella vi encendido,  
Que el rigor corrió en llamas desatado,  
Y todo en ardor vivo transformado,  
Espero ver el tiempo al fin vencido.

Levanto ya el cuidado y pensamiento:  
Quieren amor y honor que ensalce el vuelo  
De mas noble osadía que Perseo.

Trabajo dulce, amado sufrimiento,  
Que sin pavor podeis llevarme al cielo,  
Acompañad eternos mi deseo.



## XIII.

Do el suelo hórrido el Albis frio baña  
Al Saxon, que oprimió con muerta gente,  
Y rebosó espumoso su corriente  
En la esparcida sangre de Alemaña;

Al zelo del excelso Rey de España,  
Al seguro consejo y pecho ardiente  
Inclina el duro orgullo de su frente  
Medroso, y su pujanza á tal hazaña.

La desleal cerviz cayó, que pudo  
Sus ondas con semblante sobrar fiero,  
Y sus bosques romper con osadía.

Marte vió, y dixo, y sacudió el escudo:  
¡O gran Emperador, gran Caballero,  
Quanto debo á tu esfuerzo en este dia!

## XIV.

La púrpura en la nieve desteñida,  
El dulce ardor con tibia luz perdia;  
Y en los cercos y oro parecia  
Venus desfallecer con voz vencida.

La enemiga cruel de humana vida  
Su niebla alegremente esclarecia;  
Y mi alma el fin último traia  
En vuestros graves ojos escondida.

Mas espirando Amor suave y tierno  
En el hielo y las rosas, la vitoria  
Porfió, y consiguió en dichosa suerte.

Centelló en vuestra faz su fuego eterno,  
Y á la belleza ufano dió la gloria,  
Que en vida volvió leda la impia muerte.

## XV.

Corta alegría, inútil vanagloria;  
Deseos en ingrato afán perdidos;  
Suspiros tarde en mi dolor crecidos;  
Despojos, que aborrezco, de impia historia:

Para amargo temor de la memoria  
Vos hallais en mi daño reducidos;  
Mas despues de mis males pretendidos,  
Mal podeis pretender mayor vitoria.

Conozco al fin, y siento bien mi engaño,  
Que el ardor que en mi pecho temblar veo  
Mostró fiera experiencia de mi afrenta.

Dexadme, pues huis mi desengaño:  
Que ni vuestras promesas ya deseo,  
Ni el bien de vuestra pena me contenta.

## XVI.

Veo el ageno bien, veo el contento,  
Que ofrece blando Amor al pobre estado;  
Y como al fin doliente, congojado,  
Busco un liviano engaño á mi tormento.

Aparto de la pena el pensamiento,  
Y espero, osadamente aventurado,  
Nueva gloria en la fuerza del cuidado,  
Y doy valor seguro al sufrimiento.

Surte incierto mil veces mi deseo,  
La presa desaparece, por quien muero,  
Y se remonta con desden perdido.

Temo ser otro insano Salmonéo,  
Que fingió el no imitable rayo fiero,  
Y fue con rayo abrasador herido.

## XVII.

Las hebras que cogia en lazos de oro  
Con arte vuestra blanca y tierna mano  
Miraba, y el semblante altivo y llano,  
Y la florida luz, que amando adoro.

Creia en vos del sacro excelso coro,  
Que el esplendor se unia soberano;  
Porque en sombra, aunque bella, y trage humano  
No vió tal bien el orbe, y tal tesoro.

Quando rompistes leda el dulce espanto,  
Que de vos parte ausente, y solo appena,  
Preguntando: ¿qué fuerza me arrebató?

Yo, que temo partirme, suelto en llanto,  
Digo: pienso que á muerte me condena  
Del cruel vuestro amor la saña ingrata.

## CANCION I.

**S**uave sueño, tú que en tardo vuelo  
Las alas perezosas blandamente  
Bates, de adormideras coronado,  
Por el puro, adormido y vago cielo;  
Ven á la última parte de ocidente,  
Y de licor sagrado  
Baña mis ojos tristes, que cansado  
Y rendido al furor de mi tormento,  
No admito algun sosiego,  
Y el dolor desconorta al sufrimiento.  
Ven á mi humilde ruego,  
Ven á mi ruego humilde, ó Amor de aquella  
Que Juno te ofreció, tu ninfa bella.

Divino sueño, gloria de mortales,  
Regalo dulce al mísero afligido,  
Sueño amoroso, ven á quien espera  
Cesar del exercicio de sus males,  
Y al descanso volver todo el sentido.  
¿Cómo sufres que muera  
Lejos de tu poder quien tuyo era?  
¿No es dureza olvidar un solo pecho  
En veladora pena,  
Que sin gozar del bien, que al mundo has hecho,  
De tu vigor se agena?  
Ven, sueño alegre, sueño, ven, dichoso,  
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.

Sienta yo en tal estrecho tu grandeza;  
Baxa, y esparce líquido el rocío;  
Huya la alba, que en torno resplandece;  
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,  
Y quanta fuerza tiene el pesar mio,  
Y mi frente humedece,  
Que ya de fuegos juntos el sol crece.  
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas  
Alas suenen ahora;  
Y huya con sus alas presurosas  
La desabrida aurora;  
Y lo que en mí faltó la noche fría,  
Termine la cercana luz del día.

Una corona, ó sueño, de tus flores  
Ofrezco, tú produce el blando efeto  
En los desiertos cercos de mis ojos;  
Que el ayre entretexido con olores

Halaga, y ledo mueve en dulce afeto;  
Y de estos mis enojos  
Destierra, manso sueño, los despojos.  
Ven pues, amado sueño, ven liviano,  
Que del rico oriente  
Despunta el tierno Febo el rayo cano.  
Ven ya, sueño clemente,  
Y acabará el dolor, así te vea  
En brazos de tu cara Pasitea.

## XVIII.

En este, que prosigo, espacio incierto,  
Armado con los riscos, y espantoso,  
Descubro estrecho paso y afanoso,  
Dudosa salud siempre, y daño cierto.

Huyendo entre las peñas del desierto  
Dilato el rastro del dolor penoso:  
Resuena áspero el viento, y el hermoso  
Cielo yace en tinieblas encubierto.

Ya corro despeñándome sin tiento,  
Ya doy en las espinas con los ojos,  
Y no hallo algún fin en mi camino.

Cánsase y desespera el sufrimiento,  
Y no teme el peligro y los abrojos  
Quanto llevar presente el mal continuo.



## XIX.

Crece y alienta fiero en el Nemeo  
Leon, y imprime su furor presente,  
Y en el orbe terrestre esfuerza ardiente  
Las llamas el dañoso Iperioneo.

Y quando Amor, ingrato á mi deseo,  
Descubre en su leon mas inclemente  
Los rayos, acabar indignamente  
Mi estéril esperanza triste veo.

Abrasa el corazon, do nunca el frio  
Tuvo lugar; ¡ay, ó dolor penoso!  
A quien otro ninguno es semejante.

No puede amortiguar el llanto mio  
Este incendio, que el Betis espumoso,  
Ni todo el grande Océano es bastante.

## XX.

Ardia en varios cercos recogido  
Del crispante cabello en torno el oro,  
Que en bellos lazos coronado adoro,  
Dichoso en el dolor del mal sufrido.

Vibraba el esplendor esclarecido,  
Y dulces rayos del Amor tesoro,  
Por quien perdida busco siempre, y lloro  
La gloria de mi daño consentido.

Veste negra, descuido recatado,  
Suave voz de angélica armonía  
Era, medida y trato soberano.

Yo, que tal no esperaba, trasportado  
Dixe en la pura luz que me encendia,  
No encierra tal valor semblante humano.

## XXI.

De bosque en bosque, de uno en otro llano  
Solo en medroso horror, y en sombra oscura  
Voy suspirando ausente, y la luz pura  
Busco, que me encubrió el Amor tirano.

Corto el rio, y traspaso el monte en vano,  
Que no se debe mas á mi ventura:  
El bien, que la esperanza me procura,  
Huye, y se me desliza de la mano.

En este duro estrecho me lamento,  
Porque sea mi daño manifesto,  
Y alguno se conduela en mi cuidado.

No conorta al fin esto mi tormento:  
Que tanto mi dolor es mas molesto,  
Quanto de ageno pecho mas llorado.

## XXII.

En tu cristal movable la belleza  
Veo, Nereo padre, figurada  
De mi luz, que de rayos coronada  
Muestra alegre su gracia y su grandeza.

Tus ondas vibran, y arden con la alteza  
De la llama Titania, y la rosada  
Frente alabo, y de púrpura imitada  
En ellas, y de nieve la pureza.

Si alzo al Polo los ojos, donde junto  
Te pinta su color, presente miro  
De mi lucero el dulce ardor florido.

Y dudoso del bien, al mesmo punto  
Vuelvo, y en tu fulgente ponto admiro  
Su esplendor, y en el cielo dividido.

## XXIII.

Del fiero Marte el canto numeroso,  
Y de la selva, olvido, y verde prado  
La avena, porque vuelvo al fin cuitado  
En gloria de quien turba mi reposo:

De aquel cruel, que fuerte y poderoso,  
Terror de hombres y dioses, y cuidado,  
Me forzó á tolerar el mal de grado,  
Y en mi pasión me agrada estar lloroso.

El silencio, el semblante descontento,  
Y el confuso gemido es muestra abierta  
De mi penoso y luengo desvarío.

No me duele, aunque inmenso, mi tormento:  
Duéleme que mi pena, á todos cierta,  
No conozca quien causa el error mío.

## XXIV.

Tan alto esforzó el vuelo mi esperanza,  
Que mereció perderse en su osadía:  
Yo bien lo sospechaba, y le temía  
De su atrevida empresa la venganza.

No me escuchó, y siguió una confianza,  
Que huyó con los bienes que tenía;  
Y conmigo en tal cuita y agonía  
Se adolece y lamenta en la mudanza.

Para aliviar la culpa en tanto daño  
De Faeton el rayo le recuerdo,  
Y de su intento ufano la memoria:

Que solo ya me sirvo del engaño  
En mi mal; y en mi error penando, pierdo  
Sin razón las promesas de mi gloria.

## S E X T I N A I.

U n verde lauro, en mi dichoso tiempo,  
Solia darme sombra, y con sus hojas  
Mi frente coronaba junto á Betis:  
Entonces yo en su gloria alzaba el canto,  
Y resonaba como el blanco cisne;  
La soledad testigo fue y el bosque.

Despues que al bien me dió principio el bosque,  
Y en la sombra gocé del dulce tiempo,  
Y canté como quando muere el cisne,  
El lauro me negó sus verdes hojas;  
Y en triste se trocó el alegre canto,  
Y se admiró de mi lamento Betis.

Yo busco el lauro junto al grande Betis,  
Y está cerrado en el espeso bosque,  
Do apenas llega el lastimoso canto  
Que le ofrecí el pasado alegre tiempo;  
Mas él huye de darme mas sus hojas,  
Y yo me quejo como suele el cisne.

Jamas cantó tan triste el dulce cisne  
En el sonante sulco del gran Betis,  
Como yo por el lauro y verdes hojas,  
Que me impiden tratar el duro bosque;  
Y con memoria del suave tiempo  
Resuena todo en lástimas mi canto.

Ya no sonaré yo el felice canto,  
Que puso envidia en Betis al gran cisne;  
Pues es contrario á mi esperanza el tiempo,

Tristezas oirá, y lágrimas ya Betis;  
Y al cielo moveré contra aquel bosque,  
Que del lauro defiéndeme las hojas.

Pues ya no me coronó de las hojas,  
Enmudezca de hoy mas el tierno canto;  
Así vea desnudo al triste bosque,  
Y llore mi dolor el blanco cisne,  
Que tiende el lecho en el soberbio Betis,  
Pues el lauro me falta, y dexa el tiempo.

Entristéceme el tiempo, el lauro y hojas,  
El canto no me agrada, el blanco cisne  
Lamente en Betis, y arda en fuego el bosque.

## XXV.

Dulce el fuego de Amor, dulce la pena,  
Y dulce de mi daño es la memoria,  
Quando renueva Amor la antigua historia,  
Que á su grave tormento me condena.

Mas quando hallo mi esperanza llena  
De bien y de promesas de vitoria,  
Un súbito dolor turba mi gloria,  
Y todos mis contentos desordena.

Que será esta luz pura de belleza,  
La fe del justo Amor en poca tierra  
Vuelta, y el fuego muerto que me inflama,  
¡O vano ardor de la mortal flaqueza!  
Si el fin, que ofrece paz de tanta guerra,  
No dexará aun ceniza de mi llama.



## XXVI.

¿A dó tienes la luz, Hespero mio,  
La luz, gloria y honor del ocidente?  
¿Estás puesto en el cielo reluciente  
En importuno tiempo y seco estio?

Lleva tu resplandor al sacro rio,  
Que tu belleza espera alegremente,  
Y el céfiro te sea otro oriente  
Hecho lucero, y no Hespero tardio.

Merezca Betis fértil tanta gloria,  
Que solo él destas luces ilustrado  
A tierra y cielo lleva la vitoria.

Que tu belleza y resplandor sagrado  
Hará perpetuo, de inmortal memoria,  
Mientras corriere al mar arrebatado.

## XXVII.

Las luces do el Amor su fuerza apura  
Con el sereno ardor de sus centellas,  
El oro crespó en mil sortijas bellas  
De rayos coronado y llama pura;

Las palabras vestidas de dulzura  
(Que la armonia celestial en ellas  
Parece), el pecho duro a mis querellas,  
La mano que á la nieve vuelve oscura,

Son causa del tormento y dolor mio,  
Con muchas, que callando siento y veo;  
Y no me valen en mi esquiva suerte.

En su dureza solo el bien confío,  
Porque á vana esperanza y gran deseo  
No se debe pedir sino la muerte.

## XXVIII.

El bravo fuego sobre el alto muro  
Del soberbio Ilion crecia airado,  
Y todo por mil partes derramado  
Se envolvía confuso en humo oscuro.

Caía, traspasado por el duro  
Hierro, y ardía en llamas abrasado,  
Y se rendía al ímpetu del hado  
Del Frige osado el corazón seguro.

Solo el Rey de Asia, muerto en la ribera,  
Grande tronco (¡ay cruel dolor!) yacía,  
Y su cuerpo bañaba el Ponto ciego.

¡O fuerza oculta de la suerte fiera!  
Que quando Troya en fuego perecía,  
Falte á Priamo tierra, y falte fuego.

## XXIX.

Acabe ya el lamento grande mío,  
Con quien inundo, Betis, tu corriente,  
Que mi dolor acerbo no consiente  
Perpetuo estado á tanto desvario.

Este fuego, en quien ardo, gaste el frío:  
Rompa este yugo estrecho ya mi frente,  
Y Amor en sus rendidos no me cuente,  
Que de él á luengo paso me desvío.

No me tendrá en confuso error su olvido,  
Su desden, su rigor y su tormento,  
Que tanto se cansaron en mi pena.

¿Mas yo qué digo, ausente y ofendido,  
Si el impio ofrece siempre al pensamiento  
De mi astro fatal la luz serena?

## XXX.

Betis, que en este tiempo solo y frio  
Escuchas mi dolor del hondo asiento,  
Acoge en tu quieto movimiento  
Los últimos suspiros que yo envío.

Y, si tiene valor tu sacro rio,  
Dame, que en árbol verde mi tormento  
Lamente transformado, que ya siento  
Débil la voz, qual cisne, al canto mio.

Porque con nuevas ramas tu corriente  
Cercaré coronando, y destilado  
Iré en tu luengo curso y extendido.

Que mi Luz ceñirá su bella frente  
De mis hojas, ó en llanto desatado  
Seré en sus blancas manos recogido.

## XXXI.

Yo vi á mi dulce Lumbre que esparcia  
Sus crespas ondas de oro al manso viento,  
Y con tierno y suave movimiento  
Mi duro corazon enternecia;

Mi rustiqueza y torpe rebeldia  
Perdió, vencida, el ostinado intento,  
Y en blando y regalado sentimiento  
Trocó mi alma la aspereza mia.

Nunca me vi mas preso ni rendido,  
Y nunca vi en mi Luz mayor dureza,  
Ni mas recio desden, ni largo olvido.

A término tan grave y estrechez,  
Casas, mi triste suerte me ha traído,  
Que temo de mi Lumbre la belleza.

## ELEGIA II.

Si ya la Luz, que causa mi alegría,  
Su resplandor aparta de mis ojos,  
¿Para qué quiero ver la luz del día?  
¿Para ver por ventura mis despojos  
En ageno poder, y mi memoria  
Muerta, y vueltas las flores en abrojos?  
Amor, porque me dió breve vitoria,  
Y no entera, con daño de la vida,  
Que fortuna en sus hechos nueva gloria;  
Mas grave siente la inmortal herida  
Con la fuerza del mal; y triste temo  
A la alma á tales ímpetus rendida.  
Espero ya llegar á tal extremo,  
Que á todos ponga lástima mi pena,  
Y no espero tornar al bien supremo.  
Libre quisiera estar de la cadena,  
Que en los dorados nudos me ha forzado  
A padecer el daño que me ordena.  
Adonde la luz vuelvo fatigado,  
Una sombra, un horror, un gran tormento  
Se presenta en la fuerza del cuidado.  
El prado, que solia estar contento,  
Y el rio de mi canto entretenido,  
Muestran de mi dolor el sentimiento.  
Los árboles las ramas han perdido;  
La yerba se consume; y se deshace  
El calor en las flores esparcido.

A nadie de mi lástima le place,  
Sola mi bella Luz (¡ay dura suerte!)  
Se alegra, y mi dolor le satisface.

¿A dó me volveré con mal tan fuerte?  
¿Quién podrá remediar mi desventura  
Sino la cruda y espantosa muerte?

Aquella claridad y hermosura,  
Que ya algun tiempo se llamaba mia,  
Deshizo mi esperanza y mi ventura.

Pues me dexa mi Luz y mi alegría,  
Y no dexa el dolor, quiere que muera  
Porfiando con mísera agonía,  
Que vana gloria de mi muerte espera.

## XXXII.

Largos sutiles lazos esparcidos  
Por el rosado cuello y blanca frente,  
Dorada diadema, ardor luciente,  
Llenos de mis despojos ofrecidos:

Tiernos y bellos ojos encendidos,  
Rayos de amor, por quien mi pecho siente  
La herida inmortal que llevo ausente,  
Abrasada mi fuerza y mis sentidos.

Dichoso yo, que merecí cadena  
De vuestras ricas hebras, y la llama  
Que de vos procedió en estos mis ojos.

¡O si pudiera acrecentar la pena,  
Y avivar mas el fuego que me inflama,  
Para daros debidos los despojos!



## XXXIII.

El duro hierro agudo, que la mano  
Rica de mis despojos por vos siente,  
Y la sangre esparció, que Amor ardiente  
Guardó qual nectar puro y soberano;

Guiólo Amor, y abrió manso y humano  
Lugar al dolor vuestro tiernamente:  
Que el mal que siento grave y vehemente  
Blando siente el cruel pecho tirano.

La herida terrible, que en mis ojos  
De los vuestros entró, y causó mi pena,  
Venganza toma ahora en vuestro yerro:

No es culpa vuestra, es gloria á mis despojos;  
Y así que os hiera, el dulce Amor ordena,  
(Como á mí vuestros ojos) vuestro hierro.

## XXXIV.

Las hebras de oro puro, que la frente  
Cercan en ricas vueltas, do el tirano  
Señor texe los lazos con su mano,  
Y arde en la dulce luz resplandeciente;

Quando el invierno frio se presente  
Vencedor de las flores del verano,  
El purpúreo color tornando vano,  
En plata volverán su lustre ardiente.

Y no por eso Amor mudará el puesto,  
Que el valor lo asegura y cortesía,  
El ingenio, y del alma la nobleza.

Es mi cadena y fuego el pecho honesto,  
Y virtud generosa, Lumbre mia,  
De vuestra eterna angélica belleza.

## XXXV.

Si á mi triste memoria en hondo olvido  
Desierta sepultase sombra oscura,  
Jamás yo ausente en mísera figura  
Lamentaria el daño no debido.

Más presente la llevo, y voy perdido  
Por cierto error á estrecha desventura;  
Y es muerte fiera él ya de mi ventura,  
Rico despojo al corazón caído.

De mi gloria me acuerdo para pena,  
Del mal para dolor, y nunca veo  
O pienso cosa ajena de mi engaño.

Pobre de bien mi suerte, y de afán llena  
Fue; y aunque no, bastára mi deseo  
Para no dar lugar al desengaño.

## XXXVI.

Del peligro del mar, del hierro abierto  
Que vibró el fiero Cimbrio, y espantado,  
Huyó la airada voz, salió cansado  
De la infelice Birsá Mario al puerto.

Viendo el estéril campo y el desierto  
Sitio de aquel lugar infortunado,  
Lloró con él su mal, y lastimado  
Rompió así en triste son el ayre incierto.

En tus ruínas míseras contemplo,  
¡O destruido muro! cuánto el cielo  
Trueca, y de nuestra suerte el grande estrago.

¿Qual más terrible caso, qual exemplo  
Mayor habrá, si puede ser consuelo  
A Mario en su dolor el de Cartago?

## XXXVII.

No es tan duro mi pecho que no sienta  
La fuerza del dolor que en él desciende;  
Mas Amor, por mas daño me defiende  
Que descubra las llagas de mi afrenta.

Quiere que calle el mal y que consienta  
La pena que me aqueja, y siempre ofende,  
Y en fuego desusado tarde enciende  
El corazon, que en llama se sustenta.

Si esta grave pasion no perturbara  
El pecho, bien pudiera confiado  
Llegar al dulce fin de la alegria.

¡Mas ay, quanto es esta esperanza cara!  
¡Y por mirar su bien, quanto ha pasado  
De afan y de tormento la alma mia!

## XXXVIII.

Este lauro que tiene en su corteza  
Verde escrita la honra de mi pena,  
Y en él el manso céfiro resuena  
Mi mal, su resplandor y su belleza;

Quando el sol elevado en mas alteza  
Se vió, me dió en sus hojas sombra llena:  
Fue el calor blando y la congoja buena,  
Y entonces me alegraba la aspereza.

Ahora, ¡ó triste hado, avaro cielo!  
Que dexa el sol ardiente el paso abierto,  
Y todo el mal y daño en mi fortuna:

Con llanto eterno y falto de consuelo  
Miro el lauro, y padezco en el desierto,  
Por su culpa, el calor que me importuna.

## XXXIX.

Del mar las ondas quebrantarse via  
 En las desnudas peñas desde el puerto,  
 Y en conflicto las naves, que el desierto  
 Bóreas bramando con furor batia.

Quando gozoso de la suerte mia,  
 Aunque afligido del naufragio cierto,  
 Dixe: no cortará del Ponto incierto  
 Jamas mi nave la temida via.

Mas ¡ay triste! que apenas se presenta  
 De mi fingido bien una esperanza,  
 Quando las velas tiendo sin rezelo:

Vuelo qual rayo, y súbita tormenta  
 Me niega la salud y la bonanza,  
 Y en negra sombra cubre todo el cielo.

## ELEGIA III.

¡O suspiros, ó lágrimas hermosas,  
 Gloria del alma mia y mi cuidado,  
 Que de mi pena fuisteis piadosas!

¡O sentimiento de amoroso estado!  
 ¡O prendas de mi alma y mi esperanza,  
 Que reparais el mal del bien pasado!

Si alguna vez hallare yo mudanza,  
 Y algun desden en quien está mi vida,  
 Vos sercis mi reparo y confianza.

No temeré por vos ira encendida  
 Si el Amor no temiese: vos sois puerto  
 Al alma en peligroso mar perdida.

Suspiros míos, que me teneis muerto,  
¿Sueño yo aqueste bien? Deci, ¿es fingido?  
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?

¡O lágrimas, si hubiera concedido  
Amor que yo os bebiera, porque el pecho  
Regárades que en fuego está encendido!

No para que pudiera ser deshecho,  
Mas para que tomara blando aliento,  
Y fuera este de amor ilustre hecho.

Y para que tuviera su aposento  
Propio en el corazón, y relevára  
Parte de mi dolor y mi tormento.

No hay nectar dulce por quien yo os trocará,  
Ni lluvia de oro ¡ó lágrimas hermosas!  
Por quien mi alma su dolor repara.

Tales lágrimas dulces, piadosas,  
Vénus Citérea derramó, dexando  
A Adonis en las selvas amorosas.

Y tales fueron los suspiros, quando  
De amor de Marte presa suspiraba,  
Ardiendo en fuego deleytoso y blando.

Con estas bellas lágrimas bañaba  
Diana el rostro blanco tiernamente,  
Quando de Endimion triste se apartaba.

Hermosas perlas, que de el oriente  
Nacidas en la concha generosa  
Se esparcen por el último ocidente,

Tendidas por la púrpura hermosa,  
No dan tal resplandor qual habeis dado,  
Cayendo en los colores de la rosa.



El rocío del cielo derramado,  
Y en olorosas flores esculpido,  
A vuestra gran belleza no ha igualado.

¡O lágrimas dichosas, que el olvido  
Nunca podrá borrar de mi memoria,  
Con quien jamas espero ser perdido!

¡O mi vida, mi alma, bien y gloria,  
Y vos suspiros de amorosa suerte,  
Por quien gané vencido la vitoria!

Vivid alegres, sin que enojo fuerte  
O aspereza revoque esta alegría,  
Que no podrá romper la dura muerte.

Conmigo faltareis á un mesmo dia,  
Y renovándoos los celestes ojos,  
Lloraréis en la pena y muerte mia,  
Y sereis del amor dulces despojos.

## XL.

Ardientes hebras, do se ilustra el oro  
De celestial ambrosia rociado,  
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
Quanto sois del Amor mayor tesoro.

Luces que al estrellado y alto coro  
Prestais el bello resplandor sagrado,  
Quanto es Amor por vos mas estimado,  
Tanto humilmente os honro mas y adoro.

Purpúreas rosas, perlas de oriente,  
Marfil terso y angélica armonia,  
Quanto os contemplo, tanto en vos me inflamo;  
Y quanta pena la alma por vos siente,  
Tanto es mayor valor y gloria mia,  
Y tanto os temo, quanto mas os amo.

## XLI.

Viví gran tiempo en confusion perdido,  
Y todo de mí mesmo enagenado  
Desesperé de bien, que en tal estado  
Perdí la mejor luz de mi sentido.

Mas quando de mí tuve mas olvido,  
Rompió los duros lazos al cuidado  
De Amor el enemigo mas honrado,  
Y ante mis pies lo derribó vencido.

Ahora que procuro mi provecho,  
Puedo decir que vivo, pues soy mio,  
Libre, ageno de Amor y de sus daños.

Pueda el desden, Antonio, en vuestro pecho  
Acabar semejante desvario,  
Antes que prevalezcan sus engaños.

## XLII.

Desea descansar de tanta pena,  
Conociendo ya tarde el desengaño,  
Mi alma hecha á su dolor extraño,  
Y del perdido tiempo se condena.

Ve su triste esperanza de ansias llena,  
Poco bien, mucho mal, perpetuo daño,  
Y las glorias debidas cierto engaño,  
Que el su dulce tirano al fin ordena.

Siente sus fuerzas flacas y sin brio,  
Y su deseo vano y peligroso,  
Y medrosa levanta apenas el vuelo.

Amor, porque no crezca en ella el frio,  
El fuego aviva do arde, y sin reposo  
Busca y gime, hallando luz del cielo.

## XLIII.

El suave color que dulcemente  
Espira el tierno ardor de rosa pura,  
La viva luz de eterna hermosura,  
El sereno candor y alegre frente,

El semblante, do yace Amor presente,  
La mano que á la nieve de blancura  
Orna, pueden volver la noche oscura  
En dia y claridad resplandeciente.

En vos el sol se ilustra y se colora  
El blanco cerco, y ledas las estrellas  
Fulguran y las puntas de Diana.

Tal vos contemplo que la roxa aurora,  
Y de Vénus la lumbre soberana,  
En vuestra faz ardiendo son mas bellas.

## XLIV.

Alzo el cansado paso , y á la cumbre,  
Sufriendo encima esta pesada carga,  
Pruebo llegar; mas la distancia larga  
Me ofende, y mas la grave pesadumbre.

Bien que me esfuerza una pequeña lumbre  
Que veo lejos; pero no descarga  
Esto mi afan penoso, antes alarga  
De mi prolixo error la incertidumbre.

Con el peso abrazado desfallezco,  
Que mi ostinada afrenta no consiente  
Que desampare ya esta empresa mia.

Luchando con el mal pruebo y me ofrezco  
Al peligro, esperando ver presente  
Alegre en tantos tristes algun dia.

## XLV.

El fuego que en mi alma se alimenta,  
Y consume al estéril duro frio,  
Da vida al casi muerto pecho mio,  
Y en virtud de sus llamas me sustenta.

Justo es que muera y viva en él, y sienta  
La gloria de mi dulce desvarío;  
Porque de mis trabajos yo confio  
La esperanza del premio en quien me alienta.

Como en inmenso frio junta espira  
Inmensa oscuridad, cuya tristeza  
Ocupa el corazon con grave pena;

Así con el excelso ardor conspira  
Excelsa luz, que dexa en su belleza  
Mi alma de alegría y de bien llena.

## XLVI.

De vos ausente ocupo en llanto el día,  
Y la noche me acoge en mi lamento,  
Y para mas dolor conmigo cuento  
Mi breve bien perdido y alegría.

Vuestro duro rigor ya bien debria  
Enternecerse de mi sentimiento,  
Y descubrirme en tanto apartamiento  
Un rayo solo de la Lumbre mia.

Pero si vos quereis con este olvido  
Alentar la pasion que me maltrata,  
Lo hecho sobra ya para venganza.

Mas aunque en soledad, y aborrecido  
No podreis, aunque mas podais ingrata,  
Que yo no os ame ageno de esperanza.

## XLVII.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio  
En sus turbadas ondas lleva el llanto;  
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,  
Que pongas justo fin al dolor mio:

Que sigo ausente sin tu desvario,  
Y en tu vana esperanza me levanto,  
Y en este paso desamparas quanto  
De tu promesa y tu valor confio.

Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento  
Acabe, o que mi vida se deshaga,  
La esperanza, el deseo y osadia.

Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,  
Y el crudo golpe desta acérba llaga  
Al íntimo llego de la alma mía.



## XLVIII.

Pues la flor do crecia mi esperanza  
Quemó duro rigor de ingrato hiel,  
Y á mi ardiente deseo negó el cielo  
De fortuna mejor mas confianza;

Do el sol con tibio rayo tarde alcanza,  
Y luenga sombra ofende el mustio suelo;  
Daré ausente, olvidado sin consuelo,  
A mi injusta osadía igual venganza.

Mas no sufre la fuerza que padezco  
Tan corta paga en tanto atrevimiento,  
Que en la ausencia el dolor es menos fiero.

Llega ya á estrecho tal, que no merezco  
Alabanza ni culpa en mi tormento;  
Tanto es grande mi mal, que desespero.

## S E X T I N A    I I .

**A**l bello resplandor de vuestros ojos  
Mi pecho abrasó Amor en dulce llama,  
Y desató el rigor de fria nieve,  
Que entorpecía el fuego de mi alma;  
Y en los estrechos lazos de oro y hebras  
Sentí preso y sujeto al yugo el cuello.

Cayó mi altiva presuncion del cuello,  
Y en vos vieron su pérdida mis ojos,  
Luego que me rindieron vuestras hebras,  
Luego que ardí, Señora, en tierna llama;  
Pero alegre en su mal vive mi alma,  
Y no teme la fuerza de la nieve.

Yo en fuego ardo, vos helais en nieve,  
Y libre del Amor alzais el cuello,  
Ingrata á los tormentos de mi alma,  
Que aun blandos á su mal no dais los ojos;  
Mas siempre le abrasais en viva llama,  
Y sus alas prendeis en vuestras hebras.

Viese yo las doradas ricas hebras  
Bañadas de mi llanto, si la nieve  
Vuestra diese lugar á esta mi llama;  
Que la dureza de ese yerto cuello  
La lluvia ablandaria de mis ojos,  
Y en dos cuerpos habria sola una alma.

La celestial belleza de vuestra alma  
Mi alma enlaza en sus eternas hebras,  
Y penetra la luz de ardientes ojos  
Con divino valor la helada nieve,  
Y lleva al alto cielo alegre el cuello,  
Que enciende el limpio ardor inmortal llama.

Amor, que me sustentas en tu llama,  
Da fuerza al vuelo presto de mi alma,  
Y del terreno peso alzando el cuello  
Inflamarás la luz de sacras hebras,  
Que ya sin rezelar la dura nieve,  
Miro tu claridad con puros ojos.

Por vos viven mis ojos en su llama,  
¡O luz de la alma! y las doradas hebras  
La nieve rompen, y dan gloria al cuello.

## ELEGIA IV.

Si es ley de Amor que quien os ama muera,  
Y pague con la vida la osadia,  
Mi pena y muerte sea la primera:

Mas si pretende Amor, ó Lumbre mia,  
Que quien merece amaros siempre viva,  
¿Por qué quereis matarme con porfia?

Acabe ya vuestra dureza esquivá,  
Que no sufre razon tan gran crueza,  
Ni es bien al tierno amante ser altiva.

Si no merezco amar vuestra belleza,  
Y buskais con la muerte mi castigo,  
Por ser indigno yo de tanta alteza;

Este amoroso puesto es buen testigo  
De quien fue la ocasion de mi tormento,  
Dando principio al mal que yo prosigo.

Nunca osé levantar el pensamiento  
A mas que contemplar la hermosura,  
Vuestro valor y blando acogimiento.

Nunca me confié de mi ventura  
Tanto que pretendiese tal vitoria,  
Siendo justo perder tal coyuntura.

Vos disteis causa á mi primera gloria;  
Vos pusisteis aliento á la esperanza,  
Prometiendo certísima memoria.

Creí vuestro deseo, y la bonanza  
Que vi en el mar quieto y sosegado  
Dióme vuestra amorosa confianza.

Ahora veo mi dichoso estado  
En miserable vuelto, y mi alegría  
En tristeza, y mi bien en mal trocado.

No sé á quién yo me vuelva en mi porfía,  
Que pueda consolarme en tal fortuna,  
Sino á vos, enemiga dulce mía.

Mis quejas os publico de una en una:  
Mostroos mi pena y lástima presente,  
Y veo que mi mal os importuna.

Estais á mis tormentos inclemente,  
Ingrata, esquivá, dura y desdeñosa,  
Y de vuestra memoria estoy ausente.

Mi alma, que con vos era dichosa,  
Sin vos triste, sin vos es desdichada,  
Sin vos de su dolor jamas reposa.

No hay quien de mi pena lastimada  
No suspire y no tenga descontento,  
Y vos estais mas cruda y ostinada.

¡O Luz, gloria de Hesperia y ornamento,  
Criada por mostrarnos la belleza  
Del alto, claro y celestial asiento!

Mirad que si en vos falta la terneza,  
Perdeis parte mayor de vuestra gloria,  
Y el mas ilustre nombre de la alteza.

¿Sufrireis que os escriba la memoria  
Por bella y por cruel? ¡ó Lumbre mía!  
No deis á tal pecado tal vitoria.

Sed, pues que sois mi luz hermosa, pia:  
Dad á quien os adora algun consuelo  
En premio de sus penas y agonía.

No me dexéis morir con desconsuelo  
De vuestra crueldad desamparado;  
Baste el dolor sufrido y su rezelo.

¿Cómo sufris que muera en tal estado  
Quien era vuestro amor, vuestro contento,  
Y dulcemente fue de vos tratado?

Mas si vuestra dureza y mi tormento  
Quieren cortar el hilo de mi vida,  
Y esto es ya de los dos postrero intento;

En este breve espacio y despedida  
Mostrad dolor alguno de mi muerte  
En término tan áspero ofrecida.

Que despues no habrá pena ó mal tan fuerte  
Que pueda deshacerme esta memoria,  
Ultimo bien de mi infelice suerte,  
Y despojo dichoso de mi gloria.



## XLIX.

Lloré y canté de Amor la saña ardiente,  
Y lloro y canto ya la ardiente saña  
Desta cruel, por quien mi pena extraña  
Ningun descanso al corazon consiente.

Esperé y temí el bien tal vez ausente,  
Y espero y temo el mal que me acompaña,  
Y en un error, que en soledad me engaña,  
Me pierdo sin provecho vanamente.

Veo la noche antes que huya el dia,  
Y la sombra crecer, contrario agüero;  
¿Mas qué me vale conocer mi suerte?

La dura ostinacion de mi porfia  
No cansa, ni se rinde al dolor fiero;  
Mas siempre va al encuentro de mi suerte.

## L.

El trabajo de Fidia ingenioso,  
Que á Júpiter Olimpio dió la gloria,  
Fue soberbio despojo de vitoria  
Al tiempo en nuestra injuria presuroso;

Pero al valor de Aquiles animoso  
El siempre insigne Homero alzó la historia,  
Y dió á la fama eterna su memoria  
Con alta voz del canto generoso.

Yo, que mal puedo ser en honra vuestra  
Nuevo Homero, consagro, luz de España,  
De mis incultos versos la armonia.

Mas si me mira Caliópe diestra,  
Valdrá (si mi deseo no me engaña)  
Mas que Fidia mortal la Musa mia.

## LI.

Triste esperanza, incierta, en blando pecho  
Por luengo tiempo inútil engendrada,  
Que mi descanso y gloria aventurada  
En temor truecas vano y en estrecho;

Huye de mí, que sobra el daño hecho:  
Sigue en otra ocasion mejor entrada,  
Porque en vida tan mísera y cansada  
Es toda tu porfia sin provecho.

Si este lugar lloroso te contenta,  
Busca mejor fortuna al pobre estado,  
Y sosiego al furor del dolor mio.

Que atendiendo el deseo me atormenta,  
Y caido y sin fuerzas mi cuidado  
Me estrecha el corazon con torpe frio.

## LII.

Razon es ya que la cansada vida,  
Tanto tiempo sujeta al Amor vano,  
Huya el fiero poder de este tirano,  
Y ya deslace mi cerviz caida.

Perezca la esperanza aborrecida,  
El deseo abatido, y mi liviano  
Intento, que mi bien ya está en mi mano:  
Ya tengo mi fortuna conocida.

Seguro podré ver de hoy mas la suerte  
Del mísero amador el vil denuesto,  
El congojoso miedo, el zelo frio.

Que no podrá respeto de mi muerte  
Hacer que mude el curso al fin propuesto;  
Tal exemplo es el grave dolor mio.

## LIII.

Fueron de un corto bien, que huye luego  
Antes que vuelva la ocasion la frente,  
Muestras las que el Amor halló presente,  
Con que mi alma ardió en su eterno fuego.

Pero glorias de un niño solo y ciego,  
Que cedo las deshace un accidente,  
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,  
Que en su dolor no alcanza algun sosiego?

Fundé mis esperanzas en arena,  
Que el viento esparce airado sin concierto,  
Y rendido al temor perdí el rezelo.

Cayeron; y el cruel por mayor pena  
En altas nubes desmayó desierto,  
Ni alzar osando, ni inclinar el vuelo.

## LIV.

Duro es este peñasco levantado,  
Que no teme el furor del bravo viento;  
Fria esta nieve, que el soberbio aliento  
Del Aquilon arroja apresurado:

Mas duro es vuestro pecho y mas helado,  
En quien la piedad no ha hecho asiento,  
Ni el fuego de amoroso sentimiento  
En él jamas, por culpa vuestra, ha entrado.

Sordas las ondas son de aqueste rio;  
Pero mas sorda vos á mis clamores,  
Que aun poco os pareció ser dura y fria.

Mas todo este dolor al pecho mio  
No causa tantas penas y dolores  
Quanto la soledad de la alma mia.

## ELEGIA V.

**L**os ojos, que son luz de la alma mia,  
Húmedos vi tornarse con lamento,  
La púrpura bañando y nieve fria.

Un tierno y congojoso sentimiento  
Con suspiros forzados fatigaba  
El pecho, donde inspira Amor su aliento.

A la armonía y llanto atento estaba  
El ayre suspendido el alto cielo,  
Y á mí junto con ella se quejaba.

¿Quando oyó tan suave canto el suelo,  
Aunque tenga de Orfeo la memoria,  
Y de Febo cubierto en mortal velo?

¿Quando tuvo el Amor tan gran vitoria?  
¿Quando sintió el valor de su grandeza,  
Sino en esta dichosa y sola gloria?

¿Qué piedad fue ver en tal tristeza  
Los dulces ojos, que jamas vió tales  
La luz del roxo sol puesto en alteza?

Los dulces verdes ojos celestiales,  
Que entre la blanca nieve y frescas rosas  
(A quien son las de Pesto desiguales)

Esparcian las lágrimas hermosas,  
Avivando el color con el rocío,  
Que cubria las flores amorosas.

¡Qué lástima era ver en el sol mio  
El puro resplandor, que me encendia,  
Amortiguado, sin aliento y frio!

¡Qué compasion mirar la gloria mia  
Sujeta á un triste y miserable estado,  
Y ver que Amor en ella padecia!

No hubiera pecho (aunque de acero armado)  
Que al dolor no entregára sus despojos  
De la aspereza en piedad trocado.

El licor que baxaba de los ojos  
Por los pechos, y veste variada  
De lazos plateados y de abrojos:

En nieve con dureza congelada,  
Convertida su forma en la figura  
De una luciente perla bien tallada.

No cria con tal luz y hermosura  
En sí el rosado y oloroso oriente  
Perla de tan perfecta compostura.

Si tuviera esta perla resfulgente  
Juno, de la alta Samo sacra diosa,  
Páris le diera el premio fácilmente.

Con esta fuera Vénus mas dichosa,  
Y el resplandor mas blanco de Diana,  
Y de Febo la luz mas poderosa.

Llegué yo á esta mi perla soberana,  
¡Ay triste! inadvertido por mi daño,  
Que su luz á mis ojos fue tirana.

No me temí del amoroso engaño,  
No pude persuadirme á tal afrenta,  
No siendo de la ley de amor extraño.

A la luz que en mis ojos se aposenta  
Iba para quejarme de la pena  
Que la fortuna adversa le presenta:



Quando cerca del mal que Amor ordena

Miré con piedad y confiado

La que todas mis glorias enagena;

La luz y el dulce resplandor nevado

El corazon venció con su belleza,

Y la tomé en mis manos admirado.

Lloroso y con temor de su tristeza

Me olvidé de la perla que traia,

Y á mi boca llevéla con simpleza.

Disuelta al punto ¡ó dura suerte mia!

A las entrañas descendió, y en fuego

Se trasmudó la nieve dura y fria.

El corazon se abrasa ardiendo luego,

Como si por mi bella Luz no ardiera,

Y su calor dexóme á un tiempo ciego.

¡O crudo engaño! ¿quién jamas creyera

Que en un cuajado y recogido hielo

Oculto un fuego líquido estuviera?

¿Qué, fuera del Amor, virtud del cielo

Pudo mostrar en lágrimas hermosas

Un nuevo efecto nunca visto al suelo?

Estas lágrimas puras y amorosas

Eran fuego de amor, eran mi muerte

Estas lágrimas tiernas y dichosas.

Si estas pudo arrojar con triste suerte

Por los ojos, doblando el desvario

Al pecho, que rindió su brazo fuerte:

Si estas pudo enviar en hielo frio,

Conociendo en la luz de su belleza

Mas virtud, que en su fuerza el amor mio;

¿Por qué quiere que viva en su dureza  
Siempre sujeto, y preso y engañado,  
Pues no trató conmigo con llaneza?

Mejor fuera que ya que maltratado  
Debia yo vivir en su tormento,  
Me llevára al dolor sin ser forzado.

Y no que con su fraude y crudo intento  
Me robára la gloria de mi pena,  
Dexándome en confuso sentimiento  
Rebelde el cuello siempre á la cadena.

## LV.

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro,  
Superior al Tajo, y Duero y Ebro,  
Sagrado Híspalo rio, á quien celebro,  
Corre ufano al ondoso Ponto Mauro.

Tu bello mirto rinde al verde lauro,  
Y á las menores hojas del enebro:  
Quanto es mayor el lauro que el enebro,  
Tanto es al mirto inferior el lauro.

Solo falta, conforme á tu alta gloria,  
Lugar en el luciente y firme cielo  
Con el nombre de Erídano trocado.

Mas ya que se te niegue esta vitoria,  
Serás en el dichoso Hesperio suelo,  
Qual Eliconio Olmeo, venerado.

## LVI.

La viva llama daís y luz ardiente  
Del rosado esplendor y faz serena,  
La gracia y risa tierna de amor llena,  
A Vénus bella, á Faeton luciente;  
Al cielo el que vos dió valor presente;  
La suave armonía, que resuena  
En vuestra dulce boca, á su sirena;  
El olor, perlas y oro al oriente;

La mano y color lúcido al aurora;  
Las flechas al Amor, que en mi herido  
Pecho gasta cruel con ardor ciego:

A mí triste vos place dar, Señora,  
Solo esquivo desden, ingrato olvido,  
Que en vuestro hielo encienden mi ímpio fuego.

## LVII.

Probó atento el artífice dichoso  
A la imágen impresa y forma pura  
Hacer no inferior la hermosura,  
Por quien Betis va al piélago pomposo.

La gracia dió, dió el esplendor hermoso,  
Que en la nieve la púrpura figura;  
Lumbre, que á la tiniebla vence oscura,  
Mas que todos osado y temeroso.

Pero la magestad de la belleza,  
Tierna y serena gloria de la frente,  
Y ojos dulces, do el blando Amor se cria;

No pudo; y justo fue que su rudeza  
Vuestra beldad no alcance floreciente,  
Sola entre tantas ¡ó ínclita Maria!

La muerte pido; un corazon amante  
Vos me entregais, y me dexais ausente  
De las bellas lazadas de oro ardiente,  
Y del sereno y celestial semblante.

¿Por qué no temo pues el mal instante,  
Aunque sus rayos Marte ya clemente  
Contrayga, si el dolor que está presente  
Cansa el pecho en sus lástimas constante?

Este afan no esperado, esta partida,  
El errante furor enciende fiero,  
No el trabajo cruel de enferma suerte.

Tal me hallo en la ausencia aborrecida,  
Que el dado corazon fue triste agüero  
Al duro cierto riesgo de la muerte.

## CANCION II. ✓

**A**lgun tiempo esperé de aquellos ojos  
Gozar la dulce luz, que tiernamente  
Se mostraba á mi llanto piadosa,  
Del sol quando Diana estuvo ausente,  
Y no le desplaciéron mis enojos.  
Ahora que esta sombra tenebrosa  
Se entrepone á mi Lumbre venturosa,  
Su esplendor me fallece en el desierto,  
Cercado de terror y niebla oscura,  
Y crece el mal, y el daño se apresura.  
Procuro salir dél con paso incierto,  
Y doy en la espesura,

Donde todo me estorba, y la esperanza  
Desmaya con dolor de la mudanza,  
Qualquier fulgor presente á la memoria  
Vuelve de mi perdido bien la gloria.

Fue en mi luengo camino cierta guia  
Mi luz, y mi cuidado embebecido  
Adestraba por ella el pensamiento.  
Ahora (¡ay triste!) ausente y ofendido,  
En soledad confusa y agonía  
La veo oscurecida sin aliento;  
Culpa de quien me causa tal tormento.  
Quando en la asperidad del bosque espeso  
Me enselvo mas, la claridad se aparta,  
Y de su agena gloria al alma aparta;  
Temo otro nuevo error en mi progreso:  
De este agravio no harta  
La fortuna; un nubloso cerco opone,  
Que lluvioso el bien me descompone,  
Y mi estrella arrebatada de los ojos;  
Yo ciego voy por ásperos abrojos.

Ya subo apenas, y nunca descansando,  
Por yertos riscos, pasos despeñados,  
Ya en hondos valles baxo con presteza,  
Lugares de las fieras no tratados,  
El pensamiento en ellos variando.  
Un frio horror y súbita tristeza  
Roba el vigor, y engendra la flaqueza:  
Qualquier soplo de viento, que resuena  
Entre árboles desnudos quebrantado,  
Aqueja la esperanza y el cuidado,



Que piensa ser la causa de su pena:  
Pero luego engañado  
Hallo el cuidado y la esperanza vana,  
Que, como sombra, se me va liviana;  
Mas luego en la memoria Amor despierta,  
Para cobrar su bien, la gloria muerta.

Salgo de esta aspereza á un verde llano  
De flores y de violas vestido,  
Y de mi Luz el claro lampo veo:  
La belleza, el olor lleva el sentido,  
Y el sereno esplendor y soberano:  
Contemplo en su vigor quanto deseo,  
Y es el Amor semblante á mi deseo.  
El pecho abierto admite el blando fuego,  
Y pruebo en la dulzura de este hecho,  
Que no arde con viva fuerza el pecho.  
Todo mi gran placer se turba luego,  
Al principio deshecho:  
Admirame la culpa, que no es mia,  
Y procuro encenderme con porfia;  
Y tanto lo procuro por mi daño,  
Que me abraso y consumo en este engaño.

Quando oso descubrir el mal que siento,  
Hallo tanta tibieza al bien que espero,  
Que desconfio luego de mi gloria;  
Y vuelvo al llanto y al dolor primero,  
Desesperado de mi pensamiento,  
Viendo muerta en mis bienes la memoria:  
Olvido el dulce tiempo y dulce historia  
De mi leda fortuna y apacible,

Veo mi mala andanza estar presente,  
Y el remedio que aguardo, siempre ausente.  
Torno á la soledad, que mas terrible  
Es la luz al doliente;  
Y estoy en soledad con luengo llanto,  
Do suena solo y gime el triste canto:  
Y no espero volver al bien pasado,  
Ni fin al vano error de mi cuidado.

## SEXTINA III.

**P**or este umbroso bosque y verde selva  
Con mi prolixa pena ofendo el dia;  
Y quando cerca á Febo ciega noche,  
Renuevo mis gemidos en el llanto,  
Y acreciento las ondas á este rio,  
Ausente de los rayos de mi Lumbre.

Tal vez pienso cuidadoso que mi Lumbre  
Hiere con el sereno ardor la selva,  
Y cansa de mis lágrimas el rio.  
Mas quando se me aparta y huye el dia,  
Desierto me resuelvo todo en llanto,  
Y á mis ojos deseo eterna noche.

Si en el silencio oscuro de la noche  
Riela por el cielo alguna lumbre,  
Luego la que fue causa de mi llanto  
Me parece presente en esta selva;  
Y hace esclarecer un nuevo dia,  
Y alegra el mustio bosque y hondo rio.

Testigo de mi gloria ha sido el rio,  
Que engañado me vió en profunda noche,  
Hasta que apareció rosado el dia;  
Y alli representándose mi Lumbre,  
Que enriquece la fria estéril selva,  
Asi dixe tal vez, cesando el llanto:

Mi sol, si á compasion vos mueve el llanto,  
Que produce de lágrimas un rio,  
Sufrid que rompa yo esta espesa selva,  
Y vaya envuelto siempre en dulce noche,  
Para encender mi pecho en vuestra lumbre,  
Pues me es niebla sin vos el claro dia.

¡O qué seguro bien tendré en el dia,  
Que enxugueis de estos ojos vos el llanto,  
Y enviéis á mi alma aquella lumbre,  
Que consume en su fuego el tardo rio!  
Que no verán mis ojos triste noche,  
Y será alegre el tiempo en esta selva.

La selva alcanzará un perpetuo dia,  
Y estancará del llanto el grande rio  
En la noche, en quien viere yo mi Lumbre.

## LIX.

Despues que en mí tentaron su crueza  
De amor, y vos las flechas y los ojos,  
Di honra al uno, al otro los despojos,  
Y sufrí saña de ambos y aspereza.

El fuego que encendió vuestra belleza  
Hizo dulces y alegres mis enojos,  
Y suave entre espinas y entre abrojos  
El dolor que causaba mi tristeza.

Tuve esperanza incierta de mi ufana  
Muerte, viendo el valor de mi tormento,  
Y confié este error de mi osadía.

Mas ay, que tanta gloria suerte humana  
No alcanza; y no se debe al mal que siento,  
El bien que me negais, Estrella mia.

## LX.

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto,  
Que de mis esperanzas derribado  
Me veo en tal miseria, y apartado  
De aquella Luz que ausente alabo y canto?

Mi alma no soporta pesar tanto,  
Y el nudo que la estrecha desatado,  
Ligera irá con vuelo acelerado,  
Sin descansar siguiendo su ardor santo.

Si esta indigna corteza la retarda,  
Y lenta engaña el gozo de su gloria,  
Corta, Amor, corta presto el flaco aliento.

Que solo el bien que en mi dolor me guarda,  
Por la vida que pierdo, tal vitoria  
Dará, que en precio ceda á mi tormento.

## L X I.

Aquí, donde florece la belleza,  
En cuyo dulce fuego el Amor prueba  
Su flecha, y mil trofeos nobles lleva,  
Vi de mi Luz serena la pureza.

Mi bien, que fue el valor y su grandeza  
En mi memoria mísera renueva;  
Y entre pasado afan y cuita nueva  
No espero algun remedio á mi tristeza.

¡De mi gloria ó dichoso antiguo puesto,  
Quán desigual semblante en tí contemplo!  
¡Quán gran mudanza aflige la alma mia!

Oscuro el dia, y siempre el sol molesto  
Te hiera; y seas de mi mal exemplo,  
Hasta que en tí renazca mi alegría.

## L X I I.

Mientra Amor vos entrega los despojos  
De quien suspira tierna, y cuida, y ama,  
Yo en vano ausente ardo en tibia llama,  
Viendo trocar mis flores en abrojos.

Vos en vuestro esplendor honrais los ojos;  
Yo voy á do mi ciego error me llama;  
Vuestro sol vos regala y vos inflama;  
Yo en lenta pena enciendo mis enojos.

Dichoso vos, que nunca, ó vuestra gloria  
Fue de penosas ansias ofendida,  
O sentisteis la fuerza del veneno.

Mas yo jamas, mezquino, sin memoria,  
Sin triste mal de amor pasé la vida,  
Y del mas corto bien fui siempre ageno.



## LXIII.

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho  
Ufano dulcemente con mi pena,  
Y que anudarnos pudo en su cadena  
El ya cortés Amor con lazo estrecho.

Yo veo el bien, que tuve, ya deshecho,  
Y mi segura fe de cuitas llena;  
Y que el ingrato en ímpio afán condena,  
A quien halla en su agravio satisfecho.

Yo vi, que no fui indigno de la gloria,  
Que en su rigor me usurpa la mudanza,  
Y en sombra del olvido ya me veo.

Entristézcome siempre en la memoria,  
Desfallezco medroso en la esperanza,  
Y al fin pierdo la vida en el deseo.

## LXIV.

Si el fuego Idalio el tierno canto inspira,  
Y en tu pecho, Amalteo, algún cuidado  
La estrella infunde ya, que en mar turbado  
Te guía, osa herir tu culta lira:

Por tí Betis humilde al Tebro admira,  
Tebro, mayor que el Arno celebrado,  
Y entre lucientes astros colocado  
Envidioso Erídano lo mira.

Contigo calla el coro de Elicono,  
Que baña el cuerpo en su cristal corriente,  
Y pierde el dulce niño los despojos:

Que del materno mirto la corona  
Texte, para ceñir tu sabia frente;  
O canta, ó cierre siempre Amor sus ojos.

Si yo puedo vivir de vos ausente,  
Fálteme siempre el bien, y ofenda el cielo,  
Y al débil cuerpo mio en leve vuelo  
La alma suelta del peso no sustente.

Si puedo respirar sin el presente  
Vigor de vuestra luz, el ímpio suelo,  
Lleno de eterna sombra y desconsuelo,  
Entre el perdido número me cuente.

Si padezco doliente y apartado,  
Si se enagena el bien, que en vos tenia,  
¿Por qué no rompe el pecho esta mudanza?

Si muero, do se pierde mi cuidado,  
¿A mis ojos Amor por qué no envia  
Un solo rayo dulce de esperanza?

*Soneto de Alonso Ramirez de Arellano.*

Divino Betis, que por la llanura  
De la fertil Vandalia discurriendo,  
El extendido campo enriqueciendo,  
A tu region das nombre, y das frescura;

Y en medio de tu rauda y gran hondura  
Tu natural corriente deteniendo,  
Contrario curso luego prosiguiendo,  
Vences del mar el ímpetu y bravura;

Si tu estacion naval gloria merece,  
Si las ligeras yeguas valen tanto,  
Y los Tartesios campos y el ganado;

Un ínclito Herrera te engrandece  
Sobre el Danubio, Reno, Nilo y Xanto,  
Eufrates, Tigris y Indo celebrado.

## LXVI.

Alfonso, vuestro noble y grave canto,  
Con quien de eternos giros la armonia  
Asuena, celebrar de la Luz mia  
Debiera la belleza que honro y canto:

Que yo la dura fuerza de mi llanto  
Muestro, y mal fiero, y la ponzoña fria,  
Y el bien que á mi esperanza se desvia,  
Quando en cuitoso son la voz levanto.

No que á mi nombre humilde diera gloria,  
Que ya osa alzar igual por vos la frente,  
A quien ilustra el Arno, grato al cielo.

Mas estimar si puedo esta memoria,  
Verá el ilustre Reyno de Occidente,  
Quanto en vuestra alabanza ensalzo el vuelo.

## LXVII.

Con triste voz, ó triste Musa, suena  
De estos excelsos héroes la memoria,  
De quien rezela el hado la vitoria,  
Y las mustias exêquias mustia ordena:

Porque pueda cantar (si en tanta pena  
Da lugar el dolor) la ingrata historia;  
Esparce en tanto en honra suya y gloria  
El jacinto, amaranto y azucena.

Vos, no rendidas almas generosas,  
Con desigual asedio y dura suerte,  
En la ribera Libia, que el mar baña,

Al cielo id veneradas, id dichosas;  
Que no osará negar soberbia muerte,  
Que sois eterna luz y prez de España.

## E L E G I A VI.

**E**n tanto que, Malara, el fiero Marte,  
Y el no vencido pecho del Tebano  
Ensalzas, por do el sol su luz reparte;

Yo, siguiendo el error de Amor tirano,  
Vivo en usadas quejas y lamento,  
Y crezco en mi dolor, temiendo en vano.

Doy culpa á la ocasion de mi tormento,  
Que no pueda ablandar de su dureza  
La fuerza y el rigor del mal que siento.

No encarezco del daño la grandeza,  
Que no soy en mi llanto ambicioso,  
Ni procuro alabanza en mi tristeza.

Sirvo mas al dolor impetuoso,  
Y á la infelice suerte de mi estado,  
Que al deseo de nombre ingenioso.

Esto es último fin de mi cuidado,  
En esto espero merecer la gloria,  
Igualmente penoso y engañado.

Solo es el bien que busco y la vitoria  
Agradar á mi Luz, y que mi canto  
Haga de mis trabajos la memoria.

Entre suspiros dieron y entre llanto  
La edad florida, el pensamiento incierto,  
Ley á los versos míseros que canto.

Rendida juventud mi estrago cierto  
Dudando lea, y quien en lazo eterno,  
Qual yo, espera acabar de bien desierto.

Que alguno que tuviere pecho tierno,  
Celebrará en mis penas la firmeza,  
Y culpará el furor del mal interno.

En mi Luz admirando la belleza,  
El rico cerco de oro y dulces ojos  
No alabará el desden y su tibieza.

Hallará de amor triste los despojos,  
Oscura piedad, poca alegría,  
Claro el dolor, y muchos los enojos.

Y alguna, á quien la indigna suerte mia,  
Y su no cierta fe inclinar apena  
Puede, dirá llorosa en su agonía:

Si Amor, que á sus cruezas me condena,  
Tanto bien me hiciera, que estrechára  
A mí y á tí en su yugo una cadena;

Ni yo de amante ingrato me quejára,  
Ni tú de mi dureza; que antes diera  
Debido y justo premio á fe tan rara.

Mas tú, si este cruel con diestra fiera  
Te hiere el pecho, dignamente ayrado,  
Que altivo de su imperio salgas fuera;

A Alcides dexarás desamparado,  
Y será aquel soberbio y alto canto  
En cuitoso y humilde trasformado.

Cubrirá del olvido el negro manto  
Sus hechos, y tendrán fiel memoria  
Tus cuidadosos afanes y tu llanto.

Otra mas grave lástima y mudanza  
Te ofrecerá el dolor terrible, quando  
Faltáre á tus fatigas la esperanza.



Codiciarás en vano el verso blando  
Que mitigue suave aquella saña  
Que te aflige ya mísero llorando.

Verás entonces bien que Amor se extraña  
De administrar el canto piadoso,  
Que en deleytoso ardor al alma engaña.

Estimarás entonces congojoso  
La lira que cantar mis males usa,  
Y el verso antes caído y lagrimoso.

Y al duro son del hierro y voz confusa,  
Del marcial estruendo preferida  
Será por tí mi tierna y simple Musa.

Y no podrás callar en tu crecida  
Desdicha y ansia; tu amoroso pecho  
Ardió siempre en su llama esclarecida.

No te pese que tenga Amor deshecho  
Tu preso corazon en dulce fuego,  
Y que esté de tu agravio satisfecho.

Si te da de su gloria parte luego,  
Si consagra tu canto, si vencido  
De él yace el vencedor olvido ciego;

Por tí será su cetro conocido  
De los purpúreos fines de oriente,  
Hasta el lecho de zéfiro escondido.

Y de la fria Cinta al cerco ardiente  
Irá perpetuo el nombre glorioso,  
Mientras encendiere en Ida el sol la frente.

El verso dulcemente generoso  
Tendrá sublime honor y soberano,  
Del terso y culto Laso y amoroso.

Tal á su bella Laura el gran Toscano  
Cantó con alta, insigne y noble lira,  
Guiando el Niño Rey su diestra mano;  
Y de su Delia tal gemir la ira  
Se vió el Romano amante en voz quejosa,  
Y por la ausente Némesis suspira.

Será eterna la llama milagrosa  
De aquel que ciñe Febo el verde lauro,  
Y enciende Amor con fuerza poderosa:

Que do en Xenil se mezclá el breve Dauro,  
Ardiendo osadamente en furia pia,  
Suenan en el seno Arabio y Ponto Mauro.

Vivirá de Vandalio la porfia,  
La aquejada pasion y el puro canto,  
Que murmurando Betis hondo oía.

Y tu tambien harás con tierno llanto  
De tu afanada pena honrosa historia,  
Que te dará este premio el furor santo.

Yo que esperé mendigo un tiempo gloria,  
Loando de mi Luz la hermosura,  
Temo que no merezco esta vitoria.

Porque ausente el rigor de mi ventura  
De toda mi esperanza y bien me tiene,  
Y siempre aguardo nueva desventura  
Al dolor que penando me sostiene.

## E S T A N Z A S.

## I.

**P**odrá fuerza cruel de ayrado cielo  
Y hacer suerte adversa de mi hado,  
Que pise peregrino estéril suelo,  
O sulque el ancho piélagos apartado;  
Y no que de la fe el seguro zelo  
Se mude, y dé lugar á otro cuidado,  
Y entre, á grado de la alma, ó á despecho,  
Nueva llama de amor en este pecho.

No es brio de lozano pensamiento,  
Ni liviana promesa y mal cumplida,  
Certeza noble sí de noble intento,  
Que durará en el curso de mi vida.  
Aunque ofendo al honor de mi tormento,  
Declarando verdad tan conocida;  
Pues basta ser la causa de mi pena  
La gran beldad de vuestra luz serena.

La luz serena vuestra y beldad pura,  
Que sola en vos eterna resplandece;  
El tierno acogimiento y la dulzura,  
Do espira, y en mi alma el Amor crece;  
Así me desvanecen la ventura,  
Que se pierde en el bien que no merece;  
Porque es la mayor gloria que se alcanza,  
Padecer en mi mal sin esperanza.

Tan encogido estuvo mi deseo,  
Que aun del dolor no pretendió memoria:  
Nunca se aventuró mi devaneo,

Y puse siempre en el temor mi gloria:  
Amando me contento, y no deseo  
Esto de vos, y pierdo esta vitoria;  
Si se puede decir que la ha perdido  
Quien ama tan cortés y comedido.

Volved la alegre luz de vuestros ojos,  
Y afixad en los míos su belleza,  
Porque renueve en ella los despojos,  
Y afine la alma de esta vil corteza:  
No querria mas bien de mis enojos,  
Que publicarse en toda la grandeza  
Que el cielo ve; que tuve sufrimiento  
Igual á mi osadía y mi tormento.

Despues que ya no pudo estar cubierto  
El dolor en que vivo de mí extraño,  
Y Amor me hizo osado al descubierto,  
Lo menos de mi afrenta fue y mi daño  
Lo mucho que sabeis; que el riesgo cierto  
Que paso en mi temor y usado engaño,  
Ni se puede decir como se siente,  
Ni sentirse de pecho diferente.

Solo espero en dolor tan inhumano,  
Que conozcais que sin algun reposo  
Lo sufro, y estoy siempre mas ufano  
Quando en mi afan me hallo mas penoso:  
Si mereciese yo de amor tirano  
Este bien, en mis lástimas dichoso,  
Podria ya cuidar que en vos no prende  
Menos el vivo fuego que me enciende.

No cabe en la fortuna humilde mia  
Tanto bien; sobra haber de vos oído  
Que no vos desagrada mi osadia,  
Y place ver en este error perdido:  
El grande amor medroso desconfía,  
El pequeño contino es atrevido:  
Quien ama poco espere mucho; pero  
Yo que amo mucho poco bien espero.

S  
S E X T I N A   I V .

**D**exo la mas florida planta de oro,  
Y lloro ausente y solo aquella Lumbre  
Que sigo, y siento el pecho arder en fuego:  
Mas el estrecho lazo de la mano  
Me alienta, y la dulzura de la boca,  
Que puede regalar la intensa nieve.

Yo rezelé la fuerza de la nieve,  
Quando no pude ver el árbol de oro,  
Y perdí las palabras de su boca;  
Pero volvió al partir la alegre Lumbre,  
Y con el blanco hielo de la mano  
Todo me destempló en ardiente fuego.

Ardió conmigo junto en dulce fuego,  
Y el rigor desató de fria nieve,  
Y el corazon me puso de su mano  
En la mia, y tendió los ramos de oro;  
Y vibrando en mis ojos con su lumbre,  
Ambrosia y nectar espiró en su boca.



Si oyese el blando acento de su boca,  
Y fuese de mi pecho al suyo el fuego  
Que procedió á mi alma de su lumbre,  
Yo jamas temeria ingrata nieve;  
Y cogiendo las tersas hojas de oro,  
Crinaria mi frente con su mano.

Mas ya me hallo lejos de la mano,  
Y no escucho el sonido de su boca,  
Ni veo la raiz luciente de oro;  
¿Y no me abraso todo y vuelvo en fuego?  
Pues crece siempre en mi dolor la nieve,  
Y no ofenden mis lástimas mi Lumbre;

Abre, dulce suave, clara Lumbre,  
Las nieblas, y mitiga con tu mano  
Mi sed; y la dureza de tu nieve  
Desencoge y resuelve, pues tu boca  
Fue la última causa de mi fuego,  
Y contigo me enreda el tronco de oro.

Yo espero ya, flor de oro y pura Lumbre,  
Tocar la tierna mano, y vuestra boca,  
Que deshiele en mi fuego vuestra nieve.

## ELEGIA VII.

**L**a llama que destruye el pecho mio,  
Y consume cruel en fuego eterno,  
Se alienta en el rigor de vuestro frio.  
¿Qué nieve, que engendró Sitonio ibierno,  
Basta contra su fuerza? ¿qué dureza  
Cerca ese corazon medroso y tierno?

De mi encendido Etna la braveza  
No puede regalar el tardo hielo  
De vuestra blanda y áspera belleza.

Aunque de la herbiente Libia el cielo  
Con intensos ardores abrasase,  
Y siempre el roxo Sirio nuestro suelo;

Y aunque las llamas todas exhalase  
De su ahumada cumbre Tifoeo,  
Y con guerra al Olimpo fatigase;

Con mi dolor, con mi denuesto creo,  
Que no podrán romper el hielo vuestro,  
Ni el incendio podrá de mi deseo.

Favoreció al ardor el Amor diestro,  
Que le dió vida luenga en mis entrañas,  
Y fui yo mesmo en mi pasión maestro.

Aquí tienen principio sus hazañas  
En la tibieza vuestra y en mi llama,  
Con gloria en el suceso y pena extrañas.

Hiélase en vos Amor, en mí se inflama,  
La pena que me daís tengo por gloria,  
Vuestro desden me aparta, Amor me llama.

Gran valor y gran honra es la vitoria  
De un vencido, y soberbios los despojos  
De un desdichado amante y sin memoria.

Conocí yo el poder de vuestros ojos,  
Rendíme, y sujeté mi libre cuello  
Con aquejada cuita á mis enejos.

Texióme en bellos lazos el cabello,  
Que excede al oro Arabio, la cadena,  
Que el mal me causa y fuerza á sostenello.

La boca en que el alado niño suena  
Con armonía alegre y risa honesta,  
El furor acrecienta de mi pena.

Grave error, grave culpa mía es esta;  
Pues admito rezelo en mi tormento,  
Y á mi osadía miedo vil molesta.

Porque mi aventurado pensamiento  
Halla bienes de amor, jamas pensados,  
Y regalos de tierno sentimiento.

Ay, los favores casi á fuerza dados,  
La habla, la dulzura y el consuelo,  
Que dan tarde los ojos recatados.

Trasportado me tienen en el cielo,  
Y ledos en su memoria el bien contemplo,  
Que igual no estrenó amante en mortal velo.

Yo sé que muero ya, y que soy exemplo,  
Aunque ofrecido al mal de mi cuidado,  
De venturoso amor en alto templo.

Solo estoy de un afan desconortado,  
Que del fuego que sufro, una centella  
No entra en vuestro corazon helado.

Si Amor permite que esa luz, mi bella  
Llama, vibre sus rayos en mi vista,  
Y que el ardor presente lleve en ella;

Sé que no habrá tormento que resista  
Mi gloria; y cuido ufano que el trofeo  
Alzaré vencedor en mi conquista.

Que la divina fuerza que en vos veo  
Podria desatar la nieve fria,  
Y el hielo envejecido del Rifeo.

Gloriosa, serena estrella mía,  
Relucid en el fuego, que consiento,  
Y dad nuevo vigor á mi osadia.

Que á vuestra alteza ínclita presento  
Mi dolor, mi cuidado, el daño cierto,  
Y el blando y lastimoso sentimiento.

Los suspiros fogosos que yo vierto,  
Darán fe de mis males, y admirada  
Enterneced tal vez el pecho yerto.

Sois vos mi estrella sola venerada  
De la alma que vos honra con firmeza,  
Aunque no agradecida, no mudada.

Yo procuro hacer vuestra belleza  
Perpetua con osado y noble canto,  
Que en el tiempo asegure su grandeza.

Aliento me da Amor, con que levanto  
La voz, no inferior á eterna fama,  
Cubierto de purpúreo y rico manto.

Y en el ardor dichoso de mi llama  
Se deshará, quien viere el nombre escrito,  
El nombre, que en suave amor me inflama,

Tendrá jamas el término prescrito:  
Porque como su inmensa hermosura,  
Y su valor, así será infinito.

Qual vuela la paloma blanca y pura,  
Tal en la gloria, que suspenso honoro,  
Mi canto volará con voz segura.

Luces bellas, sortijas crespas de oro,  
Mano en nieve y en púrpura teñida,  
Dulce boca, de Amor dulce tesoro;

Gracia, risa, armonía nunca oída,  
Valor, ingenio, conceded la gloria  
A quien por vos de todo el bien se olvida.

Que aunque se debe al cielo esta vitoria,  
Mi fe es digna que sola tal hazaña  
Celebre y alce en vuelo su memoria,  
Por quanto señorea y vence España.

## LXVIII.

De aquella ardiente luz y ardor luciente,  
En quien los ojos abre el amor ciego,  
Centellas de suave y blando fuego  
Vuelan con alas de oro dulcemente.

Unas llegan al orbe, á do presente  
Venus estrellas puras forma luego,  
Que le ornan mas, errando en bello fuego,  
Que el Espero hermoso al occidente.

Mas otras, descendiendo por mi suerte,  
Para darme valor, al tierno pecho,  
Lo abrasan condenado á eterna pena.

Yo pido por envidia de mi muerte,  
Que en este corazon de amor deshecho,  
Todas ponga mi alegre Luz serena.



## LXIX.

Suave Filomela que tu llanto  
Descubres al sereno y limpio cielo,  
Si lamentáras tú mi desconsuelo,  
O si alcanzára yo tu dulce canto;  
Prometer á mi cuita osára tanto,  
Que esperara el dolor algun consuelo;  
Y que tal vez moviera tierno zelo  
Los ojos, cuya bella lumbre canto.

Mas tú con puro acento y armonía  
Tu afrenta, y gimes bárbaros despojos,  
Yo triste mayor daño ausente lloro.

Quiera Amor que tu voz la pena mia  
Resuene, ó que yo alivie mis enojos,  
Vuelto en tí, Ruiseñor blando y canoro.

## LXX.

Volved, suaves ojos, la luz pura,  
Si á esto da lugar vuestra grandeza,  
Y templad mi dolor, que la dureza  
No cabe en vuestra inmensa hermosura.

La soberbia y desden harán oscura  
La mucha claridad de vuestra alteza;  
Y no es blason de singular belleza,  
Trocar en mal el bien de mi ventura.

Despues que Amor dexó, serenos ojos,  
Por vos el celeste orbe, el dulce puesto  
Mejóro alegre en vos, y honró la tierra.

Mirad, ó no, mi cuita y mis enojos,  
(¡Tal es mi noble afan!) yo estoy dispuesto  
Para morir ufano en esta guerra.

## LXXI.

El roto lazo habia ya del muerto  
Fuego alegre del cuello sacudido;  
Mas fue en vano el reposo concedido,  
Y recreció mayor el desconcierto.

Amor á vuestros ojos traxo cierto  
El corazon, y en ellos defendido,  
Alli encendió su flecha, alli herido  
Vos entregué mi pecho al hierro abierto.

En la tibia ceniza resplandece  
De vuestra dulce luz centella ardiente,  
Y su blando calor desata el frio.

¡O quál venganza al justo Rey se ofrece!  
Porque ya vuestro ardor mi pecho siente,  
Y siente vuestro pecho el hielo mio.

## LXXII.

¿Amor, para qué vale el sufrimiento  
En un pecho enseñado á tanta gloria,  
Si es todo lo que guarda la memoria  
Causa de afan al alma y de tormento?

Porque no pierde triste el flaco aliento,  
Quien perdió, y no en su culpa, la vitoria,  
Y de su dulce bien la alegre historia  
Vió trocar en eterno sentimiento.

¿Por qué se esfuerza en vano mi esperanza,  
Y ageno en luenga ausencia de mi suerte  
Me sostiene en dolor y en llanto fiero?

Harto es al que padece en tal mudanza  
Poder honrar su vida con la muerte,  
Que lentamente llega al fin postrero.

## ESTANZAS.

## II.

Oid atenta el son del tierno canto,  
Hermosa estrella mia, que yo veo  
En vuestra luz la llama, en quien levanto  
Ardiendo prestas alas al deseo.  
Por vos venzo el dolor y rindo el llanto,  
Y lleno de la gloria que poseo,  
Hallo que en vos mi pena me disculpa,  
Y en mi dichoso mal estoy sin culpa.

Enciéndeme las venas este fuego,  
Las junturas y entrañas abrasadas  
Siento y nervios; y siento correr luego  
Las llamas por los huesos dilatadas.  
Mi llanto el ardor tiempla; y si sosiego,  
Las centellas resuenan alentadas,  
El fuego en la ceniza me revuelve,  
Y en lágrimas el pecho el Amor vuelve.

Quando en vos cuido, en alta fantasía  
Me arretrato, y ausente me presento;  
Y crece contemplando mi alegría,  
Donde vuestra belleza represento.  
Las partes con que siente la alma mia,  
Enlazada en mortal ayuntamiento,  
Y recibe en figuras conocidas  
Al sentido las cosas ofrecidas.

Aunque en honda tiniebla sepultado,  
Y esto en silencio oscuro y escondido,  
Casi en perpetua vela del cuidado

Se aduermen ; y en el dulce bien perdido  
De esta memoria en puro amor formado  
Se vencen , y alli todo suspendido  
El espirtu vos halla ; y tanto veo,  
Quanto pide y espera mi deseo.

Con la grande igualdad que en la belleza  
Vuestra mi alma tiene semejante,  
Que trasfigure en mí vuestra grandeza  
Me fuerza , y á mí en vos , y del semblante  
Suave y luz procede con terneza  
A los ojos de vuestro humilde amante  
Un furor blando , en que me pierdo ; y quanto  
La vista alegre , crece el mal y el llanto.

Amor me hiere , y hace que mi pena  
Exceda á la que ha sido mas terrible,  
Y sufre , de mi alma hecha agena,  
Mas dolor , que el que puede ser sufrible.  
Solo estoy , do se ufana y se condena,  
Y estoy , do al tardo cuerpo no es posible;  
Pero gozo en mi afan de tanta gloria,  
Que si es fiero es eterna mi memoria.

Casi sin esperar , mi Luz , vos temo,  
Y en temor infinito sirvo y amo  
Con infinito amor ; y en tanto extremo  
Mas dudo , quanto siempre mas me inflamo;  
Y llega mi rezelo á lo supremo  
Del peligro ; y tal vez si triste llamo  
La esperanza al favor , se me retira,  
Y lejos de salud mi empresa mira.

Peno, y por vos estoy sin esperanza.  
Y menos me debiera, si aplacára  
La fuerza del tormento en confianza;  
Pues por mi bien honrándome penára,  
Y no por el valor que la alma alcanza:  
Y esta suerte de mal dichosa y rara  
Me obliga á presumir en mi cuidado,  
Ageno de remedio y olvidado.

Tengo esperanza de mas pena, y tengo  
Por ella alguna cuenta de esta vida,  
Que aborrezco; y la cuita, que sostengo,  
Menos, quanto es mas áspera, es temida.  
Desamo el bien, y en el dolor me vengo  
De la engañada libertad perdida,  
Y de mí, que temia simple y vano,  
La gloria de morir á vuestra mano.

No tengo de vos bien, sino el cuidado,  
Que siente el corazon, y es mejor parte  
Esto del don mas noble y estimado,  
Que vuestra incierta piedad reparte.  
Tan secreto lo encubro y tan guardado,  
Que jamas daré de él alguna parte,  
Que solo nací yo para tenello,  
Y él para darme muerte en merecello.

No esperé yo algun bien, quando mis ojos  
Vos dieron de mi alma la vitoria;  
Los males esperé de mis despojos,  
Y ellos aplacen tanto á mi memoria,  
Que ya no trocaré de mis enojos  
El menor, por el bien de mayor gloria,



Que no venga de vos, y en ellos vivo  
Tan hecho, que al descanso estoy esquivo.

Procuro, si el dolor ya nunca muere,  
Que nazca mas dolor de vuestra mano,  
Porque me esfuerce con razon, y espere  
Ser digno del tormento soberano:  
Y Amor jamas podrá, que desespere  
Quien ve, que su sandez no salió en vano;  
No para confiar de bien alguno,  
Sino para otro mal mas importuno.

Solo mi bien, mi galardón crecido  
Es, que cuideis, que aunque por vos yo peno,  
Haciendo lo que debo, en lo servido  
De esperanza de premio estoy ageno;  
Que en admitir mi pena, agradecido  
Queda, quanto en mis males hay de bueno,  
Y no que vos lo agradezcais, Luz mia,  
Que no se inclina á tanto mi osadia.

Deuda es esta de amor, que siempre hago:  
Si la compenso, gloria no merezco,  
Pena sí, con la qual no satisfago,  
Si el tormento huyere, á que me ofrezco:  
Bien conozco esta culpa, y no la pago  
Por su valor, en quanto mal padezco:  
A perder de tal suerte me aventuro,  
Que en la vida la muerte me aseguro.

El premio que se aguarda á la fe mia,  
En fin de mis trabajos y mi engaño,  
Es quedar con mas fuerza y agonía  
Otro para pasar cruel y extraño.

Amenázame un mal, y se desvia  
Para otro nuevo mal y nuevo daño:  
El que viene mas fiero, no me mata,  
Porque de otro mayor se desbarata.

Ausente en soledad me huelgo tanto,  
Por el mal que me causa mi tristeza,  
Que es mi gloria en la fuerza de mi llanto  
Atender solo á él y á su dureza.  
Las horas que pasé, y el tiempo canto  
Del bien perdido; y puesto en su aspereza  
Pienso lo que ya fui, y en ello espero,  
Que en lo que soy ahora desespero.

Si vos puede acordar alguna muestra  
De esa inmensa belleza esclarecida,  
Dadle toda la culpa, y será vuestra  
La osadia, á mi alma consentida:  
Sea, si sufris vos, la culpa nuestra,  
Sea la pena sola de mi vida;  
Que mi fe del error, que ufano intento,  
Me asegura en mis miedos y tormento.

Aquiste piedad tan corta y justa  
Sola mi voluntad, por quien soy vuestro,  
Que será presuncion y saña injusta,  
Si no dais al amor el error nuestro:  
Y si vuestro desden ayrado gusta  
De mi muerte, bañad el brazo diestro  
Con hierro agudo en sangre de mi pecho,  
Que yo estimaré alegre el daño hecho.

Haced quanto vos place y vos enseña  
La ingrata condicion y suerte altiva;

Que mis despojos conocer desdeña,  
Terrible á mi pasion y siempre esquivá;  
Que aunque esteis mas instable y zahareña,  
De tal parte mi lástima deriva,  
Que ni volver podrá rigor ni pena  
Mi voluntad de vos un punto agena.

Si compasion vos mueve al dolor mio,  
Por el bien, donde ledo me vi puesto,  
Sea, no por el mal, en quien porfio,  
Pues de mi grado me es, y fue molesto.  
Mirad cuánto en mis ansias me confio,  
Que no salir de sujecion protesto:  
Y si cuido, que en esto vos obligo,  
Sedme vos y amor siempre mi enemigo.

¡Quánto me sois en deuda, si he temido  
Nunca en difícil trance la mudanza!  
¿Mas qué mal contrastar al atrevido  
Pecho puede, que honrais con la esperanza?  
Si en peligrosas ondas sacudido  
Temí, desesperado de bonanza,  
Vuestro favor me falte, que el cuidado,  
Ni ausente rezelé, ni desdeñado.

Si en honra de mi pena vos agrada,  
Permitid cortesmente mi osadia;  
Volved con luz serena y regalada  
Los ojos, que me tornan la alegria;  
Porque en mortal trabajo desmayada  
No acabeis esta ufana suerte mia:  
¿Pero si no sufris mi mucha gloria,  
Y entregais al olvido mi memoria?

Aunque no lo merezca el pensamiento,  
Siempre á vuestros deseos enseñado;  
Pues buskais dura y áspera el tormento,  
Y última afrenta al corazon cansado;  
Porque nunca me duela el sentimiento,  
Quejoso de no haberos agradado,  
Mis males pido solos, y mi engaño,  
Y vos quedad contenta con mi daño.

## ELEGIA VIII.

**E**l sol del alto cerco descendia,  
Y el paso lentamente apresuraba,  
Y no espiraba la aura mansa y fria;  
Quando suspenso el curso, con que lava  
El sacro muro, honor de Esperia fama,  
Betis la frente ovosa triste alzaba.

No viendo la cruel, por quien derrama  
Mil suspiros llorosos, en voz agena  
Dixo, ardiendo de amor en fiera llama:

¿Adónde estás, escucha de mi pena  
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,  
Y á mayor mal me obliga y me condena.

Ven, Ninfa, adonde el ciclamor florece,  
Que en la entrepuesta yedra está sombrío,  
Y do, al timble igualando, el povo crece.

Que todo quanto abraza este gran rio  
Es mio, y será tuyo, si tú vienes:  
Ven, ó ven, Galatea, al llanto mio.

¿Qué tardas? ¿por qué, ingrata, te detienes?  
No canses mi esperanza, que afligida  
Penando en confusion y miedo tienes.

Una guirnalda guardo retexida  
De siempre ardientes rosas, blancas flores,  
Y de violas blandas esparcida:

Que enlazada en tu frente con olores,  
Que cria el oriente fortunado,  
Encenderás los sátiros de amores.

Cubrirá de ostro Asirio un estimado  
Y rico manto el cuerpo bello y puro,  
Envidia de las Naides y cuidado.

Consagraré á tu nombre un bosque oscuro,  
Con empinados árboles tendido,  
Que nunca ose cortar el hierro duro.

Mas esto, Galatea, si rendido  
No ha tu altivo corazon, yo quiero  
Prometer otro don mas escogido.

Las torres que el Tebano alzó primero,  
Mira, á quien la cerúlea y alta frente,  
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;

Do vibra la asta Marte, que caliente  
Bañó en la sangre Maura, y llena de ira  
Pone á la Aurora el yugo y ocidente;

Donde valor, virtud el cielo inspira,  
La grandeza, el imperio glorioso,  
Y felice fortuna siempre aspira.

En estos dará Febo poderoso  
A sublimes espirtus noble aliento  
Con industria y cuidado generoso.



Habrá quien cante humilde su tormento,  
Quien belígero horror y aguda espada,  
Y quien el dulce y rústico lamento.

Que aunque tú de pastores celebrada  
Seas en Aretusa y Mincio frio,  
Y del lascivo Sulmonés cantada;

Si atiendes á su alegre desvarío,  
Te agradará, en mis brazos blandamente,  
Su canto, que suspira el dolor mio.

Ven pues, ven, Galatea, que el ardiente  
Calor á estas mis ondas te convida,  
Templadas con el céfiro presente.

Y en la secreta urna y ascondida  
Tratarémos de amor suave y blando,  
Sin nunca desear mas dulce vida.

Cantando yo, tú ayudarás sonando,  
Y la zampoña y canto confundido  
Con lazo estrecho al fin irá cesando.

Dichoso yo, si alcanzo lo que pido;  
Que sí lo alcanzaré, pues tu deseo  
No aborrece los juegos de Cupido.

Aunque á la Siracusia Ninfa Alfeo  
Busque, y con Ilia el Tebro venturoso,  
Y esté con Tiro el hórrido Enipeo;

Ensalzaré yo el curso espacioso  
Con puras ondas, esmaltado y lleno  
De esmeraldas el suelo deleytoso.

Y el vaso de cristal y claro seno  
Coronaré con oro y perlas bellas,  
La aura esparciendo espíritu sereno.

Infundirán propicias tus estrellas  
Virtud al campo alegre y flor hermosa,  
Y arderé yo inflamado en sus centellas.  
¿Qué lira habrá, qué cítara llorosa,  
Que no se rinda humilde y dé la gloria?  
¿Qué silvestre zampoña y amorosa?  
Será eterna y sagrada tu memoria,  
En quanto ciña el mar y Cintio vea;  
Pues das al amor mio esta vitoria,  
Mi dulce, bella, amada Galatea.

## LXXIII.

La Luz serena mia, el oro ardiente,  
En mil cercos lucientes dividido,  
Y en dulce nieve y púrpura teñido,  
Casa el color suave de la frente;  
Canto, y como el ingrato Amor consiente  
Ciego en su esplendor bello, estoy herido,  
Y oscurezco sus glorias ofendido  
De tanto bien con lira y voz doliente.  
Oso, y aunque el deseo me levante,  
El peso es grande; y culpa mi osadia  
Quien amára el peligro de mi pena:  
Mas el cielo cansó al soberbio Atlante,  
Y no es mayor su empresa que la mia,  
Pero sí el vano error que me condena.

## LXXIV.

Quando el dolor desmaya al sufrimiento,  
Estoy de todo bien desamparado,  
Y sacudir del cuello quebrantado  
Pruebo el yugo inmortal de mi tormento:

Mas viendo el oro terso suelto al viento,  
O entre sortijas bellas enlazado,  
Vuelvo alegre de nuevo á mi cuidado:  
¡Tan dulce me es por él el mal que siento!

Al ardiente crisar de dulces ojos,  
Del tierno y puro amor hermosa llama,  
Descubro sin temor el pecho abierto.

Mal puedo yo negalle mis despojos,  
Si blanda enciende, y áspera me inflama,  
Y con el mal y el bien me tiene incierto.

## LXXV.

Ahora que cubrió de blanco hielo  
El oro la hermosa Aurora mia,  
Blanco es el puro sol y blanco el dia,  
Y blanco el color lúcido del cielo.

Blancas todas tus viras, que rezelo  
Es blanco el arco y rayos de alegría,  
Amor, con que me hieres á porfía,  
Blanco tu ardiente fuego y frio hielo.

¿Mas qué puedo esperar de esta blancura,  
Pues tiene en blanca nieve el pecho tierno  
Contra mi fiera llama defendido?

¡O beldad sin amor! ¡ó mi ventura!  
Que abrasado en vigor de fuego eterno,  
Muero en un blanco hielo convertido.

## LXXVI.

Por estrecho camino, al sol abierto,  
De espinas y de abrojos mal sembrado,  
El tardo paso nuevo, y voy cansado,  
A do cierra la vuelta el mar incierto.

Silencio triste habita este desierto,  
Y el mal que hay me importa ser callado,  
Quando acaballo cuido, acrecentado  
Veo el sendero, y veo el daño cierto.

A un lado empina yerto inmensa cumbre  
El monte hórrido, opuesto al alto cielo;  
Corta un despeñadero la otra parte.

Crece la sombra, y anublar la lumbre  
Siento, y no hallo solo en mi rezelo,  
A do pueda valerme, alguna parte.

## LXXVII.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,  
Sublime Carlo, el bárbaro Africano,  
Y el espantoso á todos Otomano  
La altiva frente inclina quebrantada.

Italia en propia sangre sepultada,  
El invencible, el áspero Germano;  
Y del Frances osado el pecho ufano  
Al yugo rinde la cerviz cansada.

Alce España los arcos en memoria,  
Y en columnas á una y otra parte  
Despojos y coronas de vitoria:

Que ya en tierra y en mar no queda parte  
Que no sea trofeo de tu gloria,  
Ni resta mas honor al fiero Marte.

Si algo puedo cuidar que vos ofenda,  
Muera en ausencia vuestra perseguido,  
Y en ciego engaño y confusion perdido,  
A remediar mi daño nunca atienda;

Y jamas la esperanza me defienda  
De ese injusto desden y tibio olvido;  
Y quando mas me importe ser oido,  
Tarde la voz de mi dolor se entienda.

Pero si no da entrada el pensamiento  
A cosa que no sea vuestra gloria,  
Y de quanto es ageno se desvia;

¿Por qué negais, ingrata á mi tormento,  
Que se ufane mi mal con la memoria  
De ser la causa vos, Estrella mia?

## C A N C I O N   I I I .

**D**esnuda el campo y valle el yerto invierno,  
Y empaña en torno al cielo desvelado  
Negra faz de enemiga oscura niebla,  
Y el sereno esplendor del sol eterno  
Se confunde en una hórrida tiniebla;  
Y rendido á mis lástimas, cuitado,  
Miro el mísero estado,  
Que mi gloria enflaquece y confianza,  
Cobrando siempre fuerzas la olvidanza:  
Y la luz que en mi bien resplandecia,  
Asombró con mudanza  
En triste noche al fin mi alegre dia.



Esclarece en el último ocidente  
El cielo, y los colores matizando,  
Baña y orna la tierra de su lumbre:  
Su claridad la yerba y la flor siente,  
Y el árbol que corona su alta cumbre;  
Mas yo, mezquino, mi dolor llorando,  
Vo en vano lamentando:  
Y la luz que mostraba su grandeza,  
Y me cubria de inmortal belleza,  
Cerrada nube ofusca, y de mis ojos  
La roba con presteza,  
Y mi llanto acrecienta y mis enojos.

Con instable fulgor y rayos de oro  
Cintia entre sombras altas aparece,  
Y lleva al dulce amante á su cuidado,  
A quien para gozar de su tesoro,  
La sazón y la suerte favorece:  
Yo laso, que me veo maltratado,  
Solo y desconfiado,  
Sin mi Lumbre en desierta noche y fría,  
¿Qué traza seguiré? ¿qué cierta guía?  
¿Quién podrá en esta niebla aborrecida  
Adestrarme á la vía

Que escogí de mi bien tan mal perdida?

Va el piélago sulcando presurosa  
La nave, enderezada de la estrella  
Que gobierna su curso, y sin rezelos  
Sufre la ira del ponto procelosa,  
Que con terror descarga toda en ella:  
Yo, en quien su saña toda vierte el cielo,

En hondo mar del zelo  
Abro con fragil pino, y la luz clara  
Veo anublarse y ascondese avara,  
Ondas gemir, subir el golfo en alto;  
¡Y cuán poco repara  
Mi vida de la muerte el duro asalto!

En el horror nocturno brama airado,  
Y quebranta los árboles el viento,  
Hasta que muestra el día luz alguna,  
Que retarda su ímpetu indignado,  
Y espira deleytoso un blando aliento:  
Mas en mi oscuridad y en mi fortuna  
Una sombra importuna  
Crece, encubriendo el lustre de la Aurora,  
Y su imagen los astros descolora.  
Estruendo es todo, es ira, es furia horrible,  
Y al enfermo que llora  
Su mal es el remedio ya imposible.

Al dulce ardor primero y pura llama  
Las aves cantan ledas, y el rocío  
Las flores cerca de esplendor luciente,  
Que tiembla entre las perlas que derrama,  
Y alegra el campo un ayre tierno y frío;  
Y quando mi Luz sale el mal presente  
Lloro, y de humor caliente  
El suelo con mis mustios ojos baño;  
Y no descanso con llorar mi daño,  
Que mi dolor no admite algun consuelo:  
Solo este desengaño  
Del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

## LXXIX.

Quando el fiero Tirano de Oriente  
La afrenta que sufrió, con osadia  
Se aventura á pagar, y, España mia,  
Contrastas con valor su saña ardiente;  
Amor se esfuerza en mi pasion doliente,  
Y finge y me presenta una alegría  
Vana, para que sienta en mi porfia,  
Del bien cayendo, el mal mas duramente.  
Yo cuido defenderme en mejor suerte,  
Y resistir sin miedo el duro asalto,  
Y descansar seguro en mi sosiego.

Quando importa mostrar el pecho fuerte  
Me pierdo, y hallo de valor mas falto,  
Y rindo el corazon al hierro y fuego.

## LXXX.

El Sátiro que el fuego vió primero,  
En su alegre esplendor embebecido,  
Llegó á tocar; y conoció encendido  
Que era, quanto hermoso, ardiente y fiero.

Yo que la Luz vi, mísero, en quien muero,  
Vuelto llama, engañado y ofrecido,  
A mi dolor, no en llanto convertido  
Cuidé triste acabar, como ya espero.

Belleza y claridad nunca antes vista  
Dieron principio al mal de mi deseo,  
Dura pena y afan á un rudo pecho.

Padezco el dulce engaño de la vista;  
Mas pues me pierdo al fin con quanto veo,  
¿Cómo todo ceniza no estoy hecho?

## LXXXI.

Alcé la vista acaso, descuidado  
De mi futuro afan y cierta pena,  
Destexida del cuello la cadena,  
Que me traxo en mil maldades enredado;  
Y queriendo mirar (¡ay duro hado!)  
El puro ardor de aquella Luz serena,  
En quien Amor me inflama y me condena,  
Y con sus flechas vibra el arco armado;  
Sus ojos en los míos encontraron,  
Y con la fuerza de su fuego el pecho  
Sintió la aguda vira en las entrañas:  
Que no livianamente me abrasaron,  
Y el golpe fiero descendió derecho  
A mostrar en mi alma sus hazañas.

## LXXXII.

Eustacio, yo seguí al Amor tirano,  
Esperando en su fe por dolor mio;  
Que al intenso rigor y ardiente estio  
Prometido descanso busqué en vano.  
Veo, y se me desliza de la mano  
La ocasion; y aunque en este invierno frio  
Inundo en luengo llanto el hondo rio,  
Siento crecer el mal mas inhumano.

Vos, á quien Febo dió la dulce lira,  
Y la arte gloriosa de Melampo,  
Remediad la pasion de un vuestro amigo:

Que la pocion de aquella que suspira  
Por su cruel belleza el Frigio campo,  
Tal vez podrá tener valor conmigo.

*Soneto del Doctor B. de Cervantes.*

Quien la verdura y flores del verano  
Busca en las nieves del invierno frio,  
Quien las espigas roxas del estio  
Busca en tiempo brumal trabaja en vano.

Al crudo mal de amor remedio humano  
Pensallo de hallar es desvario,  
Si aquella que os llagó, Fernando mio,  
No os da el remedio con su propia mano.

Que ni el biforme hijo de Filira,  
Macaon, Podalirio, ni Melampo  
Supieron remediar el mal que digo.

Mas si el que está llagado de esta vira  
Pusiese tierra en medio y mucho campo,  
Vendria por tiempo á tener paz consigo.

## ELEGIA IX.

**R**ubio Febo y crinado, que ascondido  
En el ondoso seno de ocidente,  
Dexas el cielo en torno oscurecido;

Si en las rosadas puertas de oriente  
Rielaren tus puros rayos y oro  
Con ardor de luz nueva y roxa frente,

Desvanezca el fulgor de tu tesoro;  
Que hoy vi los ojos, do perdí herida  
Mi alma en la beldad que amando adoro.

Ya pasó mi dolor; ya sé que es vida:  
Ya puedo espirar bien en mi tormento,  
Sin rezelar mi muerte aborrecida.



Verás de tu sublime y rico asiento  
La trenza, que en mi afán se enreda y crece,  
Suelta al tierno espirar del manso viento:

Las luces, do rendido Amor se ofrece,  
El semblante que en púrpura y en nieve  
Dulcemente mezclado resplandece.

Pero sea, Titan, la vista breve,  
Que si tu llama en ella se detiene,  
Hará que en tí la suya el Niño pruebe.

Clarar la tierra y polo te conviene,  
Y no ciego de aquella Luz hermosa,  
Que en medrosa tiniebla te condene.

Solamente á mi alma venturosa  
El amor concedió de su belleza,  
Y la vida y la muerte gloriosa.

Sienta el Persa animoso mi riqueza;  
Quien del Rin bebe osado la corriente,  
Y del Vístula admira la grandeza;

Mi gloria á la primera incierta fuente  
Del Fario Nilo, imitador del cielo,  
Y corra á la apartada inculta gente.

Pues entre quantos ciñe el mortal velo,  
Dende el curso de Ganges resonante,  
Hasta el dichoso nuestro Esperio suelo;

Yo he sido el mas felice y cierto amante,  
Y mi Luz entre todas la mas bella,  
Aunque el Tróyanos incendio Homero cante.

No ilustra el giro excelso alguna estrella,  
O córone á la esposa de Perseo,  
O á quien de tí, Teseo, se querella.

Igual á esta mi Luz, que alegre veo  
Vibrar suaves rayos á mis ojos,  
Y contiene en el mio sus deseos.

Que de mi luengo afan, de mis enojos  
Repuso la ocasion, y abrió camino  
Fácil entre el horror de los abrojos.

Mi alma siente ya el ardor divino  
Con dulzura amorosa, y renovado  
El regalo, y sin fuerza el mal indino.

Vi su belleza inmensa, y vi alterado  
Que el ánimo el placer me confundia,  
Y la voz me dexó desamparado.

Llegó mi bien, y vi con alegría  
De favor blando el pecho enriquecido,  
Y escuché el tierno acento y armonia.

Si del cielo me fuera concedido  
Levantar en grandeza el nombre mio  
Con diadema y cetro esclarecido;

Y al Indo ardiente, y al Bisalta frio,  
Sujeto á mi poder, y al fiero viera,  
Que riega del Danubio el grande rio,

Sin esta Luz serena, por quien diera  
La vida; si Amor sufre tanta gloria,  
El imperio y tiara no quisiera.

Que mas deseo solo y sin memoria  
Estar humilde en pobre apartamiento,  
Cantando de mi bien la ufana historia:

Que con ella viviera mas contento;  
Y sé bien que alcanzára con su lumbre  
Gloria al dolor y grave mal que siento,  
Y á mi nombre lugar en alta cumbre.

Si la fuerza que ponen y cuidado  
En mi dolor las lágrimas, pusiera  
La voz de mi doliente suerte, fuera  
El dulce son y llanto bien gastado.

Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado  
Con piedad y lástima se viera;  
Y á mi estrecha esperanza no ofendiera  
Desden tibio, ira injusta de mi hado.

Mas cuido que si el mísero lamento,  
Para gemir mi mal y el nuevo canto,  
Que me enseña el Amor, me ofrece el cielo;

Que qual áspide sorda al tierno acento,  
Negára al corazon que temo tanto,  
Que ablande su rigor vuestro ímpio zelo.

## LXXXIV.

Esta desnuda playa, esta llanura  
De astas y rotas armas mal sembrada,  
Do acabó al vencedor la Ibera espada,  
Es de España sangrienta sepultura.

Mostró virtud su precio, y la ventura  
Negó el suceso, y dió á la muerte entrada,  
Que rehuyó dudosa y admirada  
Del heroyco valor la suerte oscura.

Venció Otomano al Español ya muerto,  
Antes del muerto el vivo fue vencido,  
Y Esperia llora y Grecia la vitoria.

Pero será testigo este desierto;  
Que si cayó, muriendo no rendido,  
Tracia le rinde y Asia el nombre y gloria.

## LXXXV.

Duro el pecho, y fue grande el sufrimiento,  
Que enzeló la crueza de esta llaga;  
Mas bien no sé (mezquino) ya, que haga  
En el dolor esquivo que consiento.

Oso, y fallece el ánimo al tormento,  
De mi arrojado intento justa paga;  
Pero aunque mas la pena me deshaga,  
Acabará en silencio el sentimiento.

Tan grave el golpe fue, que el fiero arquero  
De las purpúreas alas quedó ufano,  
Viéndome atravesado las entrañas.

Temblé al furor que traxo y gemí; empero  
Despues (¡ó simple yo!) alabé la mano  
Ocasión de estas ásperas hazañas.

## LXXXVI.

Aura suave y mansa de ocidente,  
Que con el tierno sopló y blando frio  
Halagaste el ardor del pecho mio;  
¿Qué espíritu te mueve vehemente?

Ni Euro espira, ni suena el Austro ardiente  
En el furor desierto del estio;  
Y tú secas, cruel, el prado y rio,  
Qual al suelo Africano el sol caliente.

¡Mas ay! tú te encendiste en mi Luz bella,  
Y envidiando el bien de mi ventura,  
Las flores y ondas abrasaste luego.

Cesa, aura, no me enciendas mas que en ella  
Ardo, y me abraso siempre en llama pura;  
No acrecientes mas fuego á mi gran fuego.

Si deseais que muera á vuestra mano,  
¿Por qué dais vida á un corazon abierto?  
Es crueldad vengar en cuerpo muerto  
Culpa, si la hay, de un simple error liviano.

Si con saña buskais de amor tirano  
Dolor eterno á un mísero desierto;  
¿Por qué haceis (¡ó extraño desconcierto!)  
Que mengüe, y mi pasion falezca en vano?  
Poco es esto, si debo yo, Luz mia,  
Que mis entrañas corte el hierro y parta,  
Y me acabe el desden que el mal me ha hecho  
Mas que mis esperanzas y alegría  
Rompa, quien tanto bien, cruel, me aparta,  
¿Cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

## CANCIÓN IV.

**D**esciende de la cumbre de Parnaso,  
Cantando dulcemente en noble lira,  
O tú, de eterna juventud, Talia,  
Y nuevo aliento al corazon me inspira  
Aqui, donde el torcido y luengo paso  
Betis al hondo mar corriente envia;  
Porque de la voz mia  
Suene el canto, y florezca la memoria  
Hasta el término roxo de oriente,  
Y do al Númida ardiente  
Abrasa Iperion; y en alta gloria  
El nombre de la insigne Esperia planta;



Que de Córdoba y Cerda se levanta  
Aguiste honor; y al zéfiro templado  
Ensalce este Lucero venerado.

Los despojos, y en árboles alzados  
Los insignes trofeos, el sangriento  
Conflicto del feroz dudoso Marte;  
Las enseñas, que mueve en torno el viento,  
Los presos y los Reynos conquistados  
Con segura prudencia, esfuerzo y arte;  
Que dieron tanta parte  
De la rota y herida, y muerta Francia  
Al que fue prez y honor del orbe Hispano;  
Que al soberbio Otomano  
Quebró en las Jonias ondas la arrogancia,  
Y en la Ausonia adquirió el heroyco nombre  
Con mas valor que cabe en mortal hombre;  
Con alas de vitoria al fin levantan  
Las vitorias que Europa y Asia cantan.

El ánimo del nieto esclarecido,  
Conforme en hechos ínclitos y en fama,  
Que traxo al yugo al Galo quebrantado,  
Qual del luciente Febo ardiente llama,  
Que deshace al nublado oscurecido;  
Tal parece de luz y honor cercado,  
Puesto en sublime grado,  
Mezclando al blando Cintio y á Belona;  
Y de lauro y de yedra floreciente  
En su sagrada frente  
Doblada ciñe y orna la corona.  
Pero alabar su pecho generoso

Convienes á un grande espíritu dichoso.

¿Mas qué, si canto yo la soberana

Francisca, al uno nieta, al otro hermana?

¡O alma enriquecida de honra y gloria!

De grandeza real excelsa muestra,

A quien mas favorable aspira el cielo,

Y sus bienes rendir con larga diestra

Se esfuerza, y cansa en vos nuestra memoria;

Que igual no ve el fulgor Cirreo; el nuestro

Reyno Tartesio al vuestro

Nombre consagra humilde un claro templo

De excelente valor, virtud ardiente;

Qual en la edad ausente

Acaya dedicó por noble exemplo

A la armada doncella, que sin madre

Salió de la alta frente de su padre.

¿Qué mucho que este precio vuestro sea,

Si á vos cede la vírgen Atenéa?

De vos procede, ¡ó sola Luz de España!

El heroyco valor que mi deseo

Inflama en nuevo ardor y glorioso.

Ya inferior á mí la tierra veo,

Veo el ondoso ponto que la baña,

Cortando el giro aerio luminoso;

Y veo en el hermoso

Sol, do vuestras virtudes resplandecen,

Quanta abundancia el cielo en sí contiene:

Que vos guarda y sostiene,

Y el número de gracias que en vos crecen:

Y en vuestra claridad contemplo atento

Seso, ingenio, inmortal merecimiento;  
Y hallo alegre en vuestra lumbre pura  
Rayos de aquella inmensa hermosura.

Como el vigor de Apolo á la ancha tierra  
Ilustra, y junto enciende y enriquece,  
Haciendo el valle fertil, ledó el prado,  
Que con mil varios dones reflorece,  
Y el paso á la sazon estéril cierra;  
Tiene así el esplendor aventajado  
Nuestro ingenio alumbrado;  
Y produce, esparciendo su riqueza,  
El fruto del espíritu divino  
Con valor peregrino;  
Y ensalza las hazañas y grandeza  
Con alta voz y con eterna lira;  
Y tanto en vos alcanza, que se admira,  
Porque ve el cielo en vos, y el suelo ufano  
Con tanto bien, que sobra al ser humano.

Todo quanto al terrestre cuerpo alienta,  
De la celeste fuerza deducido,  
Se halla en vos casi en igual efeto.  
De vos el fixo globo, y el tendido  
Humor, y el vago cerca se sustenta,  
Y el ardor de las llamas inquieto:  
Que con vigor secreto  
A tierra y agua, al ayre y puro fuego,  
Qual etérea virtud, y las estrellas,  
Son vuestras obras bellas  
La tierra, la agua, el ayre, el puro fuego.  
¡O glorioso cielo en nuestro suelo!

¡O suelo glorioso con tal cielo!  
¿Quién podrá celebrar vuestra nobleza?  
¿Quién osará alabar vuestra belleza?

Vuestro valor excede soberano  
Al mas claro y excelso entendimiento,  
Y ciega vuestra luz resplandeciente  
Los ojos del humano sentimiento.  
Yo (aunque el osado Amor me da la mano)  
Temo del hondo Pado la corriente,  
Y el mar, que dentro siente  
Del atrevido joven la caída.  
No soy el insolente Salmonéo  
Que imitó con deseo  
Vano del rayo la ira embravecida.  
Quanto ve Delio, y quanto el Polo cubre,  
Todo en vuestra alabanza se descubre;  
Y toda se presenta á gloria vuestra  
La grande, ingeniosa madre nuestra.

## LXXXVIII.

Bello cerco y ondoso, que enlazado  
En sutil vuelta y varia de ambar pura,  
Teneis mi preso cuello , que aun procura  
Hallarse mas revuelto y anudado;

Si el vigor de ese fuego renovado  
Veo, que abrasa (¡ó bien de mi ventura!)  
A aquella, que me tiene, ingrata y dura,  
Ausente, y de mí todo enagenado;

No habrá en el suelo nuestro, ni en el cielo  
Hebras lucientes de oro terso tales,  
No de amor tan hermosa red y llama:

Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo  
Despojos de cabello ilustre iguales,  
Honor ó rica trenza de quien ama.

## LXXXIX.

Trenzas, que en la serena y limpia frente,  
De anillos de oro crespo coronadas,  
Formais lucientes vueltas y lazadas,  
Donde el mayor Vulcano espira ardiente;

El sol, ó que aparezca en oriente  
Con las puntas de llamas dilatadas,  
O que las junte, de subir cansadas,  
Se rinde á vuestra luz resplandeciente.

Vos, mis hermosos cercos, anudado  
Teneis mi cuello, y nunca espero el dia,  
Principio á libertad, fin á la pena.

Porque alegre en el mal de mi cuidado,  
De la prision huir no pienso mia,  
Ni los lazos romper de esta cadena.



## XC.

Aquí, do lloro en tí, fiel desierto,  
Y aquejo con mi llanto al son del río:  
Vi la luz, y belleza, y amor mío  
En la serena noche al cielo abierto.

Esperé entonces vida; espero muerto  
Sepulcro ahora en este asiento frío,  
Y en el aliento último que envío  
Perdon humilde haber de quien me ha muerto:

Porque á tanta grandeza y hermosura  
Fue mi error temerario, y justa pena  
La muerte, aunque menor que mis tormentos.

Mas nunca mi memoria será oscura,  
Que Amor no siempre á olvido me condena,  
Pues muero osando grandes pensamientos.

## XCI.

Alma, que ya en la luz del puro cielo  
Ardes de santo fuego, á quien suspira  
Tu ausencia, con suaves ojos mira,  
Y alienta á levantar el flaco vuelo.

Ceñida en torno tú de roxo velo  
La llama en mi lloroso pecho inspira,  
Porque sin odio, sin temor, sin ira  
Desprecie el vano amor y error del suelo.

Lloré yo tu partida, amé tu gloria,  
Y en tu último dolor creció mi pena,  
Para seguir contigo el mismo hado.

Si la fe te renueva la memoria,  
En esta sombra ven con faz serena  
A consolar el corazón cuitado.

## XCII.

Justo es que la cansada incierta vida,  
Tiempo tanto sujeta al Amor vano,  
Desdeñe al rigor ímpio, y del tirano  
Yugo ose alzarse mi cerviz caída.

Perezca la esperanza aborrecida,  
El deseo abatido, y mi liviano  
Intento; que mi bien ya está en mi mano,  
Ya tengo mi fortuna conocida.

Seguro podré ver la indigna suerte  
Del mísero amador, el vil denuesto,  
El congojoso miedo, el zelo frio.

Que no podrá respeto de mi muerte  
Hacer que mude el curso al fin propuesto,  
;Tal exemplo es el grave dolor mio!

## ELEGIA X.

**D**ulce y bello dolor de mi cuidado,  
Que el corazon, cubierto de esperanza,  
En temor teneis puesto y engañado;

Si en esta de mi bien cruel mudanza  
Mi triste afan conorto y sufrimiento,  
De fortuna mejor no es confianza.

Hallo dispuesto al mal el sentimiento  
Para mostrar la causa de mi pena,  
No para pretender merecimiento.

No sufre vuestra inmensa luz serena  
Que miren su esplendor aquellos ojos,  
Que hacen su esperanza de bien llena.

Débense á la belleza mis enojos:  
Y que se pierda , en cambio , la vitoria,  
De contar , como vuestros , mis despojos.

No merece la vida quien la gloria  
Espera de su amor por bien sufrido,  
O quien intenta mas que la memoria.

El que pudo llegar á tal partido,  
Que descubrió una muestra de alegría,  
Conténtese del bien con ser perdido.

Venturoso fue el claro y dulce dia,  
Que señaló el favor del bien , ya hecho,  
Con piedra de oriente al alma mia.

Si no fuera en sazon de tiempo estrecho,  
Temor habia justo de la vida,  
Que no era en tanta gloria diestro el pecho.

Pero si ser debia, bien perdida  
Fuera, si feneciera alli , y quedára  
Recuerdo de mi suerte esclarecida.

El valor del deseo alli gozara,  
Si desmayado, en vuestros brazos puesto,  
Tiernamente muriendo descansára.

Mas á mi duro afan y ausencia expuesto,  
Padezco en soledad, de bien desierto,  
Y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.

Y si despues que ausente fuere muerto,  
Se buscáre la causa de mi daño,  
Muéstrese en claridad el pecho abierto.

Que en él sin velo , y sin error de engaño  
Escrito el nombre se verá, mi Estrella,  
Vuestro el favor que tuve, el dia, el año.

Veráse rutilar vuestra luz bella  
En él con la suave fuerza ardiente,  
Y á quien la ve, que abrasa su centella.

Que ya que vos dió el cielo al occidente,  
Solo en el pecho mio pertenece  
Tener lugar debido y excelente.

Ni amaros, ni mirar la luz merece  
El que no rinde á vos los pensamientos  
Con la primera vista que se ofrece.

Despues que se fundaron mis intentos,  
Peno, y holgára estar, si mas pudiera,  
Sujeto á nuevos y ásperos tormentos.

No cuido rezelar mi suerte fiera,  
Aunque aparte mis ojos de su lumbré,  
Que poco duele el hado á quien lo espera.

Estais, mi Sol sereno, en alta cumbre,  
Do no puede llegar nuestra baxeza;  
Y de alli me mirais con mansedumbre.

Mostrais dulces vislumbres de terneza,  
Para dar á mi pecho algun consuelo,  
Ocupado de lástima y tristeza.

Mas yo, que no levanto presto el vuelo,  
Culpa del ser humano, á vuestro asiento,  
Gimo desamparado en este suelo.

¡Quién me diera las fuerzas al intento  
Igualés, para alzarme de la tierra,  
Do solo llegará mi atrevimiento!

Y hecho vencedor en esta guerra,  
Entrára en los lugares que deseo;  
Que la distancia y ocasion los cierra.

Dichoso tú, que al mostro Meduseo  
La soberbia y frente hórrida cortaste,  
Que en marmóreo rigor trocó á Fineo;

Pues con talares de oro sin contraste  
Sublime al oriente y glorioso,  
Por no usado camino traspasaste.

Yo desdichado y triste, que el hermoso  
Lucero de mi alma aun con la vista  
Cercar no puedo ya, ni espero, ni oso.

Si la vida perdiere en tal conquista  
De males amorosos, esta pena  
Hay sola, que á su ímpetu resista.

Desdeñar de dulzura tierna agena,  
Que ofenda á vuestro pecho soberano  
La gloria en que la muerte me condena.

Que no se debe á mi tormento insano  
Tanto bien, que deshaga con la vida  
Mi sufrimiento y mi dolor tirano.

Pero si en esta ausencia aborrecida  
Del cuidado acercais la esquiva muerte,  
Digna de mi esperanza mal perdida;

Pienso, que usais conmigo en esta suerte  
De última piedad en tiempo indino,  
Por acortar la pena á mi mal fuerte.

Y acabarése aquel temor contino  
En este caso injusto, y la engañada  
Opinion del ánimo mezquino.

Mi alma, alegremente aventurada,  
Volará, triunfando en los despojos  
De mi afan y mi ansia no cansada.



En tanto que se aluengan mis enojos,  
Vos, ¡ó mi Sol hermoso! con terneza  
Mirad mi cuita y húmedos mis ojos.

Y si el deseo ausente á la belleza  
Sin igual me lleváre en algun dia;  
Volviendo á mí los rayos de esa alteza,  
Tornadme á la primera suerte mia.

## XCIII.

En esta selva hórrida y desierta,  
Que tiene en temor triste el viento airado,  
Contemplo, en mis desdichas ostinado,  
Mi peligroso estado y vida incierta.

Hallo del ímpio Amor la senda abierta,  
Que descubrió el principio á mi cuidado:  
Espacio luengo veo, y no tratado,  
Salud siempre difícil, muerte cierta.

No veo arbol ramoso ni desnudo,  
Que no sea mi bella Fiera, y siento  
Cuajárseme la sangre al pecho fria.

¡Dichoso quien su miedo venció, y pudo  
Contrastar su pasion! Mas el tormento  
Que sufro no se rinde á mi porfia.

## XCIV.

Luces, en quien su luz el sol renueva,  
Y Cupido su llama, y las estrellas  
Con cuya claridad florecen bellas  
Con el nocturno horror, con la alba nueva;

¿Qué pesar os destiñe osado, y prueba  
Desmayar el vigor de esas centellas?

¿Por qué no descubris con fuerza en ellas  
De vuestro puro fuego alguna prueba?

Así podrá con llanto, dulces ojos,  
Turbar vuestro esplendor oscuro velo,  
Qual nube rara al vivo ardor de Apolo.

Después que al dolor dais estos despojos,  
De luto cubre Amor su faz, y el cielo  
Confuso yace en triste sombra y solo.

## XCV.

Quejoso ya del tiempo mal perdido,  
Las armas, con que al dulce Rey tirano  
Ofrecido seguí, esperando en vano,  
Pongo, de mis deseos ofendido.

Basta en mi tierna edad haber crecido  
Amor, que en mí cansó su diestra mano:  
Consejo me parece ya bien sano  
Desviarme del curso proseguido.

Bien puedo, y tengo fuerzas y osadia,  
Y valgo á contrastar su gran dureza,  
Y negar de mis males la vitoria.

Mas no sufre el cruel, que en la alma mia  
Mi Luz no me presente su belleza,  
Y así me aflige y vence la memoria.

## XCVI.

Suspiro , y pruebo ya con voz doliente,  
Que en sus cuitas espire la alma mia;  
Crece el suspiro en vano y mi agonía,  
Y el mal renueva siempre su accidente.

Las peñas, en que solo peno ausente,  
Rompe mi suspirar en noche y dia;  
Y no toca (¡ó dolor de mi porfia!)  
A quien estos suspiros no consiente.

Suspirando no muero, y no deshago  
Parte de mi passion; mas vuelvo al llanto,  
Y, cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerza Amor el suspirar que hago,  
Y como el cisne acaba en dulce canto,  
Asi pierdo la vida en el suspiro.

## XCVII.

El tiempo que se aluenga al mal extraño,  
Y mis pasos me muestra bien contados;  
Si término pusiese á mis cuidados,  
Seria á mi esperanza desengaño.

Que el oro , que me enlaza en nuevo engaño,  
Los ojos dulcemente regalados,  
Sin vigor á mis años mal gastados  
El remedio serian de su daño.

Pero si en él se aumenta el dolor mio,  
Si el cabello y las luces inmortales  
Son, y eterno el valor de horoyco intento;

Será de amor perpetuo el desvarío;  
Y en los que al fin perecen, grandes males,  
Renacerá contino mi tormento.

## XCVIII.

Sola, y en alto mar, sin luz alguna  
Con tempestad sañosa yace y viento  
Mi popa abierta; y no abre el negro asiento  
Del cielo la confusa incierta luna.

Esperanza, Arellano, ya ninguna  
Procuro, ni se debe al pensamiento:  
Fallecen fuerza y arte; y triste siento  
La muerte apresurárseme importuna.

Pues el Amor me olvida y cierra el puerto,  
Y veo en las reliquias de mi nave,  
Que el ponto esparce, y vuelve mis despojos.

La veste y armas de este amante muerto  
Colgad, que restan del naufragio grave,  
A la ara de mis bellos dulces ojos.

## CANCION V.

**D**e las mas ricas trenzas y hermosas,  
Que ve de Febo el carro esclarecido,  
Estoy ausente y solo en el desierto,  
Que á mis quejas responde con gemido.  
De las mas puras luces y amorosas  
Peno en mi soledad, de bien incierto,  
Rendido á dolor cierto:  
De aquellas hebras bellas  
Y suaves estrellas,  
¡Ay tormento cruel! mi suerte dura  
Me aparta: ¿quién en esta noche oscura  
Me llevará al cabello y luz serena,

A cuya hermosura

Mi alma en los despojos se condena?

No son mas rutilantes y encendidos,  
Quando salen mas roxos en el dia,  
Los claros rayos de Titan luciente,  
Que son de la enemiga dulce mia  
Los hilos, ó enlazados ó esparcidos,  
Con que enriquece Amor la blanca frente;  
Donde tiene presente  
De fuerte red y estrecha  
Noble cadena hecha  
A la alma, que procura ser vencida,  
Y comportar sujeta y bien perdida  
La fuerza de los males que merece;  
Y en su cuitosa vida  
Crece el amor, y el desear mas crece.

Las llamas que fucilan en el cielo,  
Con quien la noche sola se corona,  
De lumbrosas figuras esmaltada,  
Relazando en su frente una corona  
De cándido esplendor, que ilustra el suelo;  
Vence mi Luz, de puro ardor ornada,  
Do al ímpio Niño agrada  
Establecer su gloria,  
Y estrenar su vitoria:  
Y con fogosas flechas en la mano  
En ella muestra bien, si es Rey tirano;  
Y del fulgor hermoso al crispar tierno  
No dexa pecho sano,  
Que, quanto mira, obliga á daño eterno.



Quanto crece la sombra y mengua el dia,  
Me enciende el fuego al corazon cuidadoso,  
Y descubrir no puedo al dolor mio  
Remedio, que se esfuerza el mal penoso  
En esta miserable ausencia mia.  
Lloro, y mis ojos vierten un gran rio:  
Que en el invierno frio  
El rigor de la nieve  
Disuelve en trecho breve:  
Mas de las luces blandas la terneza  
Vigor florido, y llama de belleza  
Pudieran mitigar su fuerza ardiente,  
Si en esta mi tristeza  
No estuviera apartado y siempre ausente.

Ingrato Amor, no dulce, Amor amargo,  
¿Con qué virtud me vales, que no muero,  
De mi dichosa Estrella no alumbrado?  
¿A dó está el bien? ¿á dó el favor primero?  
¿Qué tiempo de destierro es este largo?  
Los ojos, de mi todo enagenado,  
Vuelvo al lugar amado,  
Y en un tormento intenso  
Paso el dia, y suspenso  
Gasto la noche en mísero lamento.  
¿Y mi deseo, alzando el pensamiento,  
Inquière, si mi Luz pensosa yace?  
¿Y si mi apartamiento  
Le duele, y mi pasion le satisface?  
Mil cosas imagino, que deseo:  
Hácelas verdaderas la esperanza,

Ultimo bien del amador mezquino.  
Doy crédito á mi vana confianza,  
Para aquistar el fin de mi deseo.  
Ya corre el pensamiento sin camino  
Por el error contino  
De mi antigua fortuna:  
Halla tal vez alguna  
Traza de su dolor, y duda y huye,  
Y el fingido contento se destruye:  
Y por el mesmo rastro que ha llevado,  
Teme entrar y rehuye,  
Tal vez de su peligro acobardado.

¿Qué podré yo doliente en tal extremo,  
Pues mi suerte á mis lástimas me inclina,  
Sino atender el mal, que Amor me diere?  
Estoy dispuesto ya á mi pena indina;  
Y antes que reconozca el daño, temo,  
Porque ni el bien me venga ni lo espere:  
Y aunque cruel me hiere,  
No se dirá que quiera  
Rehusar la carrera.  
Haga pues el dolor en mí su oficio,  
Y acabe ya aquel fiero su ejercicio;  
Que no podrá el tormento ser mas fuerte,  
Que honrar en sacrificio  
Las aras de mi Lumbre con mi muerte.

Solo permita, ya que muero ausente,  
Quejarme de mi afan al campo abierto,  
Primero que á la espada entregue el cuello,  
Y al fuego abrasador el cuerpo muerto;

Y mis pasadas glorias, que recuente,  
Quando el oro enlazado del cabello  
Crespo, sutil y bello  
En mi cerviz se puso,  
Y me enredó confuso:  
Y que escriba la causa de mi afrenta  
En esta arena estéril y sedienta;  
Y repitiendo de principio el daño,  
Haré que el bosque sienta,  
Y las fieras, la fuerza de mi engaño.

Será el desierto y mi pesar testigo  
De mi liviana culpa y grave pena;  
Y cuán en vano, triste me deshago:  
Porque es quien me atormenta y me condena,  
Tibia, mudable, y áspera conmigo,  
Y no se cansa en mi mortal estrago;  
Pero si el mal, que pago  
Sin mi ofensa, turbase  
Un día, y me llevase  
Mi Luz, y viese alegres yo sus ojos,  
Serian dulce gloria mis enojos;  
Y daria, por verme en tal estado,  
Entregar mis despojos  
Al olvido, á la ausencia y al cuidado.

## XCIX.

En los lucientes nudos enlazado  
Ufano yo sufria mi tormento,  
Y en llama dulce ardia y puro aliento,  
Qual ave Arabia en ella renovado.

Creia, en tales lazos anudado,  
Se escondia el cruel; que el mal que siento,  
Causa de su cadena tan contento,  
Quan sin memoria alguna en mi cuidado.

Quando los ricos cercos relazaron  
El oro terso, á la aura desparcido,  
Y quedé nuevamente asido en ellos;

En los ramos, que á suerte se enredaron,  
Me abrasé, en vivo fuego convertido,  
Y Amor se consumió en los ojos bellos.

## C.

Sombra y vano terror del pensamiento  
Mi alma en un confuso error condena,  
Y aparece, de horror medroso llena,  
La sañosa aspereza que lamento.

Desmaya en el silencio el sufrimiento,  
Y la ausencia ensandece mas la pena:  
Crece y arde el desden, y el miedo enfrena  
Las iras de un honrado sentimiento.

Revuelvo en la inquieta fantasia  
Cosas, que dan principio á mayor daño,  
Y no acierto el remedio en tal mudanza.

¿De qué sirve huir, si mi porfia  
Contrasta, asegurada de su engaño,  
Y abraza en el peligro á la esperanza?

## CI.

¿Podrá ser que este afan indigno acabe,  
Y que de mi debida gloria cobre  
Un bien pequeño, y en mi mal me sobre  
Razon con que tu nombre, Amor, alabe?

Gran bien te pido; pero en mi bien cabe  
Mas, quando tu favor en mí mas obre;  
La esperanza se halla ya tan pobre,  
Que ni gozallo puede ya ni sabe.

Si no valgo este bien, ¿á cuándo aguarda  
Tu crueldad, que su furor no harta  
En lo que mas me vale y me disculpa?

O muerte, ó vida luego; que si tarda  
Qualquiera, y tu dudanza no se aparta,  
Sera la dilacion la mayor culpa.

## CII.

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento  
Muchos dias dichoso; y si el turbado  
Reyno de Amor no tiene fiel estado,  
Entre los presos yo viví contento.

Despues por dar la vela al blando viento,  
Quando la luz del cielo se ha mostrado,  
De aquel estrecho nudo desatado  
Esparcí con el pie la llama al viento.

Mas la imágen de Amor airada y fiera  
Siempre delante trae á mi enemiga,  
Tal que estoy á la orilla de Leteo.

Si muriendo pasáre su ribera,  
Escribase en mi mármol que huía,  
Y que murio luchando mi deseo.



## CIII.

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo  
Del contino servicio de mis años?

¿Esta es la cierta fe de tus engaños?

¿De tus promesas este es el despojo?

Ay! que bien yo merezco el mal que escojo;  
Pues que cierro los ojos en mis daños,  
Y huyo de tus claros desengaños,  
Y contra mí tan sin razon me enojo.

Porque no debe un noble entendimiento  
Tanto abatirse, que te dé el imperio,  
Y de tí solo penda su esperanza.

¿Mas qué? si yo amo y sigo mi tormento,  
Y por la gloria abrazo el vituperio,  
Y estimo por firmeza la mudanza.

## CIV.

Aquel sagrado ardor que resplandece  
En la belleza de la Aurora mia,  
Mi espíritu moviendo, al pecho envia  
La pura imágen que en mi alma crece.

En ella está fixada, y de allí ofrece  
Al pecho su valor en compañía;  
Y de sí misma efetos altos cria,  
Con que mi ingenio y nombre se engrandece.

Vuelo tan alto que con rayo fiero,  
O con ardiente sol fuera impedido,  
Si no me diera aliento mi Luz pura.

Mas ya que muero, como siempre espero,  
Ni en mar seré ni en rio sumergido;  
Que el mundo me será la sepultura.

## CV.

Temerario Pintor , ¿por qué, dí, en vano  
Te cansas en mostrar la hermosura  
De la excelsa Eliodora, y la luz pura,  
Y el semblante amoroso y soberano?

Será trabajo el tuyo sobrehumano,  
Que no debe esperar lo que procura;  
¿Mas cuándo ofreció el cielo tal ventura  
Al rudo conseguir de mortal mano?

Si tú muy confiado en la grandeza  
De toda la beldad que espira en ella,  
Osares descubrir alguna parte,

Pinta la misma imagen de belleza;  
Y si puede imitar las luces de ella,  
Habrás llegado á perfeccion de la arte.

## CVI.

Muestras de breve bien que huye luego,  
Antes que la ocasion vuelva la frente,  
Fueron las que el Amor halló presente,  
Con que mi alma ardió en su eterno fuego.

Pero glorias de un niño solo y ciego,  
Que presto las deshace un accidente,  
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,  
Que no sabe que es tiempo de sosiego?

Alcé mis esperanzas sobre arena,  
Que el viento aparta y lleva sin concierto,  
Y no temo los golpes de mudanza;

Cayeron, y el Amor, por mayor pena,  
Quedó en las altas nubes descubierto,  
Con temor, y sin fuerza y confianza.

## ELEGIA XI.

**E**stoy pensando en medio de mi engaño  
El error de mi tiempo mal perdido,  
Y cuán poco me ofendo de mi daño.  
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido  
Alumbra, y hallo una pequeña senda,  
Do paso humano apenas está esculpido.  
Procuro, antes que el breve sol descienda  
A encubrirse en el último ocidente,  
Llegar al fin de esta mortal contienda.  
Y como quien se ve del daño ausente,  
Que considera su temor pasado,  
Y aun no descansa con el bien presente;  
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,  
En la seguridad nunca sosiego,  
Y en el sosiego siempre estoy turbado.  
Aquel vigor, aquel celeste fuego,  
Que enciende mis entrañas, me levanta  
De la oscura tiniebla y error ciego.  
Veo el tiempo veloz que se adelanta,  
Y derriva con vuelo presuroso  
Quanto el hombre fabrica y quanto planta.  
¡O cierto desengaño vergonzoso!  
¡O grave confusion de nuestro yerro!  
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!  
Tú me pusiste solo en un destierro,  
De quanto me podia dar tormento,  
Y por tí á la alegría el paso cierro.

¿Quántas veces me diste al pensamiento  
Ocasiones de gloria, si yo osára  
Valerme del honor de tu tormento?

Fuéme la suerte en lo mejor avara,  
Sombras fueron de bien las que yo tuve,  
Oscuras sombras en la luz mas clara.

Ninguna en tantas penas que sostuve  
Puso merecimiento al amor mió,  
Quando de merecer mas cerca estuve.

Acabe ya este grande desvario,  
O, pues no acaba, estas razones vanas,  
Que sin provecho á quien no escucha envío.

Tus mudanzas ¡ó tiempo! soberanas,  
Las cosas que revuelven y quebrantan,  
Movibles, graves, firmes y livianas,

Me arrebatan el ánimo, y levantan  
De este cansado peso que contrasta,  
Y en su diversa condicion me espantan.

La edad robusta huye apriesa, y gasta  
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;  
Y á tu furor ninguna fuerza basta.

¿Quántas cosas mostró el sereno día  
Alegres, que tu furia apresurada  
Entristeció en la noche y sombra fría?

Venció vencida Troya, y derrivada  
Se alzó; y en su ruina se postraron  
Los muros de Micenas estimada.

Las vencedoras llamas abrasaron  
Las altas torres que labró Neptuno,  
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El Africano ejército importuno  
A España sepultó en sangriento lago,  
Y libre su furor dexó á ninguno.

Mas roto sufre igual el duro estrago  
Por la mano Española; y al fin siente  
El hierro, no una vez, la gran Cartago.

Y el que en el patrio suelo estrechamente  
Vivia oscuro, osado se aventura  
Por el remoto golfo de ocidente;

Y con valor, igual á su ventura,  
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,  
Sin rendirse al temor de muerte oscura.

Arcos y claros títulos estrechos  
Son á su gloria inmensa; pues él solo  
Vence los grandes hechos con sus hechos.

No descubre la luz del roxo Apolo  
Tal vigor y osadia, y brazo fuerte,  
En quanto cerca en uno y otro polo.

Tú domador de toda humana gente  
Al fin vences, abates su grandeza,  
Y entregas á los brazos de la muerte.

Tú exercitas ahora la riqueza,  
Las armas del soberbio Turco fiero,  
Y del Persa el valor y fortaleza.

Las celadas y escudos el ligero  
Araxes vuelve en ondas espumosas,  
Del bravo Trace y Medo caballero.

Osadas gentes, duras y sañosas,  
A la ambicion de cuyo grande pecho  
Es pequeño el imperio de las cosas;



Tenid en sangre el hierro, y el estrecho  
Paso abrid ;ó crueles! á la muerte;  
Vengad el daño á vuestras honras hecho.

No volvais la fiereza y brazo fuerte,  
Y el furor de la ira no vencida,  
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida  
Nuestra virtud en ocio se remata;  
Nuestra virtud que tanto fue temida.

Culpa de quien, pudiendo, la maltrata,  
Y no le da lugar; antes procura  
Que muera á manos de la envidia ingrata.

La ardiente Libia es triste sepultura  
Del destruido Reyno Lusitano,  
Y eterna pena á su fatal locura:

Bañado en noble sangre el Africano  
Campo rebosa, y con dolor suspira  
Lejos Atlante, y Avila cercano.

El ímpio Cimbro osadamente aspira,  
Y espera el cetro; y sin pavor seguro  
A su marino claustro se retira.

El alto, fuerte, inexpugnable muro  
Pasó la fuerza Hispana, y puso á tierra  
Quanto halló el furor del fuego oscuro.

Mas ;ó infame remate de tal guerra!  
Reyna el vencido, y el engaño tanto  
Puede, que al mismo vencedor destierra.

¡O cuánto en vano se ha expendido! ¡ó cuánto  
Valor asconde aquel ingrato suelo,  
Que al Turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto el, que ve todo, inmenso cielo  
Empresa de mayor atrevimiento,  
Mas firme corazon y sin rezelo.

Contumaz y cobarde movimiento,  
Furor plebeyo y desleal nobleza,  
Indigna de sufrir vital aliento;

¿Dó está la fe que á la real alteza  
Debes? ¿á dó huyó de tu memoria?  
¿A dó la religion y su firmeza?

¿Piensas ó esperas alcanzar vitoria  
Contra Dios, contra el Rey? ¿ó ciego intento!  
Digno de vituperio y no de gloria.

¡O cómo crias en tu pecho fuego,  
Que ha de abrasar tu patria generosa,  
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!

Qual soberbio turbion de la fragosa  
Alcázar se despeña de Apenino,  
Tal va contra tí España poderosa.

Apresurar el paso á su destino  
Veo las cosas todas; y en mi pecho  
Hacer los pensamientos un camino.

No puedo, aunque procuro á mi despecho,  
Librarme de ellos; y mal grado mio  
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.

Oso temiendo, y con el mal porfio;  
Y tal vez la razon lugar me dexa  
Contra mi ostinacion y desvario.

Mas poco dura, porque al fin se aleja  
En la ocasion que viene: y quedo ufano  
De aquello que debiera tener queja.

¿Quién pudiera traer siempre á la mano  
De la razon la voluntad perdida,  
Sin que temiera su ímpetu liviano?

Varias revueltas de confusa vida  
Dexadme respirar de mi deseo,  
Dexadme ya curar esta herida:

Que todo quanto pienso y quanto veo  
Es dar aliento á la amorosa llama,  
Dar vigor sin provecho al devaneo.

Dichoso aquel á quien jamas inflama  
Vano amor, ambicion, y lo que adora  
Y teme el vulgo incierto, siempre y ama.

Que el miedo y la esperanza engañadora  
Con gran pecho seguro y sosegado  
En todo trance doma á qualquier hora.

Y de quanto fatiga y da cuidado  
A nuestros votos, libre va paciente,  
En todos los peligros no turbado.

Y no sufre en su pecho ni consiente  
Que algun liviano afeto le dé asalto,  
Y ofenda su sosiego injustamente.

Antes mayor, mas glorioso y alto,  
Que lo que alcanza fortaleza alguna  
Se ve, y de ricos bienes menos falto.

Firme y constante, sin temer fortuna,  
Con mesurado curso va continuo,  
Y qualquier ocasion le es importuna.

No lo ve en el dudoso torbellino  
De las cosas el dia extremo, pero  
Dispuesto sí á seguille en su camino.

Nosotros, turba vil, con afan fiero  
Puestos en desear y amar estamos,  
Y en servir á este bien perecedero.

En mil casos presentes peligramos;  
Y pocas ó ninguna vez concede  
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.

Nuestro valor tan cortamente puede,  
Que caemos de la alta pesadumbre,  
Y alzarnos casi nunca nos sucede.

El mira de la sacra excelsa cumbre  
Los que erramos, y el gozo y vano intento  
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo airado no bate al yerto asiento  
Del elevado Olimpo, sino alcanza  
A su ensalzada cima el fiero viento.

Quien tan rastrera trae la esperanza,  
Desespere llegar á tal estado;  
Que aunque tenga de sí mas confianza,  
Al fin verá que en vano se ha cansado.

## CVII.

Esas columnas y arcos, grande muestra  
Del antiguo valor que admira el suelo,  
Olvidad, Escovar; moved el vuelo  
A la insigne y dichosa patria vuestra.

Que no menos alegre acá se muestra,  
O menos favorable el claro cielo;  
Antes en dulce paz y sin rezelo  
Vida suave y ocio, y suerte diestra.

No con menor grandeza y ufania,  
Que el generoso Tebro al mar Tirreno  
Betis honra al Océano pujante.

Mas si oye vuestra lira y armonia,  
No temerá vencer, de gloria lleno,  
La corriente del Nilo resonante.

## CVIII.

¿Adónde me dexais al fin perdido,  
Ingratas horas de mi bien pasado?  
¿Por qué no llevais todo mi cuidado,  
Y con favor tan corto mi sentido?

Nunca volvais del puesto conocido  
A amancillar el corazon cuitado:  
Torced antes el curso apresurado  
A la oscura region del hondo olvido.

Corred, huid con alas presurosas,  
Horas de mi dolor, y mi memoria  
Arrebatad, el vuelo acelerando.

Si sois crueles tanto, envidiosas,  
Por usurpar la sombra de mi gloria,  
Que á vosotras vais mesmas acabando.



## CIX.

Quien la luz de belleza amando adora,  
Si quiere ver la vuestra al sol dorado,  
Y al lucero de Venus estimado  
Mire, y la claridad de blanca aurora;

Los rayos, que esparciendo muestra Flora,  
De Diana el semblante venerado,  
El valor, la grandeza, ingenio, estado,  
Y quanto el ser humano en sí atesora.

Que en ellos vuestra alteza y hermosura  
Verá; y la Aurora y Flora, y sol vencido,  
Y rendirse el lucero con Diana.

Mas si hermosa blanca la luz pura  
Volveis, de casto amor dirá encendido,  
Que sois toda inmortal y soberana.

## CX.

Al mar desierto en el profundo estrecho  
Entre las duras rocas con mi nave  
Desnuda, tras el canto voy suave,  
Que forzado me lleva á mi despecho.

Temerario deseo, incauto pecho,  
A quien rendí de mi poder la llave,  
Al peligro me entregan fiero y grave,  
Sin que pueda apartarme del mal hecho.

Veo los huesos blanquear, y siento  
El triste son de la engañada gente,  
Y crecer de las ondas el bramido.

Huir no puedo ya mi perdimiento;  
Que no me da lugar el mal presente,  
Ni osar me vale en el temor perdido.

## CXI.

Estoy pensando en mi dolor presente,  
Y procuro remedio al mal instante;  
Pero soy en mi bien tan inconstante,  
Que á qualquier ocasion vuelvo la frente.

Quando me aparto y pienso estar ausente,  
De mi peligro estoy menos distante;  
Siempre voy con mis yerros adelante;  
Sin que de tantos daños estarmiente.

Noble vergüenza del valor perdido,  
¿Por qué no abrasas este frio pecho,  
Y deshaces mi ciego desvario?

Si tú me sacas de este error de olvido,  
Podré decir, en honra de este hecho,  
Que solo debo á tí poder ser mio.

## CXII.

Alegre, fértil, vario, fresco prado,  
Tu monte y bosque de árboles hermoso,  
El uno y otro siempre venturoso,  
Que de las bellas plantas fue tocado;

Betis, con puras ondas ensalzado,  
Y con ricas olivas abundoso,  
¡Quánto eres mas felice y glorioso,  
Pues eres de mi Aglaya visitado!

Siempre tendreis perpetua primavera,  
Y del Elisio campo tiernas flores,  
Si os viere el resplandor de la Luz mia.

Ni estéril hielo ó soplo crudo os hiera;  
Antes Venus, las gracias, los amores  
Os miren, y en vos reyne la alegría.

## CXIII.

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,  
Que el desmayado corazon doliente  
Ve el grave mal, que mas temió, presente,  
Y no cuida rendirse al triste hecho.

Ostinada porfia esfuerza el pecho,  
Y vence endurecido este accidente:  
Honra es, y no es valor, quien no consiente,  
Que el mal texido nudo esté deshecho.

Vos, que con generoso y alto vuelo  
Alzais alegre el noble y dulce canto,  
Libre de este amoroso sentimiento,

Herid la lira, y dad algun consuelo  
A mi pena y afan; antes que el llanto  
Ultimo ponga fin á mi tormento.

*Soneto del Doctor Diego Martin.*

Saber divino, valeroso pecho,  
Bien que sonando crece dulcemente;  
¿Y quién podrá deciros lo que siente,  
Que todo mi loar os viene estrecho?

Si el mal que duele os tiene satisfecho,  
Si en lo que os daña la alma ya consiente,  
Y tiene tanta fuerza ese accidente,  
Que nunca ó puede tarde ser deshecho;

No es tiempo de regalo, de consuelo,  
De blanda voz, ni de amoroso llanto;  
No venga el mal que temo ya y lamento.

Mas del valor que vos debeis al cielo,  
Mirad quanto la lira pierde y canto,  
Si vos faltais vencido del tormento.

## ELEGIA XII.

**P**or el seguido paso de mi gloria  
Amor me llevó triste y lastimado,  
A perder con la vida la memoria.

Allí se renovó mi bien pasado,  
Los dichosos lugares de esperanza,  
El tiempo de mis premios engañado.

Destalleció mi alma en la mudanza,  
Y rehuyo seguir por el camino  
Que le dió en otro estado confianza.

Vio su presente suerte y su destino,  
Y el mal que la afligia no apartarse  
Del bien, que ausente causa afán continuo.

Allí sintió sus fuerzas acabarse,  
Y, como sabidora de su daño,  
En la ocasión que tiene repararse.

¿Mas qué pudiera al fin contra el engaño  
De Amor, aunque escusára su presencia,  
Si la traxo á perder su error extraño?

Si yo no me valia con la ausencia,  
¿Cómo podia verme defendido  
Presente, y sin hacelle resistencia?

Por no usado tormento estoy rendido,  
Y por usado mal sufro y espero,  
(Si puede ser) hallarme mas vencido.

Mas luego torno á ver mi dolor fiero,  
Y conozco su ímpetu y braveza,  
Y huyo, y vuelvo á él, y con él muero.

Helado fue mi pecho, de aspereza  
Se vistió en otros años, por bien mio;  
No se abatió al regalo y la terneza.

Lleno de noble ardor y osado brio,  
Seguro se hallaba y confiado,  
Juzgando el dulce bien por desvario,

Viviera yo contento en tal estado,  
Si no viera la Luz resplandeciente,  
Que encendió el corazon en fuego airado.

En lazos de oro y ambar, que su frente  
Ufanos esmaltaban, dió á mi cuello  
El yugo, que padece mansamente.

Ni desatallo pude ni rompello;  
Ni pude desdeñar el duro imperio,  
Que me perdió mi mal para querello.

Estoy en un estrecho cautiverio  
Ya sin algun valor; y en mi tormento  
Descubre siempre Amor nuevo misterio.

Ahora que reciente el daño siento  
Con la memoria dulcemente amarga,  
Busco alguna ocasion al sufrimiento.

Mas esta del dolor pesada carga  
Las fuerzas enflaquece y mi deseo,  
Para crecer mas pena el vuelo alarga.

Bien puede mi ímpio Rey alzar trofeo  
Solo de mis miserias; pues me lleva  
Donde mayor afrenta siempre veo.

Si desease yo segunda prueba  
De mis pasadas glorias, cobraria  
Esfuerzo en el afan que se renueva.



Mas ya no tengo fuerza ni osadia  
Para sufrir presente el bien incierto,  
Ni me contentan casos de alegria.

Moriré solo, ausente en el desierto,  
O ante mi soberana Luz presente,  
Si, primero que llegue, no soy muerto.

Pero temo que el aura se presente  
Del favor que tenia, y se deshaga  
Mi triste confianza vanamente.

Amor estas mis deudas tan mal paga,  
Que no pretendo premio, y solo quiero  
Que de mi voluntad se satisfaga.

Promesa fue de muerte el bien primero,  
Y yo la consentí, y con la mudanza  
Muerte será por bien el mal postrero;  
Pues niego á mis trabajos la esperanza.

## CXIV.

Yo vi unos bellos ojos que hirieron  
Con dulce flecha un corazon cuitado;  
Y que para encender mortal cuidado,  
Sus fuerzas á las mias opusieron.

Yo vi que muchas veces prometieron  
Remedio al mal, que sufro, no cansado;  
Y que quando me vi en mejor estado,  
Poco mis confianzas me valieron.

Yo veo que se asconden ya mis ojos,  
Y crece mi dolor, y llevo ausente  
En el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse mis despojos,  
Y el caro premio de mi bien presente,  
Y en ciego engaño de esperanza muerto.

## CXV.

Llegado al fin del cierto desengaño  
¿Qué debo hacer mas en mi tormento,  
Sino mostrar al ciego entendimiento  
El error de su curso siempre extraño?

Desespero, no temo ya algun daño;  
Huyo, osando en el mal mi perdimiento;  
Y aunque no gusto bien el bien que siento,  
Huelgo hallarme libre de mi engaño.

Mas todo es vanidad, todo es braveza  
De estos mis pensamientos desvalidos,  
Que con qualquier favor harán mudanza.

Mal excusar ya puedo mi flaqueza,  
Si Amor á mis mejores dos sentidos  
Promete viva lumbre de esperanza.

## CXVI.

Yo voy, ¡ó bello sol de la alma mia!  
Buscando el nuevo ardor del sol luciente;  
Porque desamparado el ocidente,  
Vuestro esplendor no veo y mi alegría.

Podré decir que voy en noche fria  
Por donde humano paso no se siente:  
Mas llévame el osado Amor presente,  
Pensando que á nacerme torna el dia.

Encúbrense las luces, que aparecen  
Quando en ellas humilde á vos me inclino,  
Y el oriente tardo se me aparta:

Que las vuestras en Ispal resplandecen,  
Y la tersa corona de oro fino,  
Do procuro que el cuerpo á veros parta.

## CXVII.

La falda y el tendido yerto lado  
Del abrasado Etna, á do suspira  
Del peso opreso, y con furor respira  
El espantoso Enzélado inflamado;

Con yerba y verdes árboles ornado  
Florece; y todo el fuego, que con ira  
Resonando su cumbre excelsa espira,  
No ofende al fresco sitio variado.

Mas el cruel incendio de mi pecho  
Confunde, aunque pequeña, si aparece  
La flor de la esperanza incierta mia.

Ardo todo, y en fuego al fin deshecho  
Me rehago en su llama, y siempre crece  
Con el ardor la fuerza y la porfia.

## CXVIII.

La red, la hacha, la cadena, el dardo,  
Que en el bello esplendor alegre veo  
De mi Luz, al Amor dieron trofeo,  
Y al fuego me llevaron en que ardo.

A presa tan veloz jamas el pardo  
Saltó, como el cruel á mi deseo:  
Yo resistí en mi ofensa, y no deseo  
Ser ya contra sus fuerzas mas gallardo.

El orgullo, el desden, el libre pecho,  
Y ufanas esperanzas de vitoria,  
Son vergüenza del daño que consiento.

Tan sujeto, y sin gloria alguna, y hecho  
Estoy por mi dolor en mi tormento,  
Que solo reina el mal en mi memoria.

## CXIX.

Si Amor el generoso y dulce aliento  
En mi rendido pecho ardiendo inspira;  
Yo ufano ensalzaré con noble lira  
La hermosa ocasion de mi tormento.

Aquel, que en tierno, y nuevo, y alto acento  
Celebró el verde Lauro, en quien espira  
Erato, y á quien sigue, honra y admira  
De Italia bella el docto ayuntamiento;

Oiria en el puro Elisio prado  
Entre felices almas la armonia,  
Que llevaria deleitosa la aura:

Y diria, del canto arrebatado,  
O es esta la suave lira mia,  
O Betis, qual mi Sorga, tiene á Laura.

## CXX.

Roxo sol, que con hacha luminosa  
Coloras el purpúreo y alto cielo;  
¿Hallaste tal belleza en todo el suelo,  
Que iguale á mi serena Luz dichosa?

Aura suave, blanda y amorosa,  
Que nos halagas con tu fresco vuelo,  
¿Quando el oro descubre y rico velo  
Mi Luz, trenza tocaste mas hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro  
De los errantes astros y fixados,  
¿Consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, aura, luna, luces de oro,  
¿Oisteis mi dolores nunca usados?  
¿Visteis Luz mas ingrata á mis querellas?

## CXXI.

Hebras, que Amor purpúra con el oro,  
En inmortal ambrosía rociado,  
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
Quanto de él solo sois mayor tesoro.

Vos, que los bellos astros y alto coro  
Ornaís, mis luces, de esplendor sagrado;  
Quanto el ímpio es por vos mas estimado,  
Tanto vos honro humilde y vos adoro.

Ardientes rosas, perlas de oriente,  
Marfil vivo y angélica armonía,  
Quanto vos miro mas, tanto me inflamo.

Y por vos quanta pena la alma siente,  
Tanto es mayor valor y gloria mia,  
Y tanto temo mas, quanto mas amo.



## CXXII.

El bello nombre quiere Amor que cante  
De mi Luz, por do en propia ó tierra agena  
Nunca otro español pie imprimió la arena,  
Siguiendo, Cintia y Delia, á vuestro amante.

Seré el primero, osando que levante  
La humilde voz, do el Betis grande suena,  
Y que las flores coja á mano llena  
Del rico huerto nuestro y abundante.

Vos, á quien de Cefiso, Eurota, Ismeno  
Las dulces ondas bañan y del Tebro;  
Oid mi canto, y dad á Amor la gloria.

Porque admirando el esplendor sereno  
De mi Luz, ni al Erídano ni al Ebro  
Pensareis honrar con la vitoria.

## CXXIII.

Al puro ardor que vibran mis estrellas,  
Do Amor sus rayos tiempla en dulce fuego,  
Siente abierto mi pecho el daño luego,  
Apurando mi alma en sus centellas.

Cruelles, aunque siempre luces bellas,  
Que no me sufren consentir sosiego;  
Y es el mal, que herido y preso y ciego,  
La pena es galardón que nace de ellas.

Si algún lugar me finca de esperanza  
Es para padecer; y en dura suerte  
Nueva ocasión presente á mis enojos.

Tal me tiene este ingrato en viva muerte,  
Que puedo ya decir sin confianza,  
Amor para mi error cerró los ojos.

## CXXIV.

Puede oponerse, osando, mi cuidado  
Con razon al rigor del Amor fiero;  
Y de este afan, en que penando muero,  
Buscar tarde el remedio no hallado.

Puede traer la culpa del pasado  
Error, y del presente, y del que espero;  
Y darme á conocer que sigo y quiero,  
Y amo mi perdicion mas ostinado.

Y no podrá romper el nudo estrecho,  
Ni aliviar la cerviz del grave peso;  
Que tal valor su vil temor no encierra.

Solo me muestra el mal al fin del hecho,  
Y aconseja que huya estando preso,  
Porque me haga el ímpio mayor guerra.

## CXXV.

¡O cómo vuela en alto mi deseo,  
Sin que de su osadia el premio tema;  
Que ya las puntas de sus alas quema,  
Donde ningun remedio al triste veo!

Que mal podrá alabarse del trofeo,  
Si cae, estando ufano en la suprema  
Parte del fuego, en esta banda extrema,  
Y acaba con su error y devaneo.

Debia en mi fortuna ser exemplo  
Dédalo, no aquel jóven atrevido,  
Qen honró el mar con la gloria de su nombre.

Mas ya tarde mis lástimas contemplo:  
Si porque osé, yo muero al fin perdido,  
Jamás empresa igual osó algun hombre.

## CXXVI.

Qual planta, que pidiendo el alto cielo,  
Muestra el verde remate y la belleza,  
Y del sonante rayo la braveza  
La arroja con estruendo rota al suelo;

Tal mi esperanza ufana alzaba el vuelo,  
Mas de vuestro desden cruel dureza  
Sin gloria la derriba con tristeza,  
Quando menos debia á su rezelo.

La aura, que de favonio blando espira,  
No concede indignado á la alma mia  
Amor, que no se harta de mi daño.

Rendido al desamor y á vuestra ira,  
Sufro desesperado con porfia  
De mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

## CXXVII.

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,  
Mal grado de tu saña, Amor tirano,  
Librarme, y fue mi pensamiento vano,  
Que tú no me sufriste algun sosiego.

Tenté de tus engaños rudo y ciego  
Escaparme, y huyendo en campo llano,  
Vine á caer (¡ó mísero!) en tu mano;  
Que tarde se conmueve á tierno ruego.

¡Quanto, decia entónces, fortunado  
Es quien se te defiende, Señor fiero!  
¿Mas quién, fiero Señor, se te defiende?

¡Ay! que todo es esfuerzo imaginado;  
Que tu fuerza deshace al fuerte acero,  
Y tu ingenio al mas cauto engaña y prende.

## CXXVIII.

Do el Mauritano ponto fiero baña  
De la soberbia Argel el fuerte muro,  
El cielo con terror y horror oscuro  
Amenazó la muerte á toda España.

Bramaba el mar ardiendo en ira extraña,  
Bramando ardía airado el mar perjuro;  
Solo en tanto pavor domó seguro  
Cesar del hado adverso la ímpia saña.

El piélago y aliento embravecido  
Abatieron su ímpetu indignado,  
Y respiró el medroso Libio suelo.

Ve alegre, corazon nunca vencido,  
Que la vitoria no te impide el hado,  
Ni el viento y mal cruel, mas todo el cielo.

## CXXIX.

Si en mano del Amor yo puse el freno  
De esta mi voluntad, no bien sujeta;  
¿De qué me espanto pues que se prometa  
Traerme tan rendido y siempre ageno?

Tarde llego al remedio que el veneno  
Cruel destiempla el pecho con secreta  
Virtud; no es justo ya en edad perfeta  
Andar lleno de afan, de afrenta lleno.

Pueda abrir la razon la niebla oscura,  
Y ose romper por esta selva espesa,  
Que mil buenos deseos embaraza.

Dura resolucion, mas bien segura;  
Que quien teme el trabajo y lento cesa,  
El premio de la gloria en vano abraza.

## ELEGIA XIII.

**E**n este bosque frio, que sostiene  
Mi cítara, en el sauce levantada,  
Mas pena de mi triste amor no suene.

Céfiro la aura blanda y sosegada  
Aparte de las cuerdas, que heria  
Con armonía dulce y regalada.

Que la serena Luz de la alma mia  
Cubre sus bellos rayos á mis ojos,  
Y del favor que tuve la alegría.

Vencen el sufrimiento mis enojos;  
Porque tengo en mis cuitas tierno pecho,  
No usado á caminar por los abrojos.

Ya no espero mudanza al daño hecho,  
Que Amor, fortuna, y mi luciente Estrella  
Me aprietan, puesto siempre en duro estrecho.

Qual del fuego se informa la centella;  
Procede mi dolor del amor mio,  
Y el luengo afan de mi mortal querella.

Sigo un error, y sigo un desvario  
Por el confuso rastro de mi vida,  
Y aunque alcanzo mi engaño, en él porfio.

¿Cómo podré esta suerte aborrecida  
Huir? ¿cómo podrá el cansado cuello  
Sacudir esta carga desabrida?

Un blando hilo de un sutil cabello  
En un lazo lo aflige apremiado,  
Sin que pueda quebrallo ó deshacello.



Si fuera con acero fabricado,  
O en terribles cadenas gravemente  
De hierro duro y rígido labrado;  
Segun el corazon la pena siente,  
Poco era quebrantallo entre los brazos,  
Roto con fuerza airada y saña ardiente;  
Y el esparcido peso en mil pedazos  
Mostrára el indignado sentimiento,  
Enhiesto y libre el cuello de embarazos.

¡Mas ay! que da este áspero tormento  
Del amoroso yugo que sostengo,  
Lugar, sin que se rompa, al movimiento.

Y quando pienso triste que el bien tengo,  
El cuello hallo atado al mismo instante,  
Y de nuevo á sufrir mis ansias vengo.

Ojos, rayos de amor, fulgor crispante  
De mi alma abrasada en su veneno,  
Oid esto que dice un pobre amante.

Belleza inmensa y puro ardor sereno,  
Do Amor su flecha, el Polo sus estrellas,  
Tiempla, y baña de honor y gloria lleno.

La ilustre claridad de esas centellas  
Me inclina al fuego, y su vigor inflama  
Mi pecho en las celestes luces bellas.

Nunca tocado fui de agena llama,  
Ni de semblante dulce fuí vencido;  
Que el vuestro la beldad mayor desama.

Soporté mi mal siempre, no rendido,  
Subiendo á do no llega otra ventura,  
Y no esperé el favor, jamas debido.

Ni ardiente sol, ni fría noche oscura,  
Ni peligros, que turban la osadia,  
Me impidieron mirar vuestra luz pura.

Solo fue mi regalo y mi alegría,  
Con sujecion de la alma venerada,  
Quanto pudo sufrir la suerte mia.

¿Qué cosa vos dixisteis, que admirada  
De mí no fuese? ¿qué memoria augusta  
Pudo ser con mas honra celebrada?

Ahora, que en mi pena gloria justa  
Yo atendia por premio á mi firmeza,  
Que de vos no presumo cosa injusta;

En esta soledad de mi tristeza,  
Do me olvidais, ausente, se dilata,  
Probando en mil contrastes mi flaqueza.

¡Ay cuánto de mis bienes desbarata  
Esta grave mudanza! ¡cuánto siente  
La alma, que en daño tal amor maltrata!

Triste aquel que sus lástimas consiente,  
Y ve herir su pecho rayos de ira,  
Y está siempre á su agravio obediente.

Como el que en alto y bravo mar suspira,  
Temiendo con pavor el furor crudo,  
Y mustio el cielo oscuro en torno mira;

El rauda soplo de Aquilon desnudo  
El horror le presenta de la muerte,  
Cuyo golpe atraviesa el duro escudo;

Asi yo, del desden sañudo y fuerte  
En el golfo de olvido enagenado,  
Temo el último trance de mi suerte.

El cielo, antes quieto y sosegado,  
Turbar veo, y trocarse en hielo frio  
Blando espirtu del céfiro templado.

Crece con mi lamento el grande rio,  
Y corre entre estas peñas espumoso,  
Llevando al sacro Océano el mal mio.

Un tiempo ledó en él, y venturoso  
Canté la gloria ufana de mi llanto  
Con lira, y verso humilde y piadoso.

Betis apareció con fresco manto  
De verdes hojas, y escuchóme atento,  
Y agradó á Galatea el vario canto.

Entonces con dichoso y noble aliento  
Crinó mi frente el arbol de vitoria,  
Y di en mi patria á Amor primero asiento.

¿Mas para qué refiero yo la historia  
De mis daños? pues hacen mis despojos  
Indignos de caber en su memoria.

¡Ay mis bellos, floridos, dulces ojos!  
No vos canse, si al fin saber deseo;  
¿Por qué vos placen tanto mis enojos?

Que el singular honor de mi trofeo  
Perdeis con tales hechos, y no debo  
Padecer la esperanza del deseo.

No soy en vuestro amor, mis luces, nuevo;  
Que dende que nací, me dió por pena  
Mi ímpio Rey el afan que ausente llevo.

Puso á mi cuello preso una cadena,  
Para señal de aquella, que arrastrando  
Con mi vergüenza y confusion resuena.

No sabia su fuerza , aunque penando  
Andaba en esta prueba amarga mia,  
Mi futura pasion pronosticando;

Hasta que en el alegre y triste dia  
De mi bien y mi mal , crecer presente  
Vi mi ardor en la nieve vuestra fria.

Resplandeci6 en mis ojos dulcemente,  
Qual l6cido rel6mpago vibrado,  
Pura vislumbre de un vigor luciente.

El error descubri6 y dolor pasado,  
Incierta y rudamente padecido,  
Que siento con mas fuerza renovado.

El soldado en la guerra envejecido,  
Del trabajo y horror del duro Marte  
Descansa con el premio merecido :

Yo abrazando de Amor el estandarte,  
Traygo roto el paves, cortado el pecho,  
Atravesado de una y otra parte;

De espantosas heridas ya deshecho,  
Que abiertas con peligro y rigor fiero  
Me arrojaron corriendo al mismo estrecho.

Y qual si marmol fuera 6 fuera acero,  
Tal desdeñoso y 6spero me trata  
Semblante blando y corazon severo.

Pues mi fatal Estrella me es ingrata,  
Lo que esperar se debe de mi daño  
Es no temer ; porque el temor me mata.

Que mas vale esforzarme en el engaño,  
Y no rendirme 6 un simple movimiento,  
Y juzgarme en la pena por extraño.

Que con esto, si puedo, mi tormento  
Será menos terrible; y si no basta  
Al fin acabaráse el sufrimiento  
Con la vida, que opuesta al mal contrasta.

## CXXX.

Grande fué, aunque infelice, tu osadia,  
Que por guiar ; ó hijo de Climene!  
El carro, en que gobierna solo, y tiene  
Febo el vivo esplendor que ilustra el dia;  
Del fiero rayo muerto en yerta via,  
Eridano en sus ondas te sostiene:  
Glorioso sepulcro, qual conviene  
A tu alto corazon y á tu porfia.

Yo, que cuidé estrenar la pura Lumbre,  
Y de mi sol regir los cercos de oro,  
Dichoso Automedon con diestra suerte;  
Cai abierto el pecho de la cumbre,  
Y perdí, no la vida, el bien que lloro,  
Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.



## CXXXI.

El corazon huido busco y llamo:  
El, do el rigor esfuerza el duro hielo,  
Entra, y sin miedo pisa estéril suelo;  
Yo, esquivando el dolor, mis males amo.

Las lágrimas y quejas que derramo.  
No vencen su porfia, y sin rezelo  
Alli se pierde; y no osa alzar el vuelo,  
Y su ostinado error al fin desamo.

No porque tema ya peligro alguno;  
Que no doy mas lugar á miedo cierto,  
Ni admito en tanto afan remedio vano.

Mas porque es poquedad ser importuno  
A un lento pecho; y ser mas precio muerto,  
Que esperar la salud de ingrata mano.

## CXXXII.

Amor, si el fuego, en quien inunda el pecho,  
Que mal puede entibiar la fria nieve,  
Con tus alas avivas, muerto en breve  
Será tu ardor, y el corazon deshecho.

Procuro, en esta llama satisfecho,  
Que sin cesar en mí su fuerza pruebe;  
Porque del mal mi alma el premio lleve,  
Causando el daño luengo algun provecho.

Este suave incendio me sustenta,  
Y consagra en honor de mi Luz pura  
Mis entrañas, que crecen apuradas.

Dichoso el corazon, á quien alienta  
Tal virtud, que engrandece con ventura  
La gloria de mis penas renovadas.

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente  
Tocar mi pecho, y nunca ser vencido  
De oro podrá, en madexas esparcido,  
Con gloria de otra ilustre y bella frente.

Que vuestra Luz, do yace Amor presente,  
Tiene, y el rico cerco recogido  
Mi cuello y pecho preso y mal herido,  
Y dulcemente el yugo y fuego siente.

Nací yo destinado á vuestra llama,  
Amor me dió valor para mi muerte,  
Y pago, amando á vos, la deuda nuestra.

Volando voy, do el ciego ardor me inflama,  
Qual va á su fuerza el cielo; y es mi suerte  
En vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

## CXXXIV.

La llama crece y arde; y crece luego  
El dolor que mi gloria y bien deshace:  
El pecho exhala todo, y se rehace,  
Qual Ticio, sin hallar algun sosiego.

No sé do alienta Amor, do esfuerza el fuego,  
Ni de qué pena ya se satisface:  
Mal me quejo del daño que me hace,  
Si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.

Felice Meleagro, cuya muerte  
Gastó su ardiente hado; mas yo veo,  
Que renace mi vida en el tormento.

No huyo la aspereza de mi suerte,  
Aunque si por la causa la deseo,  
La temo por el fiero mal que siento.

## CXXXV.

Regando enciendo todo, ardiendo baño  
Con triste humor, prolixo el campo abierto,  
Y mi afan canso y lloro sin concierto,  
Y el llanto con suspiros acompaño.

Esperanza y razon mi injusto daño  
Causa; esta y aquella al fin desierto  
Me tienen de salud, y tan incierto,  
Que con el bien y con el mal me engaño.

Voy como sombra pálida, y cuitoso  
Doy gemidos, y asombro el bosque oscuro;  
Que tarde en lasa y honda voz responde.

En tanta confusion, do estoy medroso,  
Una luz se me ofrece y ardor puro  
Distante, pero cerca se me asconde.

## ELEGIA XIV.

**Y**o siempre culparé los ojos mios,  
Que enemigos del ocio de mi vida,  
Siguieron de mi error los desvarios.

Por ellos llama tal fue despedida  
Al corazon, que ardiendo en las entrañas,  
Crece con nuevo impetu encendida.

Todo el valor de Amor y sus hazañas,  
Su bien, su mal, su gloria y su tormento  
Eran á mi memoria muy extrañas.

Mas quando con un tierno sentimiento  
En mí sus rayos descubrió mi Estrella,  
Y mis daños honró mi sufrimiento;

Conocí su poder y mi querella,  
Y el temor, que me aflige no apartado,  
Y no me dolió arder en su centella.

Dulce me era el dolor, caro el cuidado,  
Dichosa la membranza de mi pena,  
Ledo el tiempo lloroso de mi estado.

Aquel bello esplendor de luz serena  
Me miró blandamente de su alteza,  
Y la culpa admitió que me condena.

El bien que cabe en la mortal flaqueza,  
(¿Dirélo, ó no?) me dió, si se consiente,  
Que ose yo pensar tanta grandeza.

Porque sufre que abrase mi doliente  
Pecho su llama, y suelto el torpe frio,  
Lo afine siempre en su vigor presente.

¿Mas este que me vale esfuerzo mio,  
Si muero en soledad, y si mis ojos  
Son causa del engaño en que porfio?

Tiranos de mi gloria y mis despojos,  
Que los llevais, do esperan ser perdidos;  
Llorad, si por vos peno, mis enojos.

El uso y la virtud de mis sentidos,  
Vos ocupasteis todos en mi muerte,  
Sin ser á mi remedio consentidos.

La vida vence al fin el riesgo fuerte;  
Y vos, como si hubiérades vitoria,  
Este daño escogéis por mejor suerte.

Si visteis y gozasteis de la gloria,  
Si ufanos abrazais el bien primero,  
Perded ya con la vista la memoria.

Estoy tal, que otro bien de Amor no espero;  
Y vos no lo espereis, pues tarde entiendo  
En mi mal, que es á todos el postrero.

Aborrezco el lugar do estoy muriendo:  
Ved quan corta firmeza es esta mia,  
Porque ante de mi Luz no espiro ardiendo.

Sandeces de amorosa fantasia  
Son estas, que me traen en dudanza,  
Ausente, con temor, sin alegria.

Mis ojos, poco debo á la esperanza,  
Si me duelo de vos y temo ageno  
De cuita, en mis dolores la mudanza.

Y aunque en mi soledad con ansia peno,  
Nunca veré al Amor tan mi enemigo,  
Que no juzgue mi afan por justo y bueno.

La noche que me escucha lo que digo,  
Y el cielo de sus astros esparcido,  
Será de este mi crédito testigo.

Los ojos que hube un tiempo aborrecido,  
Por ser principio al mal de mi deseo,  
Donde quedé á mis lástimas rendido;

Mas dulces que la vida que poseo  
Son, y á mi gloria vienen tan iguales,  
Que al mérito el dolor ceder no creo.

Y aunque lleve vitoria de mis males  
La que el progreso rompe al curso humano,  
Serán en mí sus bienes inmortales.

Y porque jamas esto salga en vano,  
Ante mi Lumbre afirma el Amor puro,  
Que nunca en bien tan alto y soberano  
Otro felice amante vió seguro.



Yerto y doblado monte, y tú luciente  
Rio, de mi zampoña conocido,  
Quando de los pastores el gemido  
Canté y mi mal con cítara doliente;

Si en vuestra cima siempre y pura fuente  
Se escucha el son de mi dolor crecido;  
Y si por el camino que han seguido  
Su afan otros llorando, voy presente;

Una Luz bella es causa, y un honesto  
Semblante, que tentar en canto osára  
La origen y órden firme de las cosas.

Del curso eterno es en sazón dispuesto  
Todo; espero (la edad sino es avara)  
Mostrar quán varias sort, y quán hermosas.

CXXXVII. *A Martin R. de Arellano.*

Dura por mí fue al Tajo tu partida,  
Dexando solo el Betis, Arellano;  
Y en llanto me obligó y dolor insano  
Tu ausencia de mí siempre aborrecida.

Tú sabes que esparció á mi triste vida  
Afan el cielo y cuita en larga mano,  
Y en mi mal dulce amigo eras y hermano,  
Y no hay quien me consuele ya en tu huida.

Hirióme fiero el pecho mi Luz bella,  
Y se escondió á mi vista, y con ardiente  
Fuego á la alma abrasó en su mal envuelta.

Y tú, que eras descanso á mi querella,  
Te vas en tanto, sin dexar presente  
Una incierta esperanza de tu vuelta.

Canso la vida, y siempre espero un día  
De fingido placer: huyen los años,  
Y nacen de ellos mil sabrosos daños,  
Que esfuerzan el error de mi porfía.

Son, por do salir pienso á mi alegría,  
Tan inciertos los pasos, tan extraños,  
Que rematan el curso en mis engaños,  
Y de ellos vuelvo á comenzar la vía.

Descubro en el principio otra esperanza,  
Si no mayor, igual á la pasada,  
Y en el mismo deseo persevero.

Mas torno sin cesar á la mudanza  
De la suerte, en mi daño conjurada,  
Y, esperando el fin cierto, desespero.

CXXXIX.

Estos ojos, no hartos de su llanto,  
Que á tan estrecha suerte me han traído,  
Lloren, sin descansar, el bien perdido,  
Si lágrimas prolixas valen tanto.

Que quando mi dolor subiere, quanto  
Debe al mal y al amor, en lento olvido  
Solo, á la ira y al desden rendido,  
Qual cisne espiraré en funesto canto.

Y este cielo, enseñado á mi lamento,  
Podrá llevar por este campo abierto  
Mi voz triste á la causa de mi daño.

Porque yo oso esperar que mi tormento  
(Pues es venganza indigna contra un muerto)  
O venza, ó junto acabe con mi daño.

## CXL.

Si tiene, á do reynais, mi pura Estrella,  
Lugar la fe en la pena que consiento,  
Mostrad algun pequeño sentimiento,  
Y el premio vendrá ser que espero de ella.

Però si vos quereis que pierda en ella  
Este bien, acabad con mi tormento;  
Que á quien daña el valor del pensamiento,  
No es justo permitais vivir con ella.

Y si estas obras de aficion ausente  
En vuestra voluntad tal vez la gloria  
Gozan, que se concede al venturoso,  
Aquí do estoy diré que estoy presente;  
Y que mas vale el mal de mi memoria,  
Que el bien que causa ageno amor dichoso.

## CXLI.

Dulces contentos míos ya pasados,  
Que sostuve en error de mi esperanza,  
Lo que vuestro recuerdo mas alcanza  
Es dolor de mis días mal gastados.

Porque envuelto en deseos y cuidados  
Me consumo, llorando la mudanza;  
Y Amor que reconoce su venganza,  
Mis daños me descubre renovados.

¿Qué puedo yo, si ausente me condeno,  
Sino solo al olvido y niebla fría  
Esta memoria ingrata rendir muerta?

¡Mas ay! que tiene el corazon ageno  
De bien presente siempre la Luz mia,  
Y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

## CANCIÓN VI.

*Al Señor Don Juan de Austria.*

**Q**uando con resonante  
Rayo y furor del rayo impetuoso *B 100*  
A Encélado arrogante  
Júpiter poderoso  
Despeñó airado en Etna cabernoso; *B 3*  
Y la vencida tierra,  
A su imperio rebelde, quebrantada  
Desamparó la guerra  
Por la sangrienta espada  
De Marte, aun con mil muertes no domada: *10*  
En el sereno polo  
Con la suave cítara presente  
Cantó el crinado Apolo  
Entonces dulcemente,  
Y en oro y lauro coronó su frente. *1.5*  
La canora armonía  
Suspendia de Dioses el Senado;  
Y el cielo, que movía  
Su curso arrebatado,  
El vuelo reprimía enagenado. *20*  
Halagaba el sonido  
Al piélagos sañudo, al rauda viento  
Su fragor encogido,  
Y con divino aliento  
Las Musas consonaban á su intento. *25*

Cantaba la vitoria

Del ejército etéreo y fortaleza,

Que engrandeció su gloria,

El horror y aspereza

32 De la Titania stirpe y su fiereza.

De Palas Atenea

El Gorgóneo terror, la ardiente lanza;

Del Rey de la onda Egea

La indomita pujanza;

35 Y del Hercúleo brazo la venganza.

Mas del Bistonio Marte

Hizo en grande alabanza luenga muestra,

Cantando fuerza y arte

De aquella armada diestra,

40 Que á la Flegrea hueste fue siniestra.

A tí, decia, escudo,

A tí, del cielo esfuerzo generoso,

Poner temor no pudo

El esquadron sañoso,

45 Con sierpes enroscadas espantoso.

Tú solo á Oromedonte

Traxiste al hierro agudo de la muerte

Junto al doblado monte;

Y abrió con diestra suerte

50 El pecho de Peloro tu hasta fuerte.

¡O hijo esclarecido

De Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!

Por quien cayó vencido,

Y en peligroso estrecho

55 Mimante pavoroso fue deshecho.



Tú cubierto de acero,  
Tú estrago de los hombres indignado,  
Con sangre hórrido y fiero  
Rompes acelerado  
Del ancho muro el torreón alzado. 60

A tí libre ya debe  
De rezelo Saturnio, que el profano  
Linage, que se atreve  
Alzar la osada mano,  
Sienta su bravo orgullo salir vano. 65

Mas aunque resplandezca  
Esta vitoria tuya conocida  
Con gloria, que merezca  
Gozar eterna vida,  
Sin que yaga en tinieblas ofendida; 70

Vendrá tiempo en que tenga  
Tu memoria el olvido, y la termine;  
Y la tierra sostenga  
Un valor tan insine,  
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline. 75

Y el fértil ocidente,  
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
Descubrirá presente  
Con prez y honor de España  
La lumbre singular de esta hazaña. 80

Que el cielo le concede  
Aquel ramo de César invencible,  
Que su valor herede,  
Para que al Turco horrible  
Derribe el corazon y ardor terrible. 85

Vese el pérfido bando  
En la fragosa, yerta, aerea cumbre,  
Que sube amenazando  
La soberana lumbre,  
Fiado en su animosa muchedumbre. 90

Y alli, de miedo ageno,  
Corre qual suelta cabra, y se abalanza  
Con el fogoso trueno  
De su cubierta estancia,  
Y sigue de sus odios la venganza. 95

Mas despues que aparece  
El Joven de Austria en la enriscada sierra,  
Frio miedo entorpece  
Al rebelde, y lo atierra  
Con espanto y con muerte la ímpia guerra. 100

Qual tempestad ondosa  
Con horrísono estruendo se levanta,  
Y la nave medrosa  
De rabia y furia tanta,  
Entre peñascos ásperos quebranta. 105

O qual del cerco estrecho  
El flamígero rayo se desata  
Con luengo sulco hecho,  
Y rompe y desbarata  
Quanto al encuentro su ímpetu arrebatata. 110

La fama alzará luego,  
Y con las alas de oro la vitoria  
Sobre el giro del fuego,  
Resonando su gloria  
Con puro lampo de inmortal memoria. 115

Y extenderá su nombre  
Por do céfiro espira en blando vuelo,  
Con ínclito renombre  
Al remoto Indio suelo,  
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

120

Si Peloro tuviera  
Parte de su destreza y valentía,  
El solo te venciera,  
Gradivo, aunque á porfia  
Tu esfuerzo acrecentáras y osadia.

125

Si este al cielo amparára  
Contra las duras fuerzas de Mimante,  
Ni el trance rezelára  
El vencedor Tonante,  
Ni sacudiera el brazo fulminante.

130

Traed cielos huyendo  
Este cansado tiempo espacioso;  
Que oprime deteniendo  
El curso glorioso:  
Haced que se adelante presuroso.

135

Asi la lira suena,  
Y Jove el canto afirma, y se estremece  
El Olimpo, y resuena  
En torno y resplandece,  
Y Mavorte dudoso se oscurece.

140

Alzo ligeras alas al deseo,  
Sigo el bello esplendor de mi alegría:  
Hállolo reluciente en la Osa fria,  
Y desespero el bien que mas deseo.

Suspense en un incierto devaneo,  
Que mi esperanza cansa y mi porfia,  
Digo: ¿por qué, serena Lumbre mia,  
Leda en estéril parte arder vos veo?

Llevar debia el céfiro vitoria,  
Siempre de vuestra llama esclarecido,  
Al Euro ufano que con él contiene.

¡Mas ó! que el cielo causa mi gemido,  
Por honrar gente, indigna de memoria;  
Que el sol con tibio rayo apenas enciende.

## CXLI.

Amor con todo el fuego, que el humoso  
Etna espira, y las islas de Vulcano  
Me abrasa el pecho, que asegura en vano  
A su mortal ardor algun reposo.

Con la nieve que el Cáucaso nevoso,  
Y el desnudo Rifeo hace cano,  
Mi alma enfria, y rompe el inhumano  
A la esperanza el paso temeroso:

Que en los ojos, do siempre el hielo y llama  
Suya en mi muerte acuerdan, fixo tiene  
El ímpetu y furor de su braveza.

Y por vengarse mas, la seca rama,  
Do estoy asido, sin quebrar sostiene,  
Probando en nuevas penas mi flaqueza.

## CXLIV.

Un tiempo ave Carístra viví en fuego;  
Pero ya blanco cisne en ondas vivo,  
Que solo de mi mal cuitoso escribo,  
Quanto escribí de bien en mi sosiego.

Pensé, trocando grado, trocar luego  
Suerte, y fue vano error; que Amor esquivo  
En uno y otro estado al fin cautivo  
Me oprime, y en igual desasosiego.

De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente;  
Ahora de mis ojos despedido  
Corre un Istro nevoso desatado.

No esfuerza con la nieve la creciente,  
Antes con el ardor mas encendido  
Va en abundoso curso dilatado.

## CXLV.

Ningun remedio espero en mi tormento,  
Y de mejor fortuna desespero:  
Muriendo vivo, aunque viviendo muero,  
Ageno y ocupado en pensamiento.

Temo el fiero dolor; y si contento  
Alguno tengo, temo el dolor fiero:  
Cansado mi pasión abrazo y quiero,  
Y el mal, que mas rehuyo, mas consiento.

Tan ufano estoy siempre en la tristeza,  
Que nunca ceso de alabar el día,  
Que fue ocasión de merecer mi daño.

No doy lugar al bien, y en mi estrechez,  
Perdiendo vanamente la edad mía,  
No sé hallarme libre de mi engaño.



Venció mi duro pecho Amor tirano,  
Y los niervos cortó su aguda espada  
De aquella agena libertad amada,  
Que misero suspiro y lloro en vano.

El me vuelve, y me trae por la mano,  
A do mi afrenta y perdicion le agrada;  
Mas de su afan la vida ya cansada  
Tornar procura al curso usado y llano.

Pero es flaca osadía, y con la muerte  
Luchando abrazo alegre el dulce engaño,  
Y me averturo en el deseo y pierdo.

Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,  
Que contraste gran tiempo á tanto daño,  
Ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

## CXLVII.

¿Dó vas? ¿dó vas, cruel? ¿dó vas? refrena,  
Refrena el presuroso paso, en tanto  
Que de mi grave afan el luengo llanto  
Abre en prolixo curso honda vena.

Oye la voz de mil suspiros llena,  
Y de mi mal sufrido el triste canto;  
Que ser no podrás fiera y dura tanto,  
Que no te mueva al fin mi acerba pena.

Vuelve á mi tu esplendor, vuelve tus ojos,  
Antes que oscuro quede en ciega niebla;  
Decia en sueño ó ilusion perdido.

Volví, halléme solo y entre abrojos,  
Y en vez de luz cercado de tiniebla,  
Y en lágrimas ardientes convertido.

## ELEGIA XV.

¿Quién me daria, Amor, una voz fuerte,  
Y espíritu en mis lástimas osado  
Para cantar las cuitas de mi suerte?

Que el luengo error de mi primer cuidado  
Ocupada me tiene la memoria,  
Y todo mi sosiego enagenado.

Yo nací para ver, cruel, tu gloria,  
Qual Tántalo, engañado, y al extremo  
Para llorar perdido mi vitoria.

Sufro el dolor, que ya algun mal no temo;  
Si á tan estrecho paso reducido,  
De tí desesperar es bien supremo.

Pero al freno me traes tan rendido,  
Que en mi furor enciendes la esperanza,  
Que me vuelva suspenso y confundido.

Nuevo mal al antiguo mal alcanza;  
Y tal es el pasado y el que viene,  
Que en su rigor no siento la mudanza.

Ni huir ni esperar ya me conviene,  
Y huyo, espero, temo ya, y confío,  
Y lo que me desmaya me sostiene.

¿Por qué este porfioso desvario  
No extirpas, Rey ingrato, y de mi pecho  
No arrancas este indigno dolor mio?

Téngate ya mi daño satisfecho;  
Que poca es la venganza en el sugeto,  
Y matar al rendido no es derecho.

Seguí siempre en lo público y secreto  
Tu estandarte, y al carro aherrojado  
Tu valor celebré con tierno afeto.

Si no eres en las rocas engendrado  
Del alto yerto Cáucaso espantoso,  
Y de la Armenia tigre alimentado;

Serás á mis tormentos piadoso,  
Que de la pena ya que la alma siente,  
No sé gran tiempo ha lo que es reposo.

El resplandor de Febo, y la fulgente  
Esquadra de las lúcidas estrellas,  
Recoge al hondo seno de ocidente:

Yo mezquino, constante en mis querellas,  
Jamás descanso doy al mustio canto,  
Y se envuelven mis lágrimas con ellas.

Que no acabe en tan duro mal me espanto,  
Y que crezca á los cercos de mis ojos  
Perpetua exhalacion de ardiente llanto.

Si cuidas tú, que llevas mas despojos  
En mi pasión ó gloria mas dichosa,  
Y por eso acrecientas mis enojos;

Yo te protesto, Amor, por la penosa  
Historia de la vida que prosigo,  
Que la vitoria alcanzas afrentosa.

Fortuna, que te sirva, ¡ó mi enemigo!  
Quiere; su imperio temo, y temo el tuyo,  
Ya vasallo rebelde, infiel amigo.

En mi muerte, tirano, te destruyo,  
Pues nací para amar, y solo quiero  
Que se entienda quán poco de tí huyo.

Bien sé que en vano me lamento y muero,  
Por ablandar esa cruel dureza  
Que sin provecho mitigar espero.

Qual revuelve la rueda con presteza  
A Ixíon que se huye y va siguiendo;  
Tal me revuelve y tuerce tu fiereza.

Y qual el triste Sísifo subiendo  
Va el gran peñasco alzado á la alta cumbre,  
Siempre descanso alguno no admitiendo;

Tal de mi afan la grave pesadumbre  
Llevando lejos voy, do ausente veo  
Triste sin alcanzar mi pura Lumbre.

El nieto ilustre del insigne Alceo,  
En mil grandes empresas glorioso,  
Se inclinó al duro yugo de Euristeo :

Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,  
Y de tu fuego, Amor, estoy herido,  
¿Por qué estaré soberbio y animoso?

Mírame ante tus pies preso y rendido,  
Y suena en mi cerviz el hierro puesto,  
Humilde á tus cruezas ofrecido.

Perdona mi dolor, que ya dispuesto  
Estó á sufrir sin quejas mi tormento,  
Y escoger por mas gloria mi denuesto.

Aspire el deleytoso y vivo aliento  
A mi encendido pecho, porque en llama  
Se tiemple el hielo en que enfriarme siento.

Ya que mi muerte no se excusa, inflama  
Mi alma en el vigor de la Luz mia,  
Porque ensalce mi nombre eterna fama.

Que el helado rigor y nieve fria  
De su olvido y desden turba y detiene  
A tu fuego el valor con osadia.

Si volver por los tuyos te conviene,  
Por mis ojos arroja en sus entrañas  
El fuego que abrasado al orbe tiene.

Que si yo veo, Amor, tales hazañas,  
Daré en justo rescate de tal pena  
Mi hierro y el ardor con que te ensañas.

Porque su libre cuello en la cadena  
Ver y encenderse el frio de su pecho  
Es todo el bien que tu poder ordena,  
Si tu poder se extiende á tan gran hecho.



## CXLVIII.

Quando pienso , cansado del tormento,  
Que con mi afrenta Amor herirme pudo  
De una serena Luz con rayo agudo,  
Y que rendí el valor y entendimiento;

Vuelvo triste á mirar mi perdimiento:  
Mas tan solo me hallo y tan desnudo  
De fuerza, que romper el débil nudo,  
Que me enlazó el deseo nunca intento.

Seguir el mesmo curso en el cerrado  
Laberinto, y sufrir ya mas denuesto  
No debo, si en mí queda algun sentido.

Acabe el vano error de mi cuidado.  
¿Pero qué digo simple? yo protesto  
Que hablo enagenado y ofendido.

## CXLIX.

¿Sino es llorar, qué pueden ya mis ojos?  
Mi alma de lamento se mantiene:  
Con él crece el ardor y se sostiene,  
Y la lluvia se alienta en sus despojos.

Un tiempo esperé premio á mis enojos,  
Mas tarde es ya, que mi pasion previene;  
Pero acabar en lágrimas conviene  
A quien de flores nacen los abrojos.

En llanto me consumo; y quando espero  
(Grande y nuevo milagro) dar memoria  
A mi nombre, resuelto en triste rio;

Ocorre el fuego, en él me abraso y muero,  
Desvaneciéndose en llama con mas gloria:  
Justo, aunque grave bien al dolor mio.

## CL.

Al sereno esplendor de luz ardiente,  
De celestial safiro á la belleza  
La alma, volando en torno con presteza,  
Las alas roxas mueve dulcemente.

Amor, que de este cielo nunca ausente  
Respira, le descubre su grandeza,  
Y de gloria mil bienes y riqueza,  
Que sola ella los conoce y siente.

En este engaño siempre va, y se olvida  
De quien cuidadoso de su afan la llama,  
Y en conocido error cansa y porfia.

Porque espera tal vez, alli encendida  
De aquellas puras luces en la llama,  
Hallar sepulcro igual á su osadia.

## CLI.

Corre soberbio al mar del llanto mio,  
Beris claro, sagrado honor de rios,  
Y no acaben mis grandes desvarios,  
Donde se acaba en él tu grande rio.

Antes oygan mi afan y desvario  
Entre el fuego y rigor de hielos frios,  
Y se conduelan de los males mios  
Libia ardiente y desnudo Islando frio.

Y el Indo, que primero ve la Aurora,  
Y el otro, que mas tarde alumbra Apolo,  
Hagan memoria eterna de mis daños.

Y tú lamenta esta postrera hora  
En que muero de bien ausente y solo,  
Rico de pensamientos, pobre de años.

## CLII.

No espero en mi dolor lo que deseo,  
Que tanto bien no cabe en mi mal fiero;  
Mas deseo ya solo lo que espero,  
Acabar en mi ciego devaneo.

Tan cansado me tiene este deseo,  
Que del mísero efeto desespero,  
Y engañado en mi intento persevero,  
El vano error, que sigo, al cabo veo.

¿Pero qué vale ver el mal presente,  
Si porfio y contraste no espantado  
A los asaltos bravos de Amor crudo?

No temo y oso todo libremente;  
Porque es al corazon desesperado  
La dura ostinacion Vulcanio escudo.

## ELEGIA XVI.

Si este inmortal dolor y sentimiento  
Que me fuerza á penar sin esperanza,  
No puedo desatar del pensamiento;

Si esta fortuna súbita y mudanza  
A una prolixa ausencia me condena,  
¿Por qué tengo en mi daño confianza?

Quien vió mi día y vió mi Luz serena  
Podrá juzgar á quanto mal me ofrezco  
En noche de tiniebla y de horror llena.

Tormento nuevo en viejo mal padezco,  
Que quiere este ímpio Rey que solo sienta  
Lo que esperó ninguno, y no merezco.

Lidio en mi soledad, que me presenta  
Siempre el pasado bien y la ventura,  
Y la perdida gloria me atormenta.

Rayos de Amor, inmensa hermosura,  
Que suspiro y deseo, y busco ausente,  
Volved la claridad excelsa y pura.

Que si veo los cercos y oro ardiente  
Que vos ciñe y corona en rico velo,  
Descansaré del llanto y voz doliente.

Y en el herboso, fresco y fértil suelo,  
Que el padre y sacro Betis deleytoso  
Baña, agradable al alto y claro cielo;

Alzaré á vuestro nombre generoso,  
Qual fue en Pafos á Dione consagrado,  
Un templo insignemente suntuoso.

Do quien el peligroso mar sulcado  
Hubiere del Amor, ya salvo en puerto,  
A las aras atento y humillado;

Los votos, que en el ancho golfo incierto  
Prometió, pagará, dexando escrita  
La causa del peligro y temor cierto.

Mas voy por do no sufre la infinita  
Fuerza de mi pasion y suerte indina,  
Que alguna muestra de esperanza admita.

Y antes que pueda ver la luz divina  
Vuestra aquel rigor último, á la vida  
Vendrá del mal, en que mi ardor me inclina.

Y en breve espacio fincará perdida  
La esperanza desierta y el deseo,  
Triunfando de mi muerte aborrecida.

Nunca temí el dolor del mal que veo,  
Que entró al descuido Amor blando y sereno,  
Para aquistar de mí el mayor trofeo.

En tal sazon ya sin remedio peno,  
Que lo que menos duele es el tormento:  
¡Tanto de mí me aparto y enageno!

Quien abrir del mar ciego el alto siento  
En mi ligera nave verme pudo  
Con alegre bonanza y manso viento;

Y viese el cielo oscurecer desnudo  
De luces, borrascoso el ponto, el fiero  
Noto con negro horror soplar sañudo;

Aunque su pecho armase duro acero  
En tan cruel mudanza y suerte mia,  
Donde solo y sin fuerzas desespero;

De humana compasion se venceria,  
Si puede un grave caso sucedido  
Turbar de mortal pecho la alegria.

Ya que estoy á mis lástimas rendido,  
De mis hermosos ojos, triste, ausente,  
En soledad y en confusion perdido;

A do torciere el paso, irá presente  
El florido esplendor de la belleza,  
Que me tiene abrasado en fuego ardiente.

Por difíciles riscos y aspereza  
En la nocturna sombra celebrada  
Será del canto mio su grandeza.

Adonde no se halle alguna entrada  
De hombre ó fiera, mostrará el desierto  
Su figura en los árboles labrada.



Alli mi error, y engaño y desconcierto  
Escrito, y en mi llanto lamentado,  
Será de mi dolor testigo cierto.

Aquel tierno semblante venerado,  
La bella luz, do el cielo gracias llueve,  
La rica falda de oro ensortijado;

Y el suave color de rosa y nieve,  
Las perlas por do Amor alegre envia  
La voz al corazon y el daño aleve;

Presentes en mi triste compañía,  
Para temor de la alma, á la memoria  
Renovarán la ufana suerte mia.

Y del perdido bien de la vitoria  
Darán las ocasiones, que huyeron  
En el progreso luengo de mi historia.

No sé por do los hados inducieron  
Esta mi soledad en el extremo,  
Que en el principio nunca prometieron.

Vos, ojos, de quien cuido solo, y temo  
Morir penoso ausente, quando fuere  
De mi dolor el término supremo;

Húmidos en mi muerte á quien vos viere  
Vos descubrid, y vuestra faz llorosa  
Muestre como mi mal vos duele y hiere.

Porque sea mi suerte mas dichosa,  
Que en vida, en muerte, y el tormento mio  
Venza á la vuestra condicion sañosa.

¿Por qué en ausencia por el bien porfio,  
Si en presencia me niegan el derecho,  
Y me engaño en tan alto desvario?

Destinado nací para este hecho,  
Y sujeto á belleza ingrata y dura,  
Siempre afligido y triste y roto el pecho.

La Aurora pareció con veste oscura,  
Presaga de mi afan, y el nuevo dia  
Mudó el semblante ledó y luz segura.

Jamas gocé algun hora de alegria,  
Que no fuese teñida de tristeza,  
Si merecí tal bien en mi osadia.

No culpo yo el rigor y la dureza  
De mi luciente Estrella en tanto engaño;  
Mi ostinacion si culpo y mi firmeza.

Debía no huir mi desengaño;  
Mas consiento la pena, y no rehusó,  
Si abracé la ocasion, sufrir el daño.

Pero la ausencia así me descompuso  
De toda la paciencia, que no hallo  
En mi el lugar que la razon dispuso.

Sufriendo peno y muero, y siempre callo:  
Pues me conozco al fin de Amor tirano  
Humilde y pobre, y sin valor vasallo.

Yo sé que un tierno pecho y soberano  
Del mezquino se acuita y condolece,  
Y procura su bien con larga mano.

Mas á quien la ventura desfallece,  
Y no vale esperanza, es bien la muerte;  
Pues en la vida mísera el mal crece.

Ya no mas buscaré, si el dolor fuerte  
Desmaya; porque estoy determinado  
En seguimiento siempre de mi suerte.

Y de esta soledad acompañado,  
Con un deseo en otro convertido,  
De mis glorias iré desamparado.

Y quando no pudiere haber olvido,  
(Que difícil será) no es ya tan largo  
El tiempo en los trabajos consumido;

Que no me halle luego el trance amargo,  
Y al cuerpo suelta la alma en vuelo presto,  
Cansada dexará el pesado cargo.

Y en sombra yacerán y oscuro puesto  
Mis dolores conmigo sepultados,  
Y cesarán del vago error molesto,  
Que ahora no reposan mis cuidados.

## SONETO CLIII.

*Al Doctor Martin Martinez.*

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,  
Y del Betis ondoso el curso ufano  
Dexas, y el precio antiguo Italiano  
Miras en el sepulcro del olvido;  
¿Por ventura del yugo sacudido  
La cerviz alzas libre, y del tirano  
Amor en tí desmaya el furor vano,  
O en fiero ardor espiras encendido?  
Que yo en la patria sin mi Luz me veo,  
Triste, preso, herido, solo, ausente,  
Y perseguido siempre de un cuidado.  
Sin esperanza avivo mi deseo;  
Y apenas de este rio á la corriente  
Descubro el mal que sufro no cansado.

## CLIV.

Mi Luz , así en la vuestra bella frente  
Nunca ofenda las rosas hielo frio ;  
Y así blando al ingrato Señor mio  
Vea en esas estrellas yo presente ;

Que me digais , humilde amante ausente ,  
¿ Si en vuestro corazon hallo desvio ?  
¿ Si vuestro pecho tierno el desvario  
Dulce , como en mi tiempo alegre , siente ?

Porque por esa púrpura templada  
En blanca y pura nieve , y por los ojos  
Suaves , do respira mi esperanza ;

Que en la mas luenga ausencia y apartada  
No vos negó mi alma los despojos ,  
Ni en mí temió el Amor jamas mudanza .

## CLV.

Quando cantar deseo la belleza  
Vuestra , y serena luz , que humilde honoro ,  
El esplendor y puros rayos de oro ,  
Do afinan los de Febo su riqueza ;

Reconozco el valor y la grandeza ,  
En quien de eterno ardor celeste coro  
Ensalzó de sus bienes el tesoro ,  
Y desigual me inclino á tanta alteza .

Dadme favor alguno en vuestra gloria ,  
De honesto amor ; ó llama generosa !  
Y de esta nuestra edad ; ó raro exemplo !

Porque á la eternidad de la memoria  
Por precio de beldad maravillosa  
Consagre vuestro nombre yo en su templo .



## CLVI.

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,  
A desatar esta secreta llaga,  
Que no me dexa reposar, y haga  
Ante quien temo el justo oficio el llanto.

Que quando descubriere de ello quanto  
Mostrar se debe, á quien tan mal se paga  
De mi mal, podrá ser que se deshaga  
La sombra del peligro y de mi espanto.

Si no, ascondido en esta oscura niebla  
Acabe á gusto ageno; mas de suerte,  
Que falte del remedio la esperanza.

Porque quien siempre yace en la tiniebla  
No espere ver la luz, sino en la muerte,  
Que la gloria de amor tarde se alcanza.

## CLVII.

*Al Conde de Gelves.*

Señor, si este dolor del mal que siento  
Veo desvanecer en mi memoria,  
Y en olvido yacer la triste historia,  
Que fue dura ocasion á mi tormento;

De España con voz alta y noble aliento  
Cantaré los triunfos y vitoria,  
Y daré entre su honor y eterna gloria  
Al valor vuestro insigne igual asiento.

Mas un dulce esplendor, un cerco y oro,  
Que en crespas hebras arde ; una armonia  
Y gracia que florece y orna el suelo;  
Una belleza, á quien suspenso adoro,  
Impiden esta altiva empresa mia,  
Y en su furor me llevan hasta el cielo.

## SONETO.

*De Don Alvaro de Portugal C. de G.*

Fernando, aquel dolor, que triste siento,  
 Contino renovado en mi memoria,  
 De la funesta y lamentable historia,  
 Que dió principio amargo á mi tormento;  
 Me hizo suspendido, sin aliento,  
 Creyendo que cantabas la vitoria,  
 Que muerte hubo de mí, y aquella gloria  
 Atento oírte en mi lloroso asiento.

Mas viendo que las crespas hebras de oro  
 Y celestial belleza y armonia,  
 Ornato digno del Hesperio suelo,  
 Olvidas, cuya luz ausente adoro,  
 Me vuelvo suspirando á la ansia mia,  
 De tí quejoso, y del rigor del cielo.

## CANCION VII.

*A D. Luis Ponce de Leon, Duque de Arcos.*

¡O clara luz y honor del ocidente!  
 Espíritu real, do puso el cielo  
 De su inmenso valor grandeza tanta,  
 En quien cubierta de oro el vario velo,  
 Con puro ardor de púrpura luciente  
 La gloria su riqueza esparce y planta;

Si el molesto dolor que me quebranta,  
Y me instiga á cantar la grave pena,  
Que aborrezco y procuro,  
Me dexase algun tanto ya seguro  
Del fuego en que mi pecho ardiendo suena,  
Y del cruel rigor del hielo duro,  
Que me condena á doloroso llanto,  
Y á perpetua cadena,  
Consagraria en honra vuestra el canto.

Mas yo siguiendo voy con paso incierto  
En horror de la noche, en ciego dia  
Por los riscos y cerros no tratados  
Lejos el fulgor bello y la Luz mia;  
Que me lleva á morir en temor cierto,  
Adonde solo entraron desdichados,  
Que esto es premio á mis penas y cuidados.  
Ya en la doblada imágen Espartana  
La coronada frente  
Muestra la quinta vuelta el sol caliente;  
Despues que abierto el corazon con hierro  
Me traxo Amor al yugo obediente;  
Siempre sonó de alli mi lira triste,  
En mi luengo destierro,  
Y el desden que en mi daño mi Luz viste.

La memoria, los hechos valerosos,  
Las colunas, del fiero armado Marte  
Los trofeos alzados; que en rocío  
Sangriento manan; la destreza y arte  
De los inclitos pechos generosos,  
Que baño Betis, Tajo y Duero frio,

A que aspiraba el rudo canto mio,  
Oscurecidos yacen en olvido.  
Solo es Amor mi canto,  
Los ojos bellos y oro puro canto:  
¡Tal me tiene el cruel preso y rendido,  
Y entregado á la fuerza de mi llanto!  
Recíbeme la noche, y dexa el dia,  
Celebrando perdido  
El sereno esplendor de la Luz mia.

Aquel que el glorioso y rico lauro  
Coronó con sus verdes hojas de oro,  
Que con suave y culta noble lira,  
Igual de Grecia y de Castalia al coro  
Suspende el Indo piélago y el Mauro;  
Y con el canto al mesmo Febo admira,  
Y osadamente levantarse aspira  
Con felice armonia á la memoria  
Y Romana alabanza,  
Del Italiano honor clara esperanza,  
Y de las almas grandes con vitoria;  
Aquel vuestro valor dichoso alcanza  
Solo á esculpir en el etéreo velo  
Con venturosa historia,  
Que no mi canto, ageno de consuelo.

El peso inmenso y movimiento ardiente  
Sufre y sustenta apena el grande Atlante,  
Que siente grave y la cerviz inclina:  
Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,  
Temo caer con él, y juntamente  
Mi deseo ilustrar con fama indina;



Y la muerte , que á Eridano destina  
El ímpetu Paléneo acelerado,  
En la corriente umbrosa,  
Que hubo del hecho el nombre , do en llorosa  
Honra el dudoso eletro fue engendrado.  
La suerte acerba suya y lastimosa  
Aparta mi esperanza y mi deseo,  
Y el miserable hado  
De quien perdió el caballo de Perseo.

Vuestro valor excelso , la grandeza  
Del ánimo , la gloria verdadera,  
El alto y vigilante pensamiento  
A Esmirna ya cansado y Mantua hubiera,  
Y del cisne Dirceo aquella alteza  
De no imitado vuelo y grave acento,  
Y de Olmeo al insigne ayuntamiento,  
Quanto mas una pobre estéril vena.  
Aunque el oro abundoso,  
Que Ermo tuerce en sus ondas, y el dichoso  
Tajo con su luciente y rica arena,  
Y del Idaspes Medo el curso ondoso  
Sonasen de mi canto en la corriente  
De vuestra gloria llena,  
Y la lluvia que Rodas vió presente.

Querer cerrar en poco el bien que el cielo  
Largo y felice ofrece al nombre vuestro,  
Será , como quien piensa y osa en vano  
Dinumerar del mar sagrado nuestro  
Las ondas, ó en el seco ardiente suelo  
Las arenas que mira el Africano,

O los astros del cerco soberano.  
Mejor es con silencio á vuestra fama  
Dar la gloria debida,  
Y venerar tanta virtud crecida,  
Que luce y resplandece en viva llama,  
Como estrella del Polo esclarecida:  
Que contra el tiempo y todo el rigor crudo,  
La lumbre en que se inflama,  
Es de inmortal firmeza eterno escudo.

## CLVIII.

Profundo y luengo, eterno y sacro rio,  
Que el ancho curso tuyo y grande frente  
Mezclas en el mar hondo de Occidente,  
Y en él junto el amargo llanto mio;  
De mi deseo vano, en quien porfio,  
De esperanza y remedio siempre ausente,  
En esta soledad por tu corriente  
Hago ocasion á nuevo desvarío.

Tú, si del canto mio un tiempo oiste  
El tierno son, aunque mayor que el Ebro,  
¡Y yo cuánto menor que el claro Orfeo!

Admite en estas ondas mi voz triste,  
Que serás en los males, que celebro,  
Solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

## CLIX.

No puedo sufrir mas el dolor fiero,  
Ni ya tolerar mas el duro asalto  
De vuestras bellas luces; antes salto  
De paciencia y valor en el postrero  
Trance, arrojando el yugo desespero;  
Y por do voy huyendo, el suelo esmalto  
Do rotos lazos, y alzo osado en alto  
El cuello, y verme libre alegre espero.

¿Mas qué vale mostrar estos despojos,  
Y la ufania de alcanzar la palma  
De un vano atrevimiento sin provecho?

El rayo, que salió de vuestros ojos,  
Puso su fuerza en abrasar mi alma,  
Dexando casi sin tocar el pecho.

## CLX.

Cubre en oscuro cerco y sombra fria  
Del cielo puro el esplendor sereno  
La noche triste; y lloro, de afan lleno,  
Perdido el bien que tuve y mi alegría.

Ningun alivio en la miseria mia  
Hallo; de ningun mal me siento ageno:  
Quanto en la confusion nublosa peno,  
Padezco en la purpúrea luz del dia.

En otro yerto Cáucaso el cuidado  
Profundo mio, y mi mortal deseo  
El pecho despedaza que renueva.

Do nunca en mi tormento no cansado  
Pudiera el hijo ínclito de Alceo  
Mostrar de su valor segunda prueba.

## CLXI.

Viví, quando Amor quiso, en mi cuidado  
Ufano y sin temor; mas mi destino  
No sufrió que este bien fuese contino,  
Que no dura en Amor un dulce estado.

Desierto de remedio y engañado,  
Qual misero y errante peregrino,  
Por los montes voy solo sin camino,  
De mí mesmo y de Amor desamparado.

En medio del dolor en la memoria  
Tal vez consiento sombras de alegría,  
Que engañan dulcemente la esperanza.  
Mas esto es la segur que de mi gloria  
Corta lo extremo, que en la suerte mia  
Del bien nace en mis daños la venganza.

## CLXII.

Quando miro el fino oro al manso viento  
En lucientes rieles esparcido,  
O en hermosas lazadas recogido,  
Mil causas justas hallo á mi tormento.

Quando la llama y luz de puro aliento  
Rutilar veo en torno, y que el vencido  
Pecho tiene en su fuego convertido,  
Mil causas justas hallo al mal que siento.

Quando escucho la angélica armonia,  
Y admiro el valor vuestro y gentileza,  
Mil causas hallo justas á serviros.

Mas quando en la humildad contemplo mia,  
Y en vuestro dulce afeto y su nobleza,  
No hallo causa justa á mas suspiros.

## ELEGIA XVI.

**P**ues la luz , que escogí por cierta guía,  
Sombra oscura del cielo me defiende,  
Llora conmigo , Amor , la pena mia.

Ya sobre mi nubloso horror descendiende,  
Y me aflige la suerte y rinde á llanto,  
Que el fuego , que me abrasa , airado enciende.

En lágrimas deshago el triste canto,  
Y en ellas ya debria estar deshecho  
El duro corazon que sufre tanto.

¿Qué áspera condicion de fiero pecho  
En tan siniestro caso me levanta,  
Y me tuerce á sufrir tan ímpio hecho?

¿Cómo explicar podré congoja tanta,  
Si faltan las palabras? ¿si el efeto  
Triste el sentido mísero quebranta?

¿Qué podré ya temer? ¿qué tierno afeto  
Habrá que ablande en parte mi dureza,  
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?

¿Quién me impide mirar la gran belleza,  
El celestial semblante y armonia,  
Que desterraban toda mi tristeza?

Ya para mí se ha oscurecido el dia;  
Y pues en las tinieblas me lamento,  
Llora conmigo , Amor , la pena mia.

El puro fuego , aquel divino aliento,  
Que en el blando y rendido pecho mio  
Mi sol bello envió de su alto asiento;



Se altera con rigor en hielo frio,  
Y acaba de la vida ya suspensa  
La parte que estrenó mi desvario.

Y la virtud de la alma y fuerza inmensa,  
Que me llevaba sin graveza al cielo,  
Entorpecida está de nieve intensa.

Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo  
A algun favor, que estoy desconfiado,  
Sin bien, oscuro y derribado al suelo.

Queda solo este bien á mi cuidado,  
Renovar con dolor esta memoria;  
Amor, lloremos mi dichoso estado.

¿A do el favor antiguo? ¿á do la gloria  
De mi pasado tiempo y venturoso?

¿A do tantos despojos y vitoria?

Collados altos, bosque deleytoso,  
Fuente abundosa y agradable puesto,  
Testigos de mi bien y mi reposo;

¿A do las luces y el semblante honesto,  
El oro en rico cerco recogido,  
Con bello error en torno descompuesto?

¿A do el coral lustroso y encendido,  
Y el color dulce de suave rosa,  
Tiernamente tal vez descolorido?

¿A do la blanca mano y generosa,  
Que el yugo puso blandamente al cuello,  
Y fue prenda á mi alma dolorosa?

¿A do el ardor luciente del cabello?  
¿A do mas que marfil, y no tocada  
Nieve del pecho tierno el candor bello?

¿A do la perfeccion, nunca imitada,  
De aquella imagen viva y hermosura,  
Con envidia de todas admirada?

¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura  
Puede apartarme el bien de mi deseo?

¿De mi grave temor quién me asegura?

En un mismo lugar estó, y no veo  
La Luz, que al alma da virtud crecida,  
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.

¡Grande dolor! pero en cuitada vida  
Bien lo debe abrazar quien la consiente,  
Y sufre sustentar esta caída.

Si donde el sol se asconde de la gente,  
O á do en rosado carro va la Aurora  
Con purpúreo celage y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,  
Me llevase esta Luz serena y bella,  
Que humilde reconozco por señora;

Aunque mil muertes me ofreciese en ella,  
Por la tiniebla y claridad del día  
Buscando iria mi fatal Estrella.

Y ahora una enemiga compañía  
El paso al bien abierto me deshace;  
Llora, conmigo, Amor, la pena mia.

En esta soledad me satisface  
Quanto es triste, y á muchos insufrible,  
Y todo extraño desconcierto aplace.

¿Quién espera en Amor? si aborrecible  
Su bien y su mal es en su mudanza,  
Y quanto mas halaga mas terrible.

Si pudiese perderse la esperanza,  
¡O cuán breve seria el ciego engaño,  
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriría el desengaño,  
Presente al cielo que mis cuitas mira,  
La vanidad y causa de su daño.

Misero quien estima, y quien admira  
Simple tan fragil fuerza, y olvidado  
De sí, su perdicion busca y suspira.

Pues yo ausente, aun no estoy desesperado,  
Para que no desmaye el dolor crudo;  
Amor, lloremos mi dichoso estado.

Mis quejas oyga el ímpetu sañudo  
De Vulturno, y las lleve resonando,  
Do Iperion asconde el rayo agudo;

Y traspase de allí al caliente bando,  
Y á la llena region de fria nieve,  
Mi cuidado y dolor multiplicando.

Mi daño alcance, quien sulcando debe  
Abrir el hondo lago de Neptuno,  
Y quien ¡ó Marte! á tu furor se atreve.

Si se halláre desdichado alguno,  
Que tuvo bien, y lo perdió, este puede  
Consuelo en mí tener mas oportuno.

Escrita mi infelice historia quede  
En bronce; y llore de mi gloria muerta  
Quejoso el mal, que á tanto bien sucede.

Si algun amante en esta parte incierta  
Llegáre, lleno de mortal fátiga,  
Y con dolor herido y cuita cierta;

Señale en esta arena, y mustio diga:  
Aqui no entra quien no es desdichado,  
Y aqui la suerte á todo afan obliga.

En tanto que se acerca el ímpio hado,  
Y nos escucha esta ribera fria,  
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.

Llore Betis los versos, que me oia;  
Y tú, que no te ofendes de mis males,  
Liora conmigo, Amor, la pena mia.

Las aves con sus cantos desiguales  
Acompañan la voz de mi lamento,  
Y de esta fuente rotos los cristales.

No es mi queja mayor que mi tormento,  
Que el corazon, que tengo, es bien bastante  
Para qualquier profundo sentimiento.

Mas este que padezco va delante  
A todos quantos tiene el Amor fiero,  
Ni puede alguno ser su semejante.

Descenfo, aborrezco, amo, espero,  
Y llega á tal extremo el desconcierto,  
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.

Testigo es de mis males el desierto,  
Que me ve en su desnuda y roxa arena  
Vencido del dolor y casi muerto.

Cándida luna, que con luz serena  
Oyes atentamente el llanto mio;  
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Mírame en este solo y hondo rio  
Lamentando mi mal con su ruido,  
Y me cubre del cielo el manto frio.

Repara el carro instable á mi gemido;  
Y pues Amor tocó tu exênto pecho,  
Duélete de quien ama tan perdido.

Asi el dormido joven, satisfecho  
Del hermoso fulgor de tu luz pura,  
Amancille jamas tu alegre lecho.

Pues de nieblas la faz rompiste oscura,  
Para mirar el tiempo ufano y ledo;  
Quando pude esperar de mi ventura,

En este mal, en que me vence el miedo,  
Ofrece algun remedio á tanto daño;  
Pues valerme en mis ansias nunca puedo.

Que en este mi infortunio y mal extraño  
Por ventura la suerte ofreceria  
Algun flaco reparo á tal engaño.

Mas pues Diana sigue su alta via,  
Y acogida á mis lágrimas me niega;  
Llora conmigo, Amor, la pena mia.

Ya que mudanza á tanto mal no llega,  
Y roto del mar negro en la onda fiera,  
Cruel fortuna á lástimas me entrega;

De este sonante rio en la ribera  
Esperaré, si soy de tal bien dino,  
Que mi esquiva pasion conmigo muera.

Y seré en esta tierra triste indino  
Exemplo del dolor, que Amor presenta  
Al mas dichoso amante y mas mezquino.

Cubrirá mi sepulcro esta sedienta  
Arena, que el sol hiere en luengo dia,  
Y un verso que declare asi mi afrenta:



Dió ausencia y soledad, siendo su guía,  
A un mísero amador injusta muerte;  
Amor, que siempre fue en su compañía,  
Yace con él en una misma suerte.

## CLXIII.

¿Qué espíritu encendido Amor envia  
En este frio corazon esquivo?  
Que á la alba en calor grande el pecho avivo,  
Y ardo al aparecer del nuevo dia.

Yo me inflamo, si á Febo se desvia  
La sombra; y quando de aquel puesto altivo  
Declina el sol, me quemo en fuego vivo,  
Y abraso, quando tuerce al mar la via.

Centella soy, si él lubrican parece;  
Llama, quando se ven las luces bellas,  
Y el blanco rostro á Delia se colora.

Fuego soy, quando el orbe se adormece;  
Incendio al asconder de las estrellas;  
Y ceniza al volver de nueva Aurora.

## CLXIV.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio  
En sus turbadas ondas mezcla el llanto:  
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,  
Que el cierto fin termine el dolor mio.

Sigo ausente sin bien tu desvario,  
Y en tu vana esperanza me levanto;  
Y ahora desamparas todo, quanto  
De tu incierta promesa mas confio.

Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento  
Acabe, ó que en mi vida se deshaga  
El desigual deseo y la osadia.

Que en tanto afan ya falta el sufrimiento,  
Y el golpe de esta siempre acerba llaga,  
Lo íntimo penetró de la alma mia.

## CLXV.

Clara, suave Luz, alegre y bella,  
Que el safiro y color del puro cielo  
Templais de la esmeralda con el velo,  
Que resplandece en una y otra estrella;

Fulgor divino, lúcida centella,  
Por quien libre mi alma, en alto vuelo  
Las alas roxas bate y huye el suelo,  
Ardiendo vuestro dulce fuego en ella;

Si yo no solo abraso el pecho mio,  
Mas tierra y giro aereo, y en mi llama  
Doy principio inmortal de incendio eterno;

¿Por qué el rigor no puedo y vuestro frio  
Antiguo regalar? ¿por qué no inflama  
Mi estío ardiente á vuestro helado invierno?

## CLXVI.

Quando de mi Luz bella el desden siento,  
Y fenecer mi gloria en tibio olvido;  
Huyo señero y triste, aborrecido  
El áspero dolor de mi tormento.

Mis vanas esperanzas represento,  
El poco bien, el mucho mal sufrido;  
Y ausente, despagado y ofendido  
Mi libertad llorada osado intento.

Pero si vos despues rendido el cuello,  
Y viéredes colgados mis despojos,  
Dudad las duras armas de Amor ciego.

Que en las lucientes hebras del cabello,  
Y alegre fucilar de dulces ojos  
Preso, me pierdo todo y ardo en fuego.

## CLXVII.

Vuelvo al ufano corazon el dia,  
En que mi Luz mostró su luz hermosa,  
Y relució suave y amorosa,  
Bella en mis ojos igualmente y pia.

Y acuérdome, que el sol que descendia  
Paró al ardiente Flegon la espumosa  
Rienda, y con su tardanza espaciosa  
Sintió el ínfimo polo ausencia fria.

Entónces inflamado en dulce fuego,  
Mi gloria alabo y bien, y alegre digo:  
¿Quál buena suerte alcanza á mi ventura?

No el cetro del Romano envidia y Griego;  
Porque imperio mayor tiene consigo,  
Quien ama soberana hermosura.

## CLXVIII.

El color bello en el humor de Tiro  
Ardió, y la nieve vuestra en llama pura;  
Quando, Estrella, vibrastes con dulzura  
Los rayos por quien mísero suspiro.

Vivo esplendor de lúcido safiro,  
Serenó cielo, eterna hermosura;  
Pues merecí alcanzar esta ventura,  
Acoged blandamente mi suspiro.

Con él mi alma en el celeste fuego  
Vuestro abrasada viene, y se transforma  
En la belleza vuestra soberana.

Y en tanto gozo, en su mayor sosiego  
Su bien en quantas halla, alegre informa,  
Que en el solo menor la gloria gana.

## ELEGIA XVI.

*A la muerte de Don Pedro de Zúñiga.*

Luego que el pecho me hirió el esquivo  
Y triste son del caso sucedido,  
Enfrió el corazón un hielo vivo.

Quise empero turbar á mi sentido,  
Y vencer á la fama con engaño,  
Que tanto mal no debe ser creído.

Mas el quejoso sentimiento extraño  
En el común dolor que se veía,  
Me descubrió quanto era grande el daño.

¡Quán de otra suerte (¡ay mísero!) fingia  
El suceso y memoria de las cosas,  
Que en la pompa real se me ofrecia!

¡Mas ó mis esperanzas gloriosas  
Quán mal surten! ¡quán mal divides, muerte,  
La union de tantas gracias venturosas!

¿Qué corazon se ve tan duro y fuerte,  
Que no acabe en sus lágrimas deshecho,  
Que no estalle estrechado de tal suerte?

¿Murió ¡ay dolor! y no rompió mi pecho?  
¿Qué mal, qué pena espera mi dureza  
Despues de este cruel y acerbo hecho?

¿Qué señales daré de mi tristeza?  
Suspiros tristes y lloroso acento,  
Que condenen del hado la aspereza;

Y en exêquias de eterno sentimiento  
Estos versos, que sean los despojos  
Del bien que ya perdí, del mal que siento.

¿Lágrimas quién dará para mis ojos?  
¿Suspiros quién al corazon doliente?  
¿Quién palabras que espinen como abrojos?

Ya veo, ya conozco aquí presente  
Aquel semblante en viva luz cubierto,  
Con pura claridad resplandeciente;

Y me culpa su espíritu desierto  
Si lloro, que en region de la alegría  
Está, desamparando el cuerpo muerto.

Grande causa de llanto es esta mia,  
Pues contemplo cuán alta confianza,  
España, te robó un oscuro dia.



Pero si vuelvo intento esta mudanza,  
Y veo á quien suspiro, venerable,  
Donde el poder terreno tarde alcanza;

Envidia es, no congoja lamentable,  
Al que huye en la senda peligrosa  
Los trabajos del suelo miserable.

¿Quién llora, porque goce en paz dichosa,  
Lejos de estos Euripos de la vida,  
La alma de quien amo mas gloriosa?

Alli la ambicion vana y sin medida,  
Odio y codicia, y miedo y error ciego  
Su quietud no alteran escogida:

Mas la simpleza amable y el sosiego,  
Que en celestes espíritus presenta  
De la inmortal belleza ardiente fuego.

¿Nuestra mísera vida á quién contenta?  
¿Quién desea luchar en las cadenas,  
Donde la alma se cansa y atormenta?

Nuestras glorias de afan y dolor llenas,  
Sin bien, sin esperanza, sin consuelo  
Descubren con mas cuitas nuevas penas.

Nunca alzamos los ojos en el cielo,  
Opresos con la carga y peso humano,  
Que á la alma impide levantar el vuelo.

Revueltos en deseo y temor vano  
Temblamos, enemigos de la gloria  
De aquel felice asiento soberano.

¿A quién no ofende la cruel memoria,  
Do mas ensancha Betis la alta frente,  
Y da al mar de sus ondas la vitoria?

Hambre, peste, furor de Marte ardiente,  
Rigor del cielo nunca mitigado,  
Y ansioso temor del mal ausente.

Entonces (¡ó dolor!) el impio hado  
Arrebató aquel joven animoso,  
Con la cumbre de un monte quebrantado.

Quedó tendido el cuerpo generoso  
Sin vida en la desnuda tierra helada,  
Con el horror del golpe impetuoso.

No cala con tal furia acelerada  
El rayo penetrante, despedido  
De la nube con ímpetu rasgada.

Turbó sus ondas Betis con gemido,  
Y sus Ninfas lloraron á su amante,  
Y del Leon sonó el feroz rugido.

Jamas dolor á este semejante  
Sintieron las riberas caudalosas,  
Que toca el hondo piélago de Atlante.

Crecieron las memoranzas congojosas  
Con su muerte; y Esperia fue testigo  
Del llanto y de las quejas lastimosas.

A tí ¡ó gran Pedro! á tí su estrecho amigo  
Lleva ahora tambien de nuestro rio  
Lejos la suerte desigual consigo.

Quema el fogoso ardor del seco estio  
La bella flor, y de la tierna planta  
Las hojas el nevoso invierno frio;

Mas céfiro suave las levanta  
Hermosas con alegre y blando vuelo,  
Y Filomela en ellas dulce canta.

Nosotros, quando rompe el mortal velo,  
Y fallece el vital y amado aliento,  
Jamás el pie imprimimos en el suelo.

Breve, dudosa vida con tormento,  
Cierto temor, deseos no acabados  
Son de nuestra miseria el fundamento.

Aspera y justa ley, que los cuidados  
Y amor desvanecido y ciego enfrena  
De humanos corazones engañados.

Yo mesmo aquel dolor que me condena  
Busco, y mi perdicion, y hago queja  
Del cielo que mis ímpetus refrena.

¡Quán pocas veces la pasión nos dexa!  
¡Quán presto la alegría queda muerta,  
Y, no siendo aun hallado, el bien se aleja!

Como desierta, oscura, vía incierta,  
Que se revuelve en sí, sin dar camino  
A quien de ella saliendo apenas acierta;

Así es la vida nuestra, que continuo  
Seguimos ofuscados, sin que atienda  
A remediarse el ánimo mezquino;

Hasta que allana el fin de la contienda  
El yerto paso, y con tormento interno  
Muestra el mortal rigor abierta senda.

Entonces de la tierra el amor tierno,  
Y la gloria caduca á la alma ingrata  
Son congoja y temor de fuego eterno.

Las esperanzas todas desbarata  
La muerte, y al que en vicio sepultado  
Yace, en pena inmortal aflige y trata.

Dichoso tú, que al cielo arrebatado,  
Alegre relucir ves las estrellas,  
Y yuso de tus pies el mar hinchado;

Y del viento los soplos, las centellas,  
Que ilustran esparcido el ayre errante,  
Y nuestras voces oyes y querellas:

Y al Rey del alto Olimpo triunfante,  
Que la tierra gobierna y pone freno  
Al mar, que no se extienda resonante;

Desgloria y piedad celeste lleno,  
Ruegas por nuestras culpas por ventura,  
De amor santo alargando el ancho seno.

Aunque la voz del llanto y veste oscura  
No sufra de tu suerte la alegría,  
Que goza de la excelsa hermosura;

Permite que tu muerte y pena mia  
Publique en quanto la grandeza Hispana  
Dilata la pujante Monarquía.

Afeto son de la rudeza humana  
Estos suspiros que osan, y lamento  
Mostrar su afan y tu honra soberana.

Porque perpetuo siempre el sentimiento  
Con memoria será del bien perdido;  
Pues eras nuestra gloria y ornamento.

Yo al amor que te debo, agradecido,  
(Si algo pueden mis versos) te prometo  
Que no asconda tu nombre ingrato olvido.

Antes por do el Tarteso va quieto  
Al vaso inmensurable de Nereo,  
Y acoge en su profundo al sol secreto;

Do los abetes mira Febo Ideo,  
Que lleva del mar nuevo á la corriente  
El Español, muriendo en su deseo;  
Y do el límite roxo de oriente  
Viste de pura luz la bella Aurora,  
Do rígida impresion Islanda siente;  
Do el Indo bebe el Nilo y se colora:  
Será con mas estima venerado,  
No solo por tu ausencia de quien llora,  
Mas de quien tu valor aventajado,  
Y oyere la excelencia de tu gloria;  
Porque siempre de todos celebrado  
Hará igual con el tiempo tu memoria.



## CLXIX.

Hórrido invierno que la luz serena,  
Y agradable color del puro cielo  
Cubres de oscura sombra y turbio velo  
Con la mojada faz de nieblas llena;

Vuelve á la fria gruta y la cadena  
Del nevoso Aquilon, y entre aquel hielo,  
Que oprime con rigor el duro suelo,  
Las furias de tu ímpetu refrena.

Que en tanto que en tu ira embravecido  
Asaltas el divino Hispalo rio,  
Que corre al sacro seno de ocidente;

Yo triste, en nube eterna del olvido,  
(Culpa tuya) apartado del sol mio,  
No me enciendo en los rayos de su frente.

## CLXX.

Qual dexando el Olimpo soberano,  
Por la columna ebúrnea y roxa frente  
Las ondas y sortijas de luciente  
Oro mi Luz movió en semblante humano.

En ellas centellando Amor tirano,  
Me anudó el corazon con red ardiente,  
Y blando puso el yugo á mi doliente  
Cuello entonces la tierna y blanca mano.

Promesa fue este dulce acogimiento  
Para el bien de esperanza glorioso,  
Y fin del peso que sufrí cansado.

¿Qué no podré esperar de mi tormento,  
Si en hebras, que el sol mira envidioso,  
Me hallo estrechamente relajado?

## CLXXI.

Oye tú solo, eterno y sacro rio,  
El grave y mustio son de mi lamento,  
Y confuso en tu grande crecimiento,  
Mezcla en el ponto inmenso el llanto mio.

Los suspiros ardientes que á tí envío,  
Antes que los derrame airado viento,  
Acoge en tu sonante movimiento,  
Porque se asconda en tí mi desvario.

No sean mas testigos de mi pena  
Los árboles, las peñas que solian  
Responder, y quejarse á mi gemido.

Y en estas ondas altas, y esta llena  
Corriente, que mis lágrimas porflan  
Vencer, vivan mi mal y amor crecido.

## CLXXII.

Del fresco seno lúcido la Aurora  
De tierno hielo perlas esparcia,  
Y con purpúrea frente alegre abría  
El esplendor suave que atesora;

El sereno confin de Euro y de Flora  
Con la rosada llama, que encendia  
Delio aun no roxo bien, al nuevo dia  
Esclarece y esmalta, orla y colora.

Quando sale mi Luz, y en oriente  
Desmaya el puro ardor, ¡ó vos del cielo  
Vagas lumbres! si tanto se consiente;

Digo con vuestra paz que en mortal velo,  
Mas que vos bella apareció y fulgente  
Mi Luz, que honora el rico Esperio suelo.

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero,  
Que desdeñó el valor nunca vencido  
De su inmortal espíritu encendido,  
Quedar mortal, sujeto al comun fuero.

Tal yo, que en la serena lumbre muero  
De mi Estrella inflamado; aunque el perdido  
Dolor me trae mísero rendido,  
Eterno en su vigor vivir espero.

Mas quanto desigual es nuestra suerte,  
Que el veneno acabó su fuerte pecho,  
Y del error nació su grande gloria.

Pero mi Luz no se preció en mi muerte,  
Y yo, en sus rayos vivo incendio hecho,  
Perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

## CLXXIV.

Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo,  
Con que desamparado de la vida,  
Dió Icaro en su gloria esclarecida  
Nombre insigne al salado y hondo suelo.

Y quien despeñó el rayo dende el cielo  
En la onda del Eridano encendida,  
Que llorosa lamenta y afligida  
Lampécie en el hojoso y duro velo.

Pues de uno y otro eterna es la osadia,  
Y el generoso intento que á la muerte  
Negaron el valor de sus despojos:

Yo mas dichoso en la alta empresa mia,  
Que en el Olimpo me encumbró mi suerte,  
Y ardí vivo en la luz de vuestros ojos.

## CANCION VII.

**E**ste lugar desierto,  
Y este silencio oscuro y escondido,  
Do el sol no halla abierto  
El paso al carro ardiente,  
Testigos de mi dulce bien perdido  
Son, y del daño cierto,  
Memoria amarga de mi gloria ausente;  
Do cansa el pensamiento  
El molesto dolor de mi tormento.

Aquí junto á las flores,  
Al pie de este alto lauro coronado,  
Volaban los amores  
Por la purpúrea frente;  
Que el cerco, en hebras de oro relajado,  
Con los varios colores  
De las dichas piedras de oriente  
A la aura descubria,  
Y al Amor mesmo de su amor heria.

Volaban rociando  
Con la ambrosia el rosado apuesto cuello;  
Y suspenso mirando  
Su luz, yó ardía en fuego,  
Preso en sortijas bellas del cabello;  
Y vi mi muerte quando  
Vi en sus ojos opuesto el niño ciego;  
Y en su nevado pecho  
Quedó espíritu dulce el Amor hecho.

Perlas que en roxo seno,  
Y del Niseo Idaspes relucian  
En el curso sereno,  
Muchas coronas juntas  
Formaban en las trenzas que ceñían  
El oro de ambar lleno,  
Y esparciendo distantes ricas puntas  
Por la frente, ardió luego  
Mi alma presurosa en vivo fuego.

Qual fue mi acerba pena,  
Viendo en su pura luz nacer mi muerte,  
Conoce quien ordena  
Que muera en tibio olvido  
Con equivo cuidado de mi suerte.  
¡Quán presto desordena  
Amor lo que desea un afligido!  
Que luego en la mudanza  
Corta el vuelo sin tiempo á la esperanza.

Pequeña fue mi gloria,  
Pero grande el afan y grande el daño,  
Que dexó en la memoria  
De belleza deseo,  
Y dexo á la alma triste cierto engaño;  
Que en su misera historia  
Vuelve y revuelve el simple devaneo;  
Y lleva por despojos  
Fuego en el corazon, llanto en los ojos.



Vago y sereno rio,  
Tú que alegre aspirabas á mi canto;  
Alto monte, y tú frio  
Bosque, solo y oscuro,  
¿Quántas veces oido habeis mi llanto?  
¿Quántas el pesar mio  
Vuestro silencio perturbó seguro,  
Sin ver de aquella ingrata  
Menos desden ó voluntad mas grata?  
Su nombre en la corteza  
Vuestra extendiendo, en llanto deshacia  
Mis ojos con terneza;  
Y en el lugar donde ella  
Se reclinó, cuitoso me tendia;  
Y atento en su belleza,  
Hasta que daba luz la Idalia estrella,  
Allí estaba llorando,  
Y en mis quejas al cielo importunando.  
Pasó mi bien ligero,  
Qual niebla que la esparce y rompe el viento:  
Quedóme dolor fiero,  
Que nunca de mí parte,  
Y en su memoria desmayarme siento.  
Y siempre desespero  
Que el tiempo en mí deshaga alguna parte;  
Y puesto en tal extremo  
Ni el bien deseo ya, ni el daño temo.

## ELEGIA XVIII.

**S**i el grave mal que el corazon me parte,  
Y tiene siempre en áspero tormento,  
Sin darme de sosiego alguna parte;

Pusiese fin al misero lamento,  
Que en mis ojos conoce lastimoso  
Solo en eterna pena propio asiento;

Podria yo vuestro dolor quejoso  
Consolar, como bien exercitado,  
Señor, en mi pasion y afan cuitoso.

Pero nunca permite Amor airado,  
O que levante la cerviz cansada,  
O en algo desocupe mi cuidado.

Por la prolixa senda y no acabada  
De mi dolor prosigo, y mi porfia  
En el mayor peligro es mas osada.

En silencio de oscura noche fria  
Me aflige el miedo triste del olvido,  
Ausente de la luz de la alma mia.

Y en la sombra del ayre desparcido  
Se me presenta la vision dichosa,  
Cierta descanso al ánimo afligido.

Mas veo mi serena Luz hermosa  
Cubrirse, porque en ella haber espero  
Sepulcro, qual perdida mariposa.

Entonces me derriba el dolor fiero,  
Y mi llorosa faz fixando en ella,  
Como cisne que hiere el son postrero;

Digo: Luz de mi alma, pura Estrella,  
Si vos turba el osado intento mio,  
Y por eso zelais la imágen bella;  
Ponedme, no en rigor de duro frio,  
Mas donde á la abrasada Africa enciende  
El hórrido calor del seco estio.

Y allí vereis que al corazon no ofende  
Su fuerza toda, que el sutil veneno,  
Que de vos lo penetra, lo defiende.

No me ascondais el resplandor sereno,  
Que siempre he de seguir vuestra belleza,  
Qual Clicie al sol de ardientes rayos lleno.

Amo, mas con temor, vuestra grandeza,  
Para afinar ufano en vuestro fuego,  
Lo que esta en mí defiende vil corteza.

Que es mucha gloria mia yo no niego;  
Pero por este paso en alto vuelo,  
Do sin vos no es posible, osando llego.

Y separada del umbroso velo,  
Como desea estar, mi alma pura  
Se halla, y mira leda el claro cielo.

Espero á vuestra sola hermosura  
Por bien tan excelente con memoria  
Del tiempo y su furor hacer segura.

No grabaré en colunas vuestra historia,  
Ni en las tablas con lumbres engañadas,  
Ni vos daré con sombras falsas gloria;

Mas en eternas cartas y sagradas,  
Con la virtud que Febo Apolo inspira  
De las Cirreas cumbres ensalzadas.

Y si á do opreso Atlante no respira  
Con la pesada carga, y á do suena  
Turbado el alto Ganges lleno de ira;

Y si á do el hondo Argiro la ancha vena  
Derrama, y el Duina grande y frio  
Las tardas ondas con el hielo enfrena;

No pudiere alcanzar el canto mio,  
Honrará vuestra gloria y mis enojos  
Quanto Ebro y Tajo cerca y nuestro rio.

Seré dichoso yo el que los despojos  
Con pecho humilde y con rendida frente  
Osé entregar, mi Luz, á vuestros ojos.

Así le digo; y viendo el oriente,  
Do el cielo y tierra tocan, esmaltado,  
Y que mi Luz se asconde en ocidente;

Al triste ministerio del cuidado  
Vuelvo, ofendido de mi pena intensa,  
De vida sí, no de pasion cansado.

En tal suerte con la alma al mal suspensa  
Me halla el canto vuestro que florece,  
Y vuestro nombre ilustra en gloria inmensa.

Y al rudo ingenio oscuro mio ofrece  
Con eterno valor perpetua fama,  
Del ardor premio justo que en vos crece.

Si do el deseo noble que me inflama  
Fuese mi voz, sería en honra vuestra  
Una siempre inmortal y viva llama.

Mas fortuna no sufre al fin siniestra  
Que intente este gran bien; y así me dexa  
Hacer solo esta corta y simple muestra.

El Tracio Amante, á cuya dulce queja  
El severo Pluton enternecido

Rinde aquella que en sombra se le aleja;

Quando en el frio Ródope, y tendido  
Yugo del alto y áspero Pangeo

Llorando se acuitó y gimió perdido;

Y traxo al son del número Febeo  
Las peñas, fieras y árboles mezclados,

Y el coro, que bañó el florido Olmeo,

Con inmortales versos y sagrados  
En la ascondida niebla referia

Los principios del mundo comenzados;

El sol ardiente, Cintia blanca y fria;  
Los celestiales giros y pureza

De la alta inmensa luz y la armonia.

Arrebatado en la mayor grandeza  
Del tenebroso cerco reluciente,  
Cantó el candor profundo y su riqueza.

Mas porque al mortal ánimo doliente,  
De sentir su belleza excelsa indino,  
Turbaba aquel fulgor y ardor presente;

Con otro canto menos puro y dino,  
Pero sublime, y que rudeza humana  
Huye, y sigue difícil el camino;

Volvió á herir la lira soberana,  
Honrando á quien la bella Melpomene  
Con blandos ojos mira, y la profana

Multitud despreciada lo sostiene,  
Do alegre nunca verse el héroe puede,  
Que el favor largo suyo jamas tiene.



A este solo el felice bien concede,  
Que libre, quando llegue la ímpia muerte  
De su furor y olvido y sombra quede.

Aquel tambien, que mereció tal suerte,  
Que el sacro verso ensalce su alabanza,  
No temerá el agudo hierro fuerte.

Tal, de las Musas gloria y esperanza,  
Dió á la inmortalidad el paso abierto,  
Quien celebró de Grecia la venganza.

Y el otro no menor (y no es incierto,  
Lo que tú, fama, afirmas), que el Troyano  
Piadoso cantó, y al Daunio muerto.

Tal el suave espíritu Romano  
Huyó con Delia el lago Estigio lento,  
Y el blando, el terso y el gentil Toscano.

Por esta senda sube con aliento  
El culto Laso, prez y honor de España,  
Mezclado en el Pierio ayuntamiento.

Do, si al deseo mio Amor no engaña,  
Pienso en la cumbre veros venturoso,  
Que riega, y la Castalia Linfa baña;

Si en medio el curso no perdeis dudoso  
La via llana á vos, y no ofendido  
Llevais por ella el paso trabajoso.

El rico Tajo vuestro, conocido  
Será por vos, do extiende el curso el Indo,  
Y el collado de Cintia, esclarecido  
Con tal honra será otro nuevo Pindo.

## CLXXV.

Ya pues que no resiste mi esperanza  
De esta ausencia mortal el golpe fiero,  
Y cuido, que será dolor postrero  
Este que renació en vuestra mudanza;  
Acabad con mis ansias la venganza,  
Que si de esta ocasion injusta muero,  
Libre, que en vida triste nunca espero,  
Sentiré en tanto afan tal vez bonanza.

Y si vos no sufris que mi tormento  
Ponga término al daño con la muerte,  
Porque jamas descanse de mi pena;  
Diré contra mi mal, que mas contento  
Estoy con la dureza de mi suerte;  
Pues esto quiere en mí quien me condena.

## CLXXVI.

Voy siguiendo la fuerza de mi hado  
Por este campo estéril y escondido:  
Todo calla, y no cesa mi gemido;  
Y lloro ausente el bien que vi engañado.  
Crece el camino y crece mi cuidado,  
Que nunca mi dolor pone en olvido:  
El curso al fin acaba, aunque extendido;  
Pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué aprovecha en un duro afan presente  
Rehuir si se esculpe en la memoria,  
Y frescas muestra siempre las señales?

Vuela Amor en mi alcance, y no consiente  
En mi afrenta que olvide aquella historia,  
Que descubrió la senda de mis males.

A do inclino los ojos, allí veo  
De mi ingrata enemiga la belleza,  
Y en dulce sentimiento de terneza  
Cuitoso con mi pena devaneo.

Quánto debo en mi mal á mi deseo,  
Que entibia mi dolor con tal destreza,  
Que quando mas envuelto en mi tristeza,  
Descubro lo que busco y mas deseo.

Si este engañoso velo de mi daño  
No sustentára el pecho acostumbrado  
Al perpetuo furor de mi tormento;

Ya fuera muerto, mas dañoso engaño,  
Que me enlazas de nuevo en mi cuidado,  
¿Por qué me huyes mas veloz que el viento?

## CLXXVIII.

¿Nací yo por ventura destinado  
Al amoroso engaño, y ofrecido  
En mi ofensa á desden, á ingrato olvido,  
Sujeto siempre á miserable estado?

Rompa la aguda espada el implicado  
Nudo, pues de mi industria nunca ha sido  
Suelto por mi dolor, que en mal perdido  
El mas cruel dolor es acertado.

Cuelguen de este alto roble los despojos  
De mi penoso error, y la que incierto  
Me sostuvo esperanza un tiempo, muera:

Que ya no doy lugar á bellos ojos,  
Ni á dulce risa y habla lisonjera,  
Y en él se escriba: Amor quedó aquí muerto.

## CLXXIX.

Mi bien , que tardo fue á llegar en vuelo  
Paso , qual rota niebla por el viento :  
Y creció siempre horrible mi tormento,  
Despues que me cercó el temor y hieló.

Alzaba mi esperanza al alto cielo ;  
Pero en el comenzado movimiento  
Cayó muerta , y llorando sin aliento,  
Me lastimo desierto en este suelo.

Donde pagado solo de mi llanto,  
Huyo aun livianas muestras de alegría,  
Ausente , aborrecido y olvidado.

Triste memoria indina esfuerza el canto,  
Y quejoso en la instante pena mia,  
Descanso , quando gimo mas cuitado.

## CLXXX.

No esperó mas de Faeton luciente,  
Ni de la blanca Cintia noche ó dia :  
Discurra Iperion por otra via,  
Y Proserpina ocupe el oriente :

Porque los dulces rayos de la frente,  
Que el cielo de la Estrella ilustran mia,  
Son , mi Apolo y mi Delia , cierta guia  
En la oscura tiniebla y luz presente.

En tanta gloria ofende mi flaqueza,  
Que tolerar no puedo en ella atento,  
Qual águila , el ardor de su belleza.

Dichoso yo , si como el gran deseo  
De cegar en la causa del tormento,  
Argos fuera tal vez , despues Fineo.

NOTES  
ON

THE  
HISTORY  
OF  
THE  
CITY  
OF  
NEW  
YORK  
FROM  
1624  
TO  
1898  
BY  
JOHN  
B. HOGAN  
NEW  
YORK  
1898



## ÍNDICE.

## SONETOS.

v.	<b>A</b> mor, que me vió libre y no ofendido.	Pág. 3
xx.	Ardia en varios cercos reco- gido.	15
xxvi.	A do tienes la luz, Espero mio.	20
xxix.	Acabe ya el lamento grande mio.	20
xl.	Ardientes hebras, do se ilustra el oro.	31
xliv.	Alzo el cansado paso, y á la cumbre.	33
lxi.	Aquí, donde florece la belleza.	54
lxvi.	Alfonso, vuestro noble y gra- ve canto.	57
lxxii.	Amor, para qué vale el su- frimiento.	71
lxxv.	Ahora que cubrió de blanco hielo.	82
lxxxI.	Alcé la vista acaso descuidado.	88
lxxxvi.	Aura suave y mansa de Oci- dente.	93
xc.	Aquí, do lloro en tí, fiel de- sierto.	100
xcI.	Alma, que ya en la luz del pu- ro cielo.	100
cII.	Ardí, Fernando, en fuego cla-	

	ro y lento.	114
CXIV.	Aquel sagrado ardor, que resplandece.	115
CXVIII.	Adonde me dexais al fin perdido.	124
CX.	Al mar desierto en el profundo estrecho.	125
CXII.	Alegre, fértil, vario, fresco prado.	126
CXXIII.	Al puro ardor, que vibran mis estrellas.	135
CXXXII.	Amor, si el fuego, en quien inunda el pecho.	145
CXLII.	Alzo ligeras alas al deseo.	158
CXLIII.	Amor con todo el fuego, que el humoso.	158
CL.	Al sereno esplendor de luz ardiente.	166
CLXXIII.	Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero.	202
CLXXVII.	A do inclino los ojos, alli veo.	212

## CANCION.

II.	Algun tiempo esperé de aquellos ojos.	48
-----	---------------------------------------	----

## SEXTINA.

II.	Al bello resplandor de vuestros ojos.	35
-----	---------------------------------------	----

SONETOS.

- XI. Bellas flechas de la alma, ar-  
 diente llama. 9  
 XXX. Betis, que en este tiempo so-  
 lo y frio. 22  
 LXXXVIII. Bello cerco y hondoso, que en-  
 lazado. 99

SONETOS.

- VI. Con el puro sereno en campo  
 abierto. 4  
 XV. Corta alegria, inútil, vana  
 gloria. 11  
 XIX. Crece y alienta fiero en el Ne-  
 meo. 13  
 LXVII. Con triste voz, ó triste Musa,  
 suena. 57  
 CXXVII. Cuidé yo de tus lazos y tu fue-  
 go. 57  
 CXXXVIII. Canso la vida, y siempre es-  
 pero un dia. 151  
 CLI. Corre soberbio al mar del llan-  
 to mio. 166  
 CLX. Cubre en oscuro cerco y som-  
 bra fria. 182  
 CLXV. Clara, suave luz, alegre y  
 bella. 191

## SONETOS.

XIII.	Do el suelo hórrido el Albis frio baña.	10
XXI.	De bosque en bosque, de uno en otro llano.	16
XXIII.	Del fiero Marte el canto nu- meroso.	17
XXV.	Dulce el fuego de amor, dul- ce la pena.	19
XXXIV.	Del peligro del mar, del hier- ro abierto.	26
XXXIX.	Del mar las ondas quebran- tarse via.	28
XLII.	Desea descansar de tanta pe- na.	32
XLI.	De vos ausente ocupo en llan- to el dia.	34
LIV.	Duro es este peñasco levan- tado.	42
LIX.	Despues que en mí tentaron su crueza.	53
	Divino Betis que por la lla- nura.	56
LXVIII.	De aquella ardiente luz y ar- dor luciente.	69
LXXXV.	Duro el pecho y fue grande el sufrimiento.	93
CXXVIII.	Do el Mauritano ponto fiero	

# INDICE.

		219
	baña.	138
CXXXVII.	Dura por mí fue al Tajo tu partida.	150
CXLI.	Dulces contentos míos, ya pa- sados.	152
CXLVII.	¿Do vas? ¿do vas, cruel? ¿do vas? refrena.	160
CLXXII.	De fresco seno lúcido la Au- rora.	201
CLXXIV.	Dichoso fue el ardor, dicho- so el vuelo.	202

# ELEGIA.

x.	Dulce y bello dolor de mi cui- dado.	101
----	---	-----

# CANCIONES.

III.	Desnuda el campo y valle el yerto hibierno.	84
IV.	Desciende de la cumbre del Parnaso	94
V.	De las mas ricas trenzas y her- mosas.	108

# SEXTINA.

IV.	Dexo la mas florida planta de oro.	64
-----	---------------------------------------	----



## SONETOS.

XVIII.	En este, que prosigo, espacio incierto.	14
XXII.	En tu cristal movable la belleza.	16
XXVIII.	El bravo fuego sobre el alto muro.	21
XXXIII.	El duro hierro agudo, que la mano.	25
XXXVIII.	Este lauro, que tiene en su corteza.	27
XLIII.	El suave color, que dulcemente.	32
XLV.	El fuego que en mi alma se alimenta.	33
L.	El trabajo de Fidia ingenioso.	40
LXXI.	El roto lazo habia ya del muerto.	77
LXXX.	El Sátiro, que el fuego vió primero.	87
LXXXIII.	Eustacio, yo seguí al Amor tirano.	88
LXXXIV.	Esta desnuda playa, esta llanura.	92
XCVI.	En esta selva hórrida y desierta.	105
XCVII.	El tiempo, que se aluenga al mal extraño.	107
XCIX.	En los lucientes nudos enla-	

# INDICE.

221

zado.

113

CIII. En este el fruto, Amor, que  
al fin recojo. 115

CV. Estas columnas y arcos, grande  
muestra. 124

CXI. Estoy pensando en mi dolor  
presente. 126

CXXII. El bello nombre quiere Amor  
que cante. 135

CXXXI. El corazon huído busco y lla-  
mo. 145

CXXXIX. Estos ojos no hartos de su  
llanto. 151

CLXVIII. El color bello en el humor de  
Tiro. 193

# ELEGIAS.

VI. En tanto que, Malara, el fie-  
ro Marte. 58

VIII. El sol del alto cerco descen-  
dia. 78

XI. Estoy pensando en medio de  
mi engaño. 117

XIII. En este bosque frio, que sos-  
tiene. 139

# CANCION.

VII. Este lugar desierto. 203

## SONETOS.

- LIII. Fueron de un corto bien, que  
huye luego. 42
- I. Fernando, aquel dolor, que  
triste siento. 177

## SONETO.

- CXXX. Grande fue, aunque infelice,  
tu osadia. 144

## SONETO.

- CXXI. Hebras, que Amor purpúra con  
el oro. 134

## SONETOS.

- LX. Igual al Tebro, al Arno y al  
Metauro. 46
- XCII. Justo es que la cansada in-  
cierta vida. 101

## SONETOS.

- II. Luz, en cuyo resplandor el al-  
to coro. 2
- X. Lento y pesado olvido, que del  
daño. 8
- XIV. La púrpura en la nieve deste-  
ñida. 10
- XVII. Las hebras que cogia en lazos  
de oro. 12

XXVII.	Las luces do el Amor su fuer- za apura.	20
XXXIV.	Las hebras de oro puro que la frente.	25
XLVII.	Lloro solo mi mal, y el hon- do rio.	34
XLIX.	Lloré y canté de Amor la saña ardiente.	40
XXXII.	Largos sutiles lazos esparci- dos.	42
LVI.	La viva llama dais y luz ar- diente.	47
LVIII.	La muerte pido, un corazon amante.	48
LXXIII.	La Luz serena mia, el oro ar- diente.	81
XCIV.	Luces, en quien su luz el sol renueva.	106
CXV.	Llegado al fin del cierto desen- gaño.	131
CXVII.	La falda, y el tendido yer- to lado.	132
CXVIII.	La red, la hacha, la cadena, el dardo.	133
CXXXIV.	La llama crece y arde, y cre- ce luego.	146
CLVI.	Llegue el dolor, si puede cre- cer tanto.	175
CLXIV.	Lloro solo mi mal, y el hon- do rio.	191

## ELEGIAS.

- V. Los ojos, que son luz de la  
alma mia. 43
- VII. La llama, que destruye el pe-  
cho mio. 65
- XVI. Luego que el pecho me hirió  
el esquivo. 193

## SONETOS.

- LXII. Mientra Amor vos entrega los  
despojos. 54
- CVI. Muestras de breve bien, que  
huye luego. 116
- CLIV. Mi Luz, así en la vuestra be-  
lla frente. 174
- CLXXIX. Mi bien, que tarde fue á lle-  
gar, en vuelo. 213

## SONETOS.

- XXXVII. No es tan duro mi pecho, que  
no sienta. 27
- CXLV. Ningun remedio espero en mi  
tormento. 159
- CLII. No espero en mi dolor lo que  
deseo. 167
- CLIX. No puedo sufrir mas el dolor  
fiero. 182
- CLXXVIII. Nací yo por ventura destina-  
do. 212



# INDICE.

225

EXVIII.

No espero mas de Faeton lu-  
ciente.

213

## SONETOS.

IV.

O fuera yo el Olimpo que con  
vuelo.

3

CXXV.

O cómo vuela en alto mi de-  
seo.

136

CLXIX.

Hórrido hibierno, que la luz se-  
rena.

200

CLXXI.

Oye tú solo, eterno y sacro  
rio.

201

## ELEGIA.

III.

O suspiros, ó lágrimas her-  
mosas.

28

## ESTANZA.

II.

Oid atenta el son del tierno  
canto.

72

## CANCION.

VII.

O clara luz y honor del Oci-  
dente.

177

## SONETOS.

III.

Pues de este luengo mal pe-  
nando muero.

2

IX.

Pues de mi bello sol el rayo  
ardiente.

8

XLVIII.	Pues la flor do crecia mi espe- ranza.	35
LVII.	Probó atento el Artífice di- choso.	47
LXXVI.	Por estrecho camino, al sol abierto.	83
CI.	Podrá ser que este afan indino acabe.	114
CXXIV.	Puede oponerse, osando, mi cuidado.	136
CXXXIII.	Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente.	146
CLVIII.	Profundo y luengo, eterno y sacro río.	181

## SEXTINA.

III.	Por este umbroso bosque y ver- de selva.	51
------	---	----

## ESTANZA.

I.	Podrá fuerza cruel de airado cielo.	62
----	--	----

## ELEGIAS.

XII.	Por el seguido paso de mi glo- ria.	128
XVI.	Pues la luz que escogí por cier- ta guía.	184

## SONETOS.

VIII.	Qué bello nudo y fuerte me
-------	----------------------------

encadena.

5

LX.

Quién debe, sino yo, acabar  
en llanto.

53

Quien la verdura y flores del  
verano.

89

XCV.

Quejoso ya del tiempo mal  
perdido.

106

CIX.

Quien la luz de belleza aman-  
do adora.

125

CLXIII.

Que espíritu encendido Amor  
envía.

190

LXXIV.

Quando el dolor desmaya al  
sufrimiento.

82

LXXIX.

Quando el fiero Tirano de  
Oriente.

87

CXXVI.

Qual planta, que pidiendo el  
alto cielo.

137

CXLVIII.

Quando pienso, cansado del tor-  
mento.

165

CLV.

Quando cantar deseo la belle-  
za.

174

CLXII.

Quando miro el fino oro al  
manso viento.

183

CLXVI.

Quando de mi Luz bella el  
desden siento.

192

CLXX.

Qual dexando el Olimpo so-  
berano.

200

## ELEGIAS.

XV.

Quién me daría, Amor, una  
voz fuerte.

161

## CANCIÓN.

VI.

*Quando con resonante.* 153

## SONETOS.

LVIII.	Razon es ya que la cansada vida.	41
CXX.	Roxo sol, que con hacha luminosa.	134
CXXXV.	Regando enciendo, todo ardiendo baño.	147

## ELEGIA.

IX.	Rubio Febo y crinado, que escondido.	89
-----	--------------------------------------	----

## SONETOS.

I.	Sufro llorando, en vano error perdido.	1
XXXV.	Si á mi triste memoria en hon-do olvido.	26
LXIV.	Si el fuego Idalio el tierno canto inspira.	55
LXV.	Si puedo yo vivir de vos ausente.	56
LXIX.	Suave Filomela, que tu llanto.	70
LXXVIII.	Si algo puedo cuidar que vos ofenda.	84
LXXXIII.	Si la fuerza que ponen y cuidado.	92
LXXXVII.	Si deseais que muera á vuestra mano.	94
XCVI.	Suspiro y pruebo ya con voz doliente.	107

SONETOS

41 134 147 89 1 26 55 56 70 84 92 94 107

IV

# INDICE.

229

XCVIII.	Sola y en alto mar, sin luz alguna.	108
c.	Sombra y vano terror del pensamiento.	113
	Saber divino, valeroso pecho.	127
CXIX.	Si Amor el generoso y dulce aliento.	133
CXXIX.	Si en mano del Amor yo puse el freno.	138
CXL.	Si tiene á do reynais mi pura Estrella.	152
CXLIX.	Si no es llorar, ¿qué pueden ya mis ojos?	165
CLVII.	Señor, si este dolor del mal que siento.	176

# CANCION.

I.	Suave sueño, tú, que en tar-	
	do vuelo.	12

# ELEGIAS.

II.	Si ya la luz que causa mi alegría.	23
IV. +	Si es ley de Amor que quien os ama muera.	37
XVI.	Si este inmortal dolor y sentimiento.	167
XVIII.	Si el grave mal que el corazon me parte.	206



## SONETOS.

XXIV.	Tan alto esforzó el vuelo mi esperanza.	17
LI.	Triste esperanza, incierta, en blando pecho.	41
LXXVII.	Temiendo tu valor, tu ardien- te espada.	83
LXXXIX.	Trenzas que en la serena y limpia frente.	99
CV.	Temerario pintor, por qué di, en vano.	116
CXIII.	Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho.	127
CLIII.	Tú que alegras el Tebro es- clarecido.	173

## SONETOS.

VII.	Vuela, y cerca la lumbre, y no reposa.	4
XVI.	Veo el ageno bien, veo el con- tento.	11
XIV.	Viví gran tiempo en confusion perdido.	31
CXLIV.	Un tiempo ave Caristra viví en fuego.	159
CXLVI.	Venció mi duro pecho Amor tirano.	160
CLXI.	Viví, quando Amor quiso, en mi cuidado.	183
CLXXVI.	Voy siguiendo la fuerza de mi hado.	211

# INDICE.

231

LXX.	Volved, suaves ojos, la luz pura.	70
CLXVII.	Vuelvo al ufano corazon el dia.	192

# ELEGIA.

I.	Un divino esplendor de la be- lleza.	5
----	---	---

# SEXTINA.

	Un verde lauro en mi dicho- so tiempo.	18
--	---	----

# SONETOS.

XII.	Yacia sin memoria entorpe- cido.	9
XXXI.	Yo vi á mi dulce Lumbre, que esparcia.	22
LXIII.	Yo vi en sazon alegre un tier- no pecho.	55
CXIV.	Yo ví unos bellos ojos, que hi- rieron.	131
CXVI.	Yo ví, ó bello sol de la alma mia.	132
CLXXV.	Ya pues que no resiste mi espe- ranza.	211
CXXXVI.	Yerto y doblado monte, y tu luciente.	150

# ELEGIA.

XIV.	Yo siempre culparé los ojos mios.	147
------	--------------------------------------	-----









32348

LS.

H565r

Author Herrera, Fernando de

Title Rimas, ed. por Ramon Fernandez. Vol. 4

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

